

Lenobia's
VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW

LENOBIA'S VOW

PC CAST & KRINTIN CAST

VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW

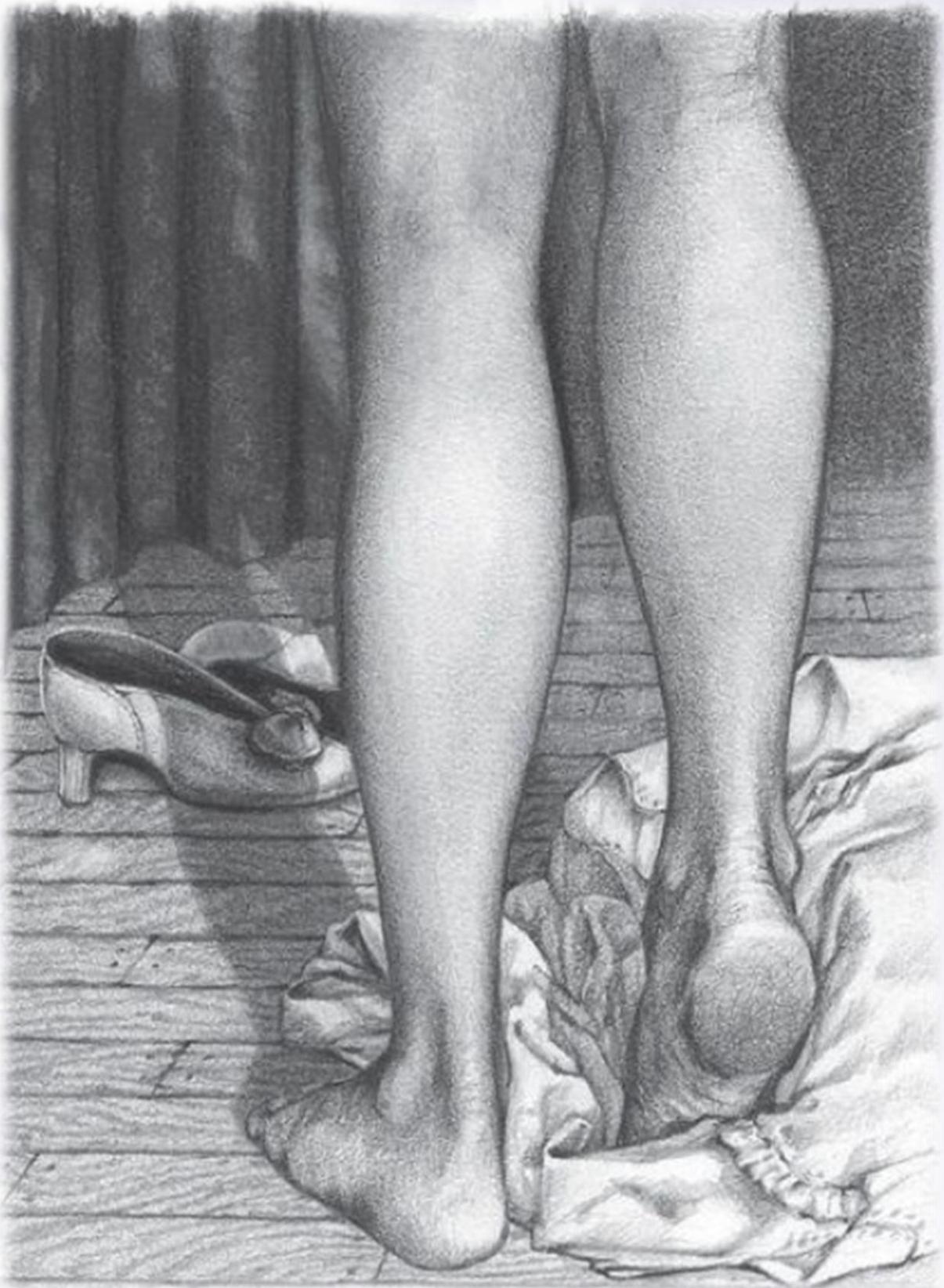
Sinopsis

En un pequeño pueblo del sur a comienzos del siglo, la joven Lenobia se convierte en una hermosa joven con ideas propias. Pero cuando es marcada como una vampira novata, su mundo da un giro inesperado, y ella es arrastrada a las musicales calles de nueva Orleans.

Allí, ella conocerá la parte más oscura de la ciudad, gobernada por la poderosa magia negra.

Cuando Lenobia experimenta su primer amor –y la pérdida– descubre su pasión por los caballos, ella se encuentra cara–a–cara con la propia oscuridad. Y no podrá escapar sin heridas.

LENOBIA'S
VOW



Lenobia's
Vow
House

LENOBIA'S VOW

Capítulo Uno

Traducido por Zoeyredbird-HON & Ruty

Febrero de 1788, Francia

“*Elle est morte!*”

i El mundo de Lenobia estalló con el sonido producido por un grito y tres pequeñas palabras.

“¿Está muerta?” Jeanne, la criada trabajando junto a ella, se detuvo de amasar la regordeta y fragante masa de pan.

“*Oui*, que la Santísima Madre se apiade del alma de Cecile.”

Lenobia miró arriba para ver a su madre, parada en la arqueada entrada que daba a la cocina. Su bello rostro estaba inusualmente pálido y su mano apretaba el desgastado rosario que siempre colgaba alrededor de su cuello.

Lenobia movió su cabeza con incredulidad. “Pero si solo hace unos días ella cantaba y reía. La escuché. ¡La vi!”

“Esa pobre chica, era hermosa, pero nunca fue fuerte,” dijo Jeanne, moviendo su cabeza con tristeza. “Siempre tan pálida. La mitad del Château¹ captó esa fiebre intermitente, incluyendo mi hermana y hermano. Ellos se mejoraron rápidamente.”

“Muerte, golpea rápida y terriblemente,” dijo la madre de Lenobia.

“Señor o siervo, eventualmente viene por cada uno de nosotros.”

¹ 'Château': término francés para 'Castillo'.

Por siempre, el inflado olor a pan fresco le recordaría a Lenobia la muerte y le revolvería el estómago.

Jeanne se estremeció y persignó con una mano blanqueada con harina, dejando una mancha de forma creciente en el centro de su frente. “Que la Madre nos proteja.”

Automáticamente, Lenobia dobló la rodilla, a pesar de que sus ojos nunca dejaron de ver el rostro de su madre.

“Ven conmigo, Lenobia. Necesito tu ayuda más de lo que la necesita Jeanne.”

Lenobia jamás olvidaría el sentimiento de pavor que la abrumaba, junto con las palabras de su madre.

“Pero habrán invitados—plañideros—debemos tener pan,” tartamudeó Lenobia. Los grises ojos de su madre, así como los de ella, se convirtieron en oscuras nubes de tormenta. “Esa no fue una petición,” dijo, cambiando suavemente del francés al inglés.

“Cuando tu *mère*² habla en el inglés bárbaro, sabes que debe ser obedecida.” Jeanne encogió sus redondos hombros y continuó amasando.

Lenobia limpió sus manos con una toalla de lino, y se obligó a apresurarse hacia su madre. Elizabeth Whitehall le asintió a su hija y luego se volvió, gesticulándole a Lenobia para que la siguiera.

Siguieron su camino rápidamente a través de los amplios, y gráciles pasillos del Château de Navarre. Habían nobles con más dinero que el Barón de Bouillon—él no era cortesano del Rey Louis ni tampoco uno de sus confidentes, pero sí tenía una familia que cuyo origen podría ser remontado a varios cientos de años, y a un estado que era la envidia de muchos caballeros ricos, aunque no tan bien educados.

Hoy, los pasillos del Château eran profundamente silenciosos y las encorvadas, geminadas ventanas que normalmente permitían que los abundantes rayos de sol se derramaran sobre los siempre limpios pisos de mármol, ya estaban siendo cubiertas con pesado terciopelo negro, por una legión de silenciosas criadas. Lenobia pensó que la casa por sí misma, parecía estar envuelta por dolor y conmoción.

² ‘*mère*’: término francés para ‘madre’.

Entonces Lenobia se dio cuenta que se alejaban a toda prisa del centro de la finca, y se dirigían a una de las salidas traseras que desembocan cerca de los establos.

“Maman, où allons-nous?”

“¡En inglés! Sabes que detesto el sonido del francés,” espetó enojada su madre.

Lenobia suprimió un suspiro de irritación y cambió su pregunta al idioma nativo de su madre. “¿A dónde te diriges?”

Su madre miró a los alrededores, luego tomó la mano de su hija y, en voz baja y dura, dijo, “debes confiar en mí y hacer exactamente lo que yo diga.”

“Po-por supuesto que confío en ti, Madre,” dijo Lenobia, espantada por la salvaje mirada en los ojos de su madre.

La expresión de Elizabeth se suavizó y tocó la mejilla de su hija. “Eres un buena chica. Siempre lo has sido. Tus circunstancias son culpa mía, mi pecado.”

Lenobia comenzó a agitar su cabeza. “¡No, no fue pecado tuyo! El Barón toma a quién él le dé la gana como su señora. Tú eras demasiado hermosa como para captar su mirada. Eso no fue tu culpa.”

Elizabeth sonrió, lo que permitió que una parte de su belleza pasada surgiera. “Ah, pero no fui lo suficientemente hermosa para retener su mirada, y solo porque yo era la hija de un granjero inglés, el Barón me echó a un lado, sin embargo, se supone que debo estarle eternamente agradecida por encontrarnos un lugar a ti y a mí, en su casa”.

Lenobia sintió la antigua amargura, quemando en su interior. “Te trajo desde Inglaterra—te robó y apartó de tu familia. Y yo soy su hija. Él debía encontrar un lugar para mí, y para mi madre.”

“Tú eres su hija bastarda,” le corrigió Elizabeth. “Y solo una de muchas—aunque por el momento, la más bella. Tan hermosa incluso como su hija legítima, la pobre y muerta, Cecile.”

Lenobia apartó la vista de su madre. Era un verdad incómoda que ella y su media hermana se parecieran tanto, lo suficiente incluso para provocar rumores y susurros, mientras ambas chicas se convertían en jóvenes mujeres. A través de

los últimos dos años, Lenobia había aprendido que era mejor evitar a su hermana y al resto de la familia del Barón, en la cual no había persona que no pareciese detestar hasta el más mínimo ápice de ella. Había encontrado más fácil escapar a los establos—donde tanto Cecile, como sus tres hermanos y la Baronesa, raramente acudían. Por su mente corrió el pensamiento de que su vida sería mucho más fácil ahora que la hermana que se parecía tanto a ella—pero que no la reconocería—estaba muerta, o las miradas oscuras y las sombrías palabras de la Baronesa y sus hijos se pondrían cada vez peor.

“Lamento que Cecile esté muerta,” dijo Lenobia en voz alta, intentando razonar a través del revoltijo de pensamientos.

“No le desearía enfermedad alguna a la niña, pero si estada destinada a morir, estoy agradecida de que pasara ahora, en este momento.” Elizabeth tomó la barbilla de su hija y la forzó a encontrar su mirada. “La muerte de Cecile significará vida para ti.”

“¿Vida? ¿Para mí? Pero si yo ya tengo una vida.”

“Sí, la vida de una sirvienta bastarda en una casa que desprecia el hecho de que su señor esparza su semilla sin propósito alguno, y luego disfrute alardeando los frutos de su transgresión como si eso probara su hombría, una y otra vez. Esa no es la vida que deseo para mi única hija.”

“Pero, yo no entien—“

“Ven, y entenderás,” interrumpió su madre, tomando su mano de nuevo y jalándola a lo largo del pasillo, hasta que llegaron a una pequeña habitación cerca de una de las puertas traseras del Château. Elizabeth abrió la puerta y dirigió a Lenobia hacia la mal iluminada habitación. Se movió resueltamente a una canasta grande como las usadas para cargar las ropas para lavar. Había, en efecto, una sábana cubriendo la parte superior de ésta. Su madre lo tiró lejos para exponer un vestido que brillaba con azul y marfil y gris, incluso en la tenue luz.

Lenobia observó a su madre que comenzaba a levantar el vestido y la cara ropa interior de la canasta, arrojándolos lejos, suavizando sus arrugas, cepillando las delicadas zapatillas de terciopelo. Ella miró a su hija. “Debes apresurarte. Si queremos tener éxito, tenemos muy poco tiempo.”

“¿Madre? Yo—“

“Tú vas a ponerte estas ropas, y con ellas te pondrás en la identidad de otra persona. Hoy te convertirás en Cecile Marson de La Tour d’Auvergne, la hija legítima del Barón de Bouillon.”

Lenobia se preguntó si su madre se había vuelto absolutamente loca. “Madre, todos saben que Cecile está muerta.”

“No, mi niña. Todos en el Château de Navarre saben que está muerta. Ninguno en la carroza que estará aquí luego para transportar a Cecile al puerto de Le Havre, o en el barco esperándola, lo sabe. Ni lo sabrán, porque Cecile se encontrará con esa carroza y tomará ese barco al Nuevo Mundo, el nuevo marido, y la nueva vida que la espera en Nueva Orleans como una hija legítima de un barón Francés.”

“¡No puedo!”

Su madre dejó caer el vestido y agarró ambas manos de su hija, apretándolas tan fuerte que Lenobia se habría estremecido si no se hubiese sorprendido tanto. “¡Debes! ¿Sabes lo que te espera aquí? Casi tienes dieciséis. Has sido una mujer por completo, por dos veranos. Te escondes en los establos—te escondes en la cocina—pero no puedes esconderte por siempre. Vi como los Marquis te miraban el mes pasado, y de nuevo la semana pasada.” Su madre agitó su cabeza, y Lenobia estaba impactada al darse cuenta que estaba luchando por contener las lágrimas mientras seguía hablando. “Tú y yo no hemos hablado de eso, pero debes saber que la verdadera razón de que no asistiéramos a Mass at Évreux las últimas semanas no es porque mis deberes me sobreexplotaran.”

“Me preguntaba... ¡pero no quería saber!” Lenobia presionó sus temblorosos labios juntos, asustada de lo que pudiese decir.

“Debes enfrentar la verdad.”

Lenobia respiró hondo, aunque aún un escalofrío de miedo se movía a través de su cuerpo. “El Obispo de Évreux—casi podía sentir el calor de sus ojos cuando me observaba.”

“He oído que hace mucho más que observar jovencitas,” dijo su madre. “Hay algo profano sobre ese hombre—algo más que el pecado de su deseo corporal. Lenobia, Hija, no puedo protegerte de él ni de ningún otro hombre porque el Barón no te protegerá. Convertirse en alguien más y escapar de la sentencia de vida que significa ser una bastarda, es tu única respuesta.”

Lenobia apresó las manos de su madre como si fuesen una cuerda salvavidas y observó los ojos que lucían tan parecidos a los suyos. *Mi madre tiene razón. Sé que está en lo correcto.* “Tengo que ser lo suficientemente valiente para hacer esto.” Pensó Lenobia en voz alta.

“Tú eres lo suficientemente para hacer esto. Tienes la sangre de valientes hombres ingleses palpitando a través de tus venas. Recuerda eso, y te fortalecerá.”

“Lo recordaré.”

“Muy bien, entonces.” Su madre asintió resueltamente. “Quítate esos harapos de criada y te vestiremos de nuevo.” Apretó las manos de su hija antes de liberarlas y volverse a la pila de relucientes telas.

Cuando las temblorosas manos de Lenobia vacilaron, su madre se hizo cargo, despojándola de la simple pero familiar vestimenta. Elizabeth ni siquiera le dejó a Lenobia su tenida para andar por la casa, y por un vertiginoso momento, parecía que estaba incluso derramando su envejecida piel por nueva. No se detuvo hasta que su hija estuvo totalmente desnuda. Entonces, en completo silencio, Elizabeth vistió a Lenobia cuidadosamente, capa por capa; el recto traje, bolsillos, alforjas, bajo la enagua, sobre la enagua, corsé, homogeneizador, y la encantadora bata de seda *á la polonaise*. No fue hasta después de ayudarla con las zapatillas, atendió su cabello, y luego le arremolinó una piel adornada, y con capucha, alrededor de sus hombros, que finalmente dio un paso atrás, hizo una marcada reverencia, y dijo, “*Bonjour, Mademoiselle Cecile, votre carrosse attend.*”

“¡Mamá, no! Este plan—Entiendo porque tienes que enviarme lejos, pero ¿cómo puedes soportarlo?” Lenobia presiono su mano contra su boca, intentando silenciar el sollozo que se estaba creando allí.

Elizabeth Whitehall simplemente se puso de pie, tomo los hombros de su hija, y dijo, “Puedo sopórtalo debido al gran amor que tengo por ti.”

Lentamente, giró a Lenobia para que pudiera ver su reflejo en el gran, espejo rajado que descansaba en el suelo detrás de ellas, esperando a ser reemplazado.

“Mira, niña.”

Lenobia jadeo y alcanzo el reflejo, demasiado anonadada como para hacer algo más que solo mirar.

“Excepto por tus ojos y la claridad de tu cabello, eres la imagen de ella. Sábelo. Créelo. Vuélvete ella.

La mirada de Lenobia fue del espejo a su madre. “¡No! No puedo ser ella. Dios la tenga en la Gloria, pero Cecile no era una chica amable, sabes que me maldecía cada vez que me veía, aunque compartíamos la misma sangre. Por favor, mamá, no me hagas esto. No me hagas volverme ella.”

Elizabeth tocó la mejilla de su hija. “Mi dulce, fuerte chica. Nunca podrías volverte Cecile, y nunca te pediría que lo hicieras. Toma solo su nombre. Adentro, aquí.” Su toque fue del rostro de Lenobia al lugar en su pecho bajo el cual su corazón latía tembloroso. “Aquí siempre serás Lenobia Whitehall. Conoce eso. Cree eso. Y haciéndolo serás más que ella.”

Lenobia tragó la sequedad de su garganta y el terrible golpeteo en su corazón. “Te escucho. Te creo. Tomaré su nombre pero no me volveré ella.”

“Bien. Está arreglado entonces.” Su madre alcanzó detrás de la cesta de la ropa sucia y levanto una pequeña caja. “Aquí, toma esto. El resto de sus maletas fueron enviadas al Puerto hace días.”

“*La casquette de Cecile*³.” Lenobia la tomó con indecisión.

“No uses la palabra vulgar francesa para eso. Ellos la hacen sonar como un ataúd. Es un estuche de viaje. Eso es todo. Significa el comienzo de una nueva vida—no el final de una antigua.”

“Tiene sus joyas dentro se lo escuche a Nicole y Anne hablando.” Los otros sirvientes habían cotilleado incesantemente sobre como el Barón había ignorado a Cecile por dieciséis años, pero ahora que estaba siendo enviada lejos la colmaba de joyas y atenciones para ella mientras la Baronesa lloraba por perder a su única hija. “¿Por qué acepto el Barón enviar a Cecile al nuevo Mundo?”

Su madre bufo con desdén. “Su última amante, esa cantante de ópera, casi lo llevo a la bancarrota. El Rey está pagando muy bien por los títulos, hijas virtuosas dispuestas a casarse con la nobleza de Nueva Orleans.”

“¿El Barón vendió a su hija?”

“Él lo hizo. Sus excesos te han adquirido una nueva vida. Ahora, vamos a que puedas reclamarla.” Su madre entreabrió la puerta y escrudivió el pasillo. Se giró hacia Lenobia. “No hay nadie cerca. Ponte la capucha sobre tu cabello. Sígueme. Rápidamente.”

³ Nombre en francés que significa algo como la caja de Cecile.

“Pero la diligencia⁴ será detenida por los hombres de la compañía. Les dirán a los conductores sobre Cecile.”

“Sí, sí a la diligencia le permitieron entrar a la propiedad les dirán. Es porque debemos encontrarla fuera de los grandes portones. Lo abordarás allí.”

No había tiempo para discutir con su madre. Era casi media mañana, y debería haber sirvientes y comerciantes y visitantes yendo y viniendo en la ocupada propiedad. Pero hoy había un manto sobre todo. Incluso el rostro del sol estaba cubierto con un velo de neblina y bajas, turbias nubes se arremolinaban sobre el castillo.

Estaba segura de que serían detenidas, serían descubiertas, pero antes de lo que parecía posible el inmenso portón de hierro se alzó fuera de la neblina. Su madre abrió el pequeño pasillo de salida y se apresuraron hacia el camino.

“Le dirás al conductor de la diligencia que hay una fiebre en el castillo, por lo que el Barón te envió fuera para que nadie se contaminara. Recuerda, eres la hija de la nobleza. Espera ser obedecida.”

“Si, Madre.”

“Bien. Siempre has parecido mayor que tus años, y ahora entiendo por qué. Ya no puedes ser una niña, mi hermosa, valiente hija. Debes volverte una mujer.”

“Pero, mama, yo—” comenzó Lenobia, pero las palabras de su madre la silenciaron.

“Escúchame y entiende que estoy diciéndote la verdad. Creo en ti. Creo en tu fuerza, Lenobia. También creo en tu bondad.” Su madre se detuvo y después lentamente tomo el viejo rosario de cuentas de alrededor de su cuello y lo levantó, colocándolo sobre la cabeza de su hija, y metiéndolo bajo el pecho de encaje para que se presionara contra su piel, invisible para todos.

“Toma esto. Recuerda que creo en ti, y ten en cuenta que aunque debemos estar apartadas, siempre seré una parte de ti.”

Fue entonces que la verdadera realización golpeo a Lenobia. Nunca volvería a ver a su madre.

“No.” Su voz sonó extraña, demasiado alta, demasiado rápida, y estaba teniendo problemas para respirar. “¡Mamá! ¡Debes venir conmigo!”

⁴ **Diligencia:** era un carruaje de camino con cuatro ruedas más los caballos.

Elizabeth Whitehall tomo a su hija en sus brazos. “No puedo. A las *filles du roi*⁵ no se le permiten sirvientes. Hay poco espacio en el barco.” Abrazó a Lenobia fuertemente, hablando rápidamente mientras, en la distancia, el sonido de la diligencia hizo eco en la neblina. “Sé que he sido dura contigo, pero eso fue solo porque debías crecer valiente y fuerte. Siempre te he amado, Lenobia. Eres la mejor, la cosa más excelente en mi vida. Pensaré en ti y te extrañare cada día, durante el tiempo que me quede de vida.”

“No, Mamá,” Lenobia sollozó. “No puedo decirte adiós. No puedo hacer esto.”

“Harás esto por mí. Vivirás la vida que no pude darte. Sé valiente, mi hermosa niña. Recuerda quien eres.”

“¿Cómo recordaré quien soy si estoy pretendiendo ser alguien más?” lloró Lenobia. Elizabeth dio un paso atrás y suavemente limpio la humedad de las mejillas de su hija. “Lo recordarás aquí.” Una vez más, su madre presiono la palma de su mano contra el pecho de Lenobia contra su corazón. “Permanecerás fiel a mí, y a ti misma, aquí. En tu corazón siempre sabrás, siempre recordarás. Como en el mío, siempre sabré, siempre te recordaré.”

Entonces la vigilancia rompió en el camino a su lado, causándole a madre e hija tropezar fuera del camino.

“¡Whoa!” El conductor de la vigilancia jalo su equipo⁶ hacia arriba y gritó a Lenobia y a su madre “¿Qué están haciendo allí, mujeres? ¿Quieren ser asesinadas?”

“¡No le hablarás a Mademoiselle⁷ Cecile Marson de La Tour d’Auvergne⁸ en ese tono!” le gritó su madre al hombre del carruaje. Su mirada se deslizó a Lenobia, quien cepillo las lágrimas de sus mejillas con el dorso de su mano, levanto su barbilla, y miro al conductor.

“¿Mademoiselle d’Auvergne? Pero ¿por qué está aquí fuera?”

“Hay una enfermedad en el castillo. Mi padre, el Barón, me ha mantenido separada de ella para que no me contagie.” La mano de Lenobia fue a su pecho y presiono contra la tela de encaje para que el rosario de su madre tocara contra su piel, manteniéndola en la tierra, dándole fuerza. Pero aun así no podía evitar buscar y pegarse a la mano de su madre por seguridad.

⁵ Traducido del francés significa: hija del rey.

⁶ Se refiere a que jalo hacia arriba al equipo de caballos.

⁷ Mademoiselle = señorita.

⁸ Todo eso... es su nombre.

“¿Es sordo, hombre? ¿No ve que la señorita ha esperado aquí por ti demasiado tiempo ya? Ayúdala a entrar a la vigilancia y fuera de esta horrible humedad antes de que caiga enferma,” espeto su madre al sirviente.

El conductor bajo de un salto inmediatamente, abriendo la puerta del carruaje y ofreciéndole su mano.

Lenobia sintió como que todo el peso del aire hubiera sido quitado de su cuerpo. Miró salvajemente a su madre.

Lágrimas estaban corriendo por el rostro de su madre, pero ella simplemente hizo una profunda reverencia y dijo, “*Bon voyage*⁹ para ti, niña.”

Lenobia ignora al enorme conductor y jalo arriba a su madre, abrazándola tan fuerte que el rosario se hundió dolorosamente en su piel. “Dile a mi madre, que la amo y que la recordare y la extrañare cada día de mi vida,” dijo en una voz temblorosa.

“Y mi oración, a la Santa Madre de todos nosotros, es que permita que este pecado sea atribuido a mí. Deja que esta maldición sea contra mi cabeza, no la tuya,” Elizabeth susurro contra la mejilla de su hija.

Después rompió el abrazo de Lenobia, hizo una reverencia otra vez, y se alejó, caminando sin vacilación de regreso por el camino que habían hecho.

“¿Mademoiselle d’Auvergne?” Lenobia miró al conductor.

“¿Llevó el *casquette* por usted?”

“No,” dijo rígidamente, sorprendida de que su voz aun funcionara.

“Mantendré mi *casquette* conmigo.” Él le dio una mirada extraña pero mantuvo su mano en alto para ella. Vio su mano ser colocada en la de él, y sus piernas cargarla dentro de la vigilancia. Él inclino la cabeza brevemente y después trepó de regreso a su posición como conductor. Mientras la vigilancia se sacudió hacia adelante, Lenobia giró para mirar los portones del castillo de Navarre y vio a su madre desplomada en el suelo, llorando con ambas manos cubriendo su boca para sofocar sus gemidos de dolor.

Manos presionadas contra el caro vidrio del carruaje, Lenobia sollozo, viendo a su madre y a su mundo desvanecer entre la niebla y la memoria.

⁹ Bon voyage: frase francesa usada para desear buen viaje.



LENOBIA'S
VOW

Capítulo Dos

Traducido por Carmen & Daniela

Con un remolino de faldas y una risa baja; ronca, Laetitia desapareció tras una pared de mármol esculpida con imágenes de santos, dejando sólo el aroma de su perfume y los restos de deseo insatisfecho en su estela.

Charles maldijo, “¡Ah, ventrebleu!” Y se ajustó la túnica de terciopelo.

“¿Padre?” repitió el acólito, llamándolo suavemente desde el vestíbulo interior que corría detrás del presbiterio de la catedral. “¿Me oyó? ¡Es el arzobispo! Él está aquí y pregunta por usted.”

“¡Te oí!” El Padre Charles le relumbró al niño. Cuando el sacerdote se le acercó, él levantó su mano e hizo un movimiento de disparar. Charles reparó que el niño se sobresaltó como un potro muy nervioso, lo cual hizo sonreír al sacerdote.

La sonrisa de Charles no fue algo agradable de contemplar, y el niño retrocedió rápidamente hacia los escalones que conducían hasta el presbiterio, poniendo aún más distancia entre ellos.

“¿Dónde está Juigne?” preguntó Charles.

“No lejos de aquí, justo en la puerta principal para la catedral, Padre.”

“¿Confío que él no haya estado esperando por mucho tiempo?”

“No demasiado tiempo, Padre. Pero usted fue, uh...” El niño se detuvo, su cara estaba consternada.

“estaba en profunda oración, y tú no tuviste el deseo de interrumpirme,” Charles terminó por él, clavando duramente los ojos en el niño.

“S-si, Padre.”

El niño fue incapaz de apartar la mirada de él. Había comenzado a sudar, y su cara se había convertido en una alarmante sombra de rosado. Charles no pudo diferenciar si el niño iba a llorar o a estallar. Lo uno u lo otro, habría sido divertido para el sacerdote.

“Ah, pero no tenemos tiempo para diversión,” él filosofó en voz alta, apartando la mirada del niño y andando rápidamente por delante de él. “Tenemos a un invitado inesperado.” Disfrutando del hecho que el niño se aplastó contra la pared a fin de que su túnica sacerdotal no cepillara su piel, Charles sintió a su estado de ánimo mejorar. No debía permitir que las cosas insignificantes lo afectaran. Simplemente llamaría a Laetitia tan pronto como pudiese quitarse de encima al arzobispo, y volverían a la carga donde lo habían dejado...haciendo su voluntad e inclinada hacia él.

Charles pensaba en el trasero desnudo y bien proporcionado de Laetitia cuando saludó al viejo sacerdote. “Es un gran placer verle, Padre Antoine. Estoy honrado de darle la bienvenida a la Catedral de Notre Dame D ' Évreux,” Charles Beaumont, Obispo de Évreux, exclamó suavemente.

“*Merci beaucoup*, Padre Charles.” Antoine Le Clerc de Juigne, Arzobispo de París, lo besó castamente en una mejilla y luego en la otra.

Charles pensó que los labios del viejo tonto se sentían secos y muertos.

“¿A que debemos mi catedral y yo el placer de su visita?”

“Su catedral, ¿Padre? Es más exacto decir que esta es la Casa de Dios.”

La cólera de Charles comenzó a aumentar. Automáticamente, sus dedos índices comenzaron a acariciar la enorme cruz de color de rubí que siempre colgaba de una gruesa cadena que rodeaba su garganta. Las llamas de las velas que alumbraban a los pies de la estatua cercana de Saint Denis crepitaban espasmódicamente.

“Decir que esta es mi catedral es simplemente un término de afecto y no de posesión,” explicó Charles. “¿Nos retiraremos a mis oficinas para compartir vino y partir un trozo de pan?”

“Ciertamente, mi viaje fue largo, y aunque en febrero debería estar agradecido que es lluvia y no nieve lo que cae de los cielos grises, el clima húmedo es fatigoso.”

“Traiga vino y una comida decente inmediatamente a mis oficinas.” Impacientemente Charles le hizo señas a uno de los acólitos cercanos, quien saltó nerviosamente antes de escabullirse a cumplir su mandado. Cuando la mirada de Charles regresó al sacerdote mayor, vio que Juigne estudiaba el acólito que se

retiraba con una expresión que fue su primer aviso que algo estaba fuera de lugar con esta visita no anunciada. “Venga, Antoine, usted se ve cansado. Mis oficinas son cálidas y acogedoras. Usted se encontrará cómodo allí.” Charles llevó al viejo sacerdote por la nave, a través de la catedral, por el pequeño jardín agradable, a las oficinas opulentas que lindaron con sus espaciosas cámaras privadas. Todo el tiempo el arzobispo contempló a su alrededor, silencioso y contemplativo.

No fue hasta que estuvieron finalmente sentados delante de la chimenea de mármol de Charles, con una copa de excelente vino tinto en su mano y una comida suntuosa colocada delante de él, que Juigne se dignó a hablar.

“El clima del mundo cambia, Padre Charles.”

Charles levanto sus cejas y se preguntó si el hombre viejo estaba tan chiflado como daba la apariencia de estar. ¿Él había recorrido toda París para hablar del clima? “Ciertamente, parece que este es el invierno más afectuoso y más húmedo que cualquier otro que recuerde,” respondió Charles, deseando que esta conversación inútil se acabase pronto.

Los ojos azules de Antoine Le Clerc de Juigne, que se habían visto acuosos y desenfocados unos segundos antes, se agudizaron. Su mirada se centró en Charles. “¡idiota! ¿Por qué hablaría del clima? Es el clima del pueblo el que me preocupa.”

“Ah, por supuesto.” Por el momento, Charles estaba demasiado sorprendido por la nitidez en la voz del anciano inclusive para sentir cólera. “El pueblo.”

“Hablan de revolución.”

“Siempre hablan de revolución,” replicó Charles, eligiendo un pedazo succulento de la carne de cerdo para acompañar el suave queso de cabra que él había cortado para su pan.

“Es más que una simple conversación,” dijo el anciano sacerdote.

“Quizás,” añadió Charles con la boca llena.

“El mundo cambia a nuestro alrededor. Nos acercamos a un nuevo siglo, aunque estaré en la Gracia de Dios antes de que llegue y hombres más jóvenes; hombres como usted, conducirán la iglesia a través del tumulto que se acerca.”

Charles fervientemente deseó que el anciano sacerdote hubiera expirado antes de que hubiera hecho esta visita, pero escondió sus sentimientos, masticó, y asintió con la cabeza sabiamente, diciendo sólo, “rezaré por que sea de digno una responsabilidad tan inmensa.”

“Me agrada que usted esté de acuerdo en la necesidad de hacerse responsable de sus acciones,” respondió Juigne.

Charles entrecerró sus ojos. “¿Mis acciones? Hablábamos del pueblo y el cambio dentro de ellas.”

“Sí, y por eso es que sus acciones han llamado la atención de Su Santidad.”

La boca de Charles repentinamente quedó seca y él tuvo que beber vino para tragar. Él intentó hablar, pero Juigne continuó, sin dejarlo hablar.

“En tiempos de agitación, especialmente como la marea de la actitud popular se balancea hacia las creencias burguesas, se ha hecho cada vez más importante que la iglesia no se ahogue como consecuencia del cambio.” El sacerdote se detuvo a sorber delicadamente su vino.

“Perdóneme, Padre. Estoy muy confundido para comprenderle.”

“Oh, lo dudo muchísimo. Usted no puede creer que su comportamiento fuera ignorado por siempre. Usted debilita la iglesia, y eso no puede ser ignorado.”

“¿Mi comportamiento? ¿Debilita la iglesia?” Charles estaba demasiado asombrado para estar verdaderamente enojado. Él recorrió con una mano bien manicurada su entorno. “¿Mi iglesia le parece debilitada a usted? Soy amado por mis parroquianos. Muestran su devoción con sus diezmos que llenan generosamente esta mesa.”

“Usted es temido por sus parroquianos. Ellos llenan su mesa y sus arcas porque les da más miedo el fuego de su furia que el ardor de sus estómagos vacíos.”

El propio estómago de Charles dio un vuelco. ¿Cómo podría saberlo el viejo bastardo? Y si él lo sabía, ¿significa que el Papa también lo sabía? Charles se obligó a mantener la calma. Incluso logró una ahogada risa seca. “¡Absurdo! Si es al fuego lo que temen, es provocado por el peso de sus pecados y la posibilidad de la condenación eterna. Así es que dan generosamente para aliviar esos miedos, y yo debidamente los absuelvo.”

El arzobispo continuó como si Charles nunca había hablado. “Usted debería haber continuado con las putas. Nadie notaba lo qué les ocurría. Isabelle Varlot era la hija de un marqués.”

El estómago de Charles continuó arremolinándose. “Esa chica fue víctima de un horrible accidente. Ella pasó demasiado cerca de una antorcha. Una chispa encendió su vestido en llamas. Ella se quemó antes de que cualquiera pudiera salvarla.”

“Ella se quemó después de despreciar sus avances amorosos.”

“¡Eso es ridículo! No hice...”

“Usted también debió haber mantenido a raya su crueldad,” interrumpió el arzobispo. “Demasiados de los novicios vienen de familias nobles. Había rumores.”

“¡Rumores!” exclamó Charles.

“Rumores. Sí, apoyadas por las cicatrices de las quemaduras,” interrumpió el arzobispo. “Demasiados de los novicios vienen de familias nobles. Había rumores.”

“Es una lástima su fe no fue tan grande como su torpeza. Estuvo a punto de reducir mis establos a cenizas. No tiene nada que hacer conmigo después de que una lesión suya sea la causante que él renunciará a su cargo en nuestro sacerdocio y se retirase a casa para la riqueza de su familia.”

“Jean dice una historia muy diferente. Dice que lo confrontó acerca de su tratamiento cruel a sus compañeros novicios y su cólera fue tan grande que usted puso a él, y a las cuadras a su alrededor en llamas.”

Charles sintió la furia comenzar a arder en su interior, y cuando habló, las llamas de las velas en sus posaderas de plata que meticulosamente se ubicaban al final de la mesa titilaron salvajemente, volviéndose más brillantes con cada palabra. “Usted no entrará en mi iglesia y hará falsas acusaciones en contra mía.”

Los ojos del viejo sacerdote se ensancharon como si clavase los ojos en las crecientes llamas. “Es cierto lo que dicen sobre usted. No lo creí hasta ahora.” Pero en lugar de retirarse o reaccionar con temor, como Charles había esperado, Juigne metió la mano en sus túnicas y extrajo un pergamino doblado, sujetándolo delante de él como el escudo de un guerrero.

Charles acarició la cruz color rubí que se sentía caliente y pesada en su pecho. Realmente había comenzado a mover su otra mano - chasquear sus dedos hacia la llama más próxima, la cual se contorsionó volviéndose más y más brillante, como si esta fuera llamada por su toque - pero el grueso sello plomizo en el pergamino envió hielo por sus venas.

“¡Una Bula Papal¹⁰!” Charles sintió a su aliento abandonarlo al decirlo en palabras, como si el sello, ciertamente, hubiera sido un escudo arrojado contra su cuerpo.

¹⁰ Bula Papal, es un comunicado oficial de la Santa Sede.

“Sí, Su Santidad me envió. Su Santidad sabe que estoy aquí y, como usted puede leer por sí mismo, si yo o cualquiera de mi sequito tiene un aciago accidente por fuego, su misericordia se convertirá rápidamente en su castigo y su venganza contra usted será rápida. Si usted no hubiese sido tan distraído al profanar la Capilla, habría notado que mi escolta no estaba compuesta de sacerdotes. El Papa envió a su guardia personal conmigo.”

Con manos temblorosas, Charles tomó la Bula y rompió el sello. Mientras leía, la voz del arzobispo llenó la cámara que lo rodeaba como si relatará el destino del sacerdote más joven.

“Usted ha sido observado de cerca por casi un año. Por los informes que le fueron enviados a Su Santidad, se ha tomado la decisión que su predilección por el fuego puede no ser la manifestación de influencia demoníaca, como tantos de nosotros creemos. Su Santidad está dispuesto a darle una oportunidad para usar su inusual afinidad al servicio de la iglesia protegiendo a esos que son más vulnerables. Y ningún lugar es más vulnerable que la iglesia en New France.”

Charles terminó de leer la Bula y contempló al arzobispo. “El Papa me envía a Nueva Orleans.”

“Lo hace.”

“No iré. No dejaré mi catedral.”

“Esa es su decisión para hacer, Padre Charles. Pero sepa que si usted decide no obedecer, Su Santidad ha ordenado que usted sea aprendido por sus guardias, excomulgado, acusado de brujería, y entonces todos veremos si su amor al fuego es tan grande cuando usted esté atado a un poste y encendido en llamas.”

“Entonces no tengo otras opción.”

El arzobispo se encogió de hombros y se puso de pie. “Es más que la opción que yo aconsejé darle.”

“¿Cuándo me marchó?”

“Debe irse inmediatamente. Es un viaje de dos días en carruaje hasta Le Havre. En tres días zarpará el *Minerva*. Su Santidad le ordena que su protección a la Iglesia Católica comienza desde el momento que ponga un pie en el suelo del Nuevo Mundo, donde tomará el puesto de Obispo de la Catedral de San Luis.” La sonrisa del Antoine era desdeñosa. “Encontrará que Nueva Orleans no es tan generosa como Évreux, pero es posible que los feligreses en el Nuevo Mundo sean más tolerantes con sus, digamos, excentricidades.” El Arzobispo empezó a

moverse hacia la puerta, pero se detuvo y volvió a mirar a Charles. “¿Qué es usted? Dígame la verdad y no le diré nada a Su Santidad.”

“Soy un humilde servidor de la Iglesia. Todo lo demás ha sido exagerado por los celos y la superstición de otros.”

El Arzobispo negó con la cabeza y no dijo nada más antes de salir de la habitación. Mientras la puerta se cerraba, Charles cerró sus dos manos en puños y los golpeó contra la mesa, haciendo que los cubiertos y los platos temblaran y que las llamas de las velas se retorcieran y derramaran cera por los lados, como si sollozaran de dolor.

Para el viaje de dos días desde el Château de Navarre al puerto de Le Havre, la niebla y la lluvia envolvieron el carruaje de Lenovia en un velo gris, que era tan espeso e impenetrable, que a Lenobia le parecía que había sido llevada desde el mundo que conocía y la madre que amaba a un purgatorio sin fin. No habló con nadie durante el día. El cochero paró brevemente solo para que ella pudiera atender a sus necesidades corporales más básicas, y luego continuaban hasta el anochecer. Cada una de las dos noches, el conductor se detuvo en adorables posadas al lado del camino donde las damas del establecimiento se encargarían de Cecile Marson de La Tour d’Auvergne, comentando sobre lo joven que era y viajando sin un chaperón, y casi sin que ella pudiera oírlas, chismoseaban con las sirvientas sobre lo atroz y aterrador que debe ser estar en camino a casarse con un extraño sin rostro en otro mundo.

“Terrible... aterrador...” Repetía Lenobia. Entonces sostenía el rosario de su madre y rezaba, “Santa María, llena eres de gracia, el Señor está contigo, bendita tu eres entre todas las mujeres...” una y otra vez, justo como lo había hecho su madre por tanto tiempo como podía recordar, hasta que el sonido de los susurros de los sirvientes quedaban ahogados por el recuerdo de la voz de su madre.

A la tercera mañana llegaron a la ciudad portuaria de Le Havre, y por un instante, la lluvia se detuvo y la niebla se apartó. El olor a pescado y a mar impregnaba todo. Cuando el conductor finalmente se detuvo y Lenobia se bajó del carruaje hacia el muelle, una fuerte y helada brisa ahuyentó las últimas nubes y el sol brilló como una señal de bienvenida, centelleando sobre una fragata magníficamente pintada que se balanceaba incansablemente anclada cerca de la bahía.

Lenobia contempló la nave con profunda admiración. Una banda azul con filigrana dorada intrincada recorría toda la parte superior del casco y le recordaba a flores y a hiedra. Podía ver los colores anaranjados, negros y amarillos que decoraban otras partes del casco, así como de la cubierta. Y frente a ella estaba la figura de una diosa, con los brazos extendidos, y con un vestido fluyendo fieramente en un tallado y capturado viento. Estaba armada por completo como para la guerra. Lenobia no tenía ni idea por qué, pero la visión de la diosa le quitó el aliento e hizo que su corazón latiera fuertemente.

“¿Mademoiselle d’Auvergne? ¿Madmoiselle? ¿Excusez-moi, êtes vous Cecile Marson de La Tour d’Auvergne?”

El batir del hábito marrón de la monja llamó la atención de Lenobia antes de que pudiera entender realmente sus palabras. *¿Soy Cecile?* Con un sobresalto Lenobia se dio cuenta de que la Hermana había estado llamándola desde el otro lado del muelle, y al no obtener respuesta, la monja se había separado del grupo de jovencitas ricamente vestidas y se aproximó a ella con la preocupación clara en su expresión así como en su voz.

“Es... ¡es hermoso!” Lenobia balbuceó el primer pensamiento que se formó completamente en su mente.

La monja sonrió, “Realmente lo es. Y si tú eres Cecile Marson de La Tour d’Auvergne estarás complacida de saber que es mucho más que solo hermoso. Es el medio a través del cual te embarcarás hacia una vida completamente nueva.”

Lenobia tomó aliento profundamente, presionó su mano contra su pecho de forma que podía sentir la presión del rosario de su madre, y dijo, “Si, soy Cecile Marson de La Tour d’Auvergne.”

“¡Oh, me alegra mucho! Yo soy la Hermana Marie Madeleine Hachard, y tú eres la última de las damas. Ahora que estas aquí ya podemos abordar.” Los ojos cafés de la monja eran amables. “¿No te parece un encantador presagio que hayas traído el sol con tu llegada?”

“Eso espero, Hermana Marie Madeleine,” dijo Lenobia, y entonces tuvo que caminar rápidamente para alcanzar a la monja mientras ella se apresuraba, con el susurro de sus ropas, de regreso a las pacientes y observadoras jovencitas.

“Es Mademoiselle d’Auvergne, y ahora todos hemos llegado.” La monja gesticuló imperiosamente a un grupo de cargadores quienes no estaban haciendo nada más que dar curiosas miradas hacia el grupo de niñas. “¡*Allons-y!* llévenos al *Minerva*, y sean cuidadosos y rápidos en eso. El Comodoro Cornwallis está ansioso por zarpar con la marea.” Mientras los hombres se apresuraban a cumplir lo ordenado por la monja y traer un bote de remos listo para transportarlos a la nave, la monja se volvió hacia las niñas. Con un movimiento de su mano dijo, “*Mademoiselles*, ¡demos un paso hacia el futuro!”

Lenobia se unió al grupo, observando rápidamente las caras de las niñas, conteniendo el aliento y esperando que ninguna de ellas fuera familiar. Dio un largo y tembloroso suspiro de alivio cuando todo lo que reconoció fue la similitud en sus temerosas expresiones. Aun así, se mantuvo a propósito alejada de las mujeres, enfocando su mirada y su atención en la nave y en el bote de remos que los llevaría hasta ella.

“*Bonjour, Cecile.*” Una niña que se veía como si no pudiera tener más de trece años le habló a Lenobia con una suave y temblorosa voz. “*Jem’appelle Simonette LaVigne.*”

“*Bonjour,*” dijo Lenobia, tratando de sonreír.

La niña se acercó más a ella. “¿Estás muy pero muy asustada?”

Lenobia la estudió. Ciertamente era hermosa, con largo y oscuro pelo rizado sobre sus hombros y una suave e inocente cara del color de la crema, su complexión marcada únicamente por dos manchas de color rosa brillante en sus mejillas. Lenobia se dio cuenta de que la niña estaba aterrorizada. Miro al resto de las niñas en el grupo, esta vez viéndolas realmente. Todas eran atractivas, bien vestidas y alrededor de su edad. También tenían los ojos muy abiertos y estaban temblando. Algunas de ellas estaban sollozando suavemente. Una de las pequeñas rubias sacudía la cabeza una y otra vez, apretando un crucifijo con diamantes incrustados que colgaba de su cuello por una gruesa cadena de oro. *Todas están asustadas*, pensó Lenobia.

Le sonrió a Simonette, y esta vez sí se las arregló para que fuera algo más que una mueca. “No, no estoy asustada,” Lenobia se oyó decir a sí misma en una

voz que sonaba mucho más fuerte de lo que ella se sentía. “Creo que el barco es hermoso.”

“¡P-pero yo no sé nadar!” balbuceó la temblorosa pequeña rubia.

¿Nadar? Yo estoy preocupada por ser descubierta como impostora, no volver a ver a mi madre nunca más, y enfrentarme a la vida en una extraña tierra extranjera. ¿Cómo puede ella estar preocupada por nadar? El estallido de risas que se le escapó a Lenobia atrajo la atención de todas las niñas, así como la de la Hermana Marie Madeleine.

“¿Se está riendo de mí, mademoiselle?”. Le preguntó la niña.

Lenobia se aclaró la garganta y dijo, “No, por supuesto que no. Simplemente estaba pensando en lo divertidas que nos veríamos todas tratando de nadar hacia el Nuevo Mundo. Seríamos como flores flotantes.” Se rió de nuevo, esta vez con menos histeria. “¿Pero no es mejor que tengamos este magnífico barco para llevarnos hasta allá en lugar de eso?”

“¿Qué es toda esta charla sobre nadar?” Dijo la Hermana Marie Madeleine.

“Ninguna de nosotras necesita saber nadar. Mademoiselle Cecile estaba en lo correcto al reírse ante tal ocurrencia.” La monja caminó hasta el borde del muelle, donde los marineros estaban esperando impacientemente a que las niñas empezaran a abordar. “Ahora, vamos todas. Tenemos que organizarnos en nuestros cuartos para que el *Minerva* pueda ponerse en camino.” Sin mucho más que una mirada de reojo, la Hermana Marie Madeleine tomó la mano del marinero más cercano y dio un paso vacilante pero entusiasta hacia el balanceante bote. Ella ya se había sentado y estaba acomodando su voluminoso hábito café antes de notar que ninguna de las niñas la había seguido.

Lenobia notó que muchas de las damas habían dado pasos hacia atrás, y las lágrimas parecían estar extendiéndose como una peste por todo el grupo.

Esto no es tan aterrador como dejar a mi madre. Lenobia se dijo firmemente a sí misma. Ni tan aterrador como ser la hija ilegítima de un baron al que no le importa. Sin dudar más, Lenobia caminó hacia el borde del muelle. Extendió la mano, como si estuviera acostumbrada a que los sirvientes estuvieran ahí automáticamente para ayudarla, y antes de que tuviera tiempo de repensar en su osadía, ya estaba en el pequeño bote tomando asiento en la banca al lado de la Hermana Marie Madeleine. La monja se estiró y le apretó la mano breve pero firmemente.

“Eso estuvo bien hecho,” dijo la Hermana.

Lenobia levantó el mentón y se encontró con la mirada de Simonette. “¡Vamos, pequeña flor! No tienes nada que temer.”

“¡Oui!” dijo Simonette, levantando el bajo de su falda y apresurándose hacia adelante para tomar la mano que el marinero le estaba ofreciendo. “Si tú puedes hacerlo, yo puedo hacerlo.”

Y eso rompió la resistencia. Pronto, todas las niñas estaban subiéndose al bote. Las lágrimas se convirtieron en sonrisas mientras la confianza del grupo crecía y su terror se evaporaba, dejando suspiros de alivio y hasta algunas risas vacilantes.

Lenobia no estaba segura de cuándo su propia sonrisa había cambiado de ser algo inauténtico que ella forzaba, a un honesto placer, pero mientras la última niña subía a bordo, ella se dio cuenta de que la presión en su pecho se había suavizado, como si el dolor en su corazón realmente pudiera convertirse en algo soportable.

Los marineros había remado casi todo el camino hacia el barco, y Simonette había estado parlotando sobre cómo aunque ya casi tenía dieciséis años, nunca antes había visto el océano y que tal vez estaba un poco emocionada, cuando un carruaje dorado llegó y un hombre alto vestido de púrpura salió. Él caminó hacia el borde del muelle y miró desde el grupo de niñas hasta el paciente barco. Todo acerca de él, desde su porte hasta su oscura mirada parecía furioso, agresivo y familiar.

Terriblemente familiar...

Lenobia lo estaba mirando fijamente con un creciente sentimiento de incredulidad y consternación. *¡No, por favor, que no sea él!*

“Su cara me asusta.” Simonette habló en un susurro. Ella también estaba mirando fijamente al hombre en el muelle distante.

La Hermana Marie Madeleine palmeó su mano tranquilizadamente y le respondió. “Justo esta mañana me notificaron que la adorable Catedral de San Louis tendrá un nuevo obispo. Ese debe ser él.” La monja le sonrió amablemente a Simonette. “No hay razón para que tengas miedo. Es una bendición tener este buen obispo viajando con nosotras a Nueva Orleans.”

“¿Sabe de cual parroquia proviene?” preguntó Lenobia, aunque ya sabía la respuesta antes de que la monja confirmara su temor.

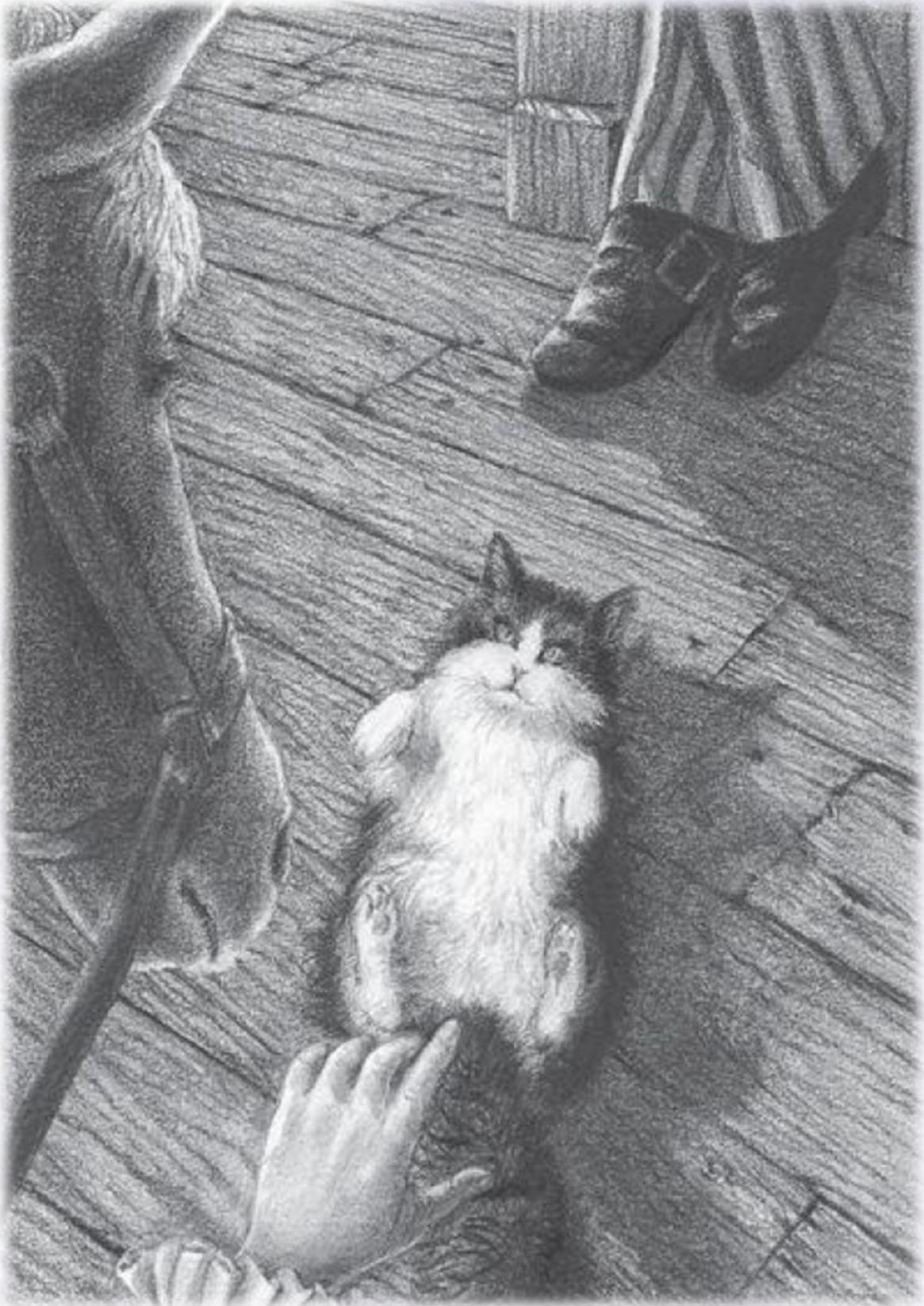
“Pues sí, Cecile. Él es Charles de Beaumont, el Obispo de Évreux. ¿Pero no lo reconociste? Creo que Évreux es bastante cerca de tu casa, ¿no es así?”

Sintiendo como si se fuera a enfermar terriblemente, Lenobia dijo, “Si, Hermana. Si lo está.”

Lenobia's
VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW



Lenobia's
Vow

HOUSE

LENOBIA'S VOW

Capítulo Tres

Traducido por Carlos & Ruty

Tan pronto como Lenobia abordó el *Minerva*, jaló la gruesa capucha de su capa forrada en piel sobre su cabeza. Forzándose a ignorar las distracciones de la brillantemente pintada cubierta y la ajetreada energía de todo, desde cajas de madera de harina, bolsas de sal y barriles de cecina, hasta caballos siendo cargados, Lenobia metió su barbilla y trató de desaparecer. *¡Caballos! ¿Los caballos vienen con nosotros, también?* Ella quería mirar a su alrededor y captar todo, pero el bote de remos ya había empezado su viaje de regreso a los muelles, donde recogería a su compañero de viaje, el Obispo de Évreux. *Debo ir abajo. No debo dejar que el Obispo me vea. Más que nada, debo ser valiente... ser valiente... ser valiente.*

“¿Cecile? ¿Estás bien?” Simonette la estaba mirando fijamente por encima de su cara encapuchada, sonando tan preocupada que atrajo la atención de la Hermana Marie Madeleine.

“Mademoiselle¹¹ Cecile, está--”

“Me siento un poco enferma, Hermana,” Lenobia la interrumpió, tratando de hablar por lo bajo y no seguir llamando la atención hacia sí misma.

“¡Aye¹²! Así es esto. Algunas personas se enferman desde el momento en que colocan un pie en la cubierta.” El hombre, que avanzaba hacia ellas con una voz profunda, tenía un enorme pecho de barril y un carnosos rostro rojizo que contrastaba dramáticamente con su abrigo azul oscuro y sus hombreras doradas. “Siento decírselo, pero su reacción es un mal presagio de cómo le irá durante el viaje, mademoiselle. Puedo decirle que aunque he perdido pasajeros en la mar, nunca he perdido uno por mareo.”

¹¹ Francés: Señorita

¹² Significa **SÍ**, tanto en idioma Inglés como en Escocés. Así que se prefiere dejar en el original.

“Yo-Yo creo que será mejor si voy abajo,” Lenobia dijo rápidamente, súper-consciente de que con cada momento el Obispo estaba más y más cerca de abordar.

“Oh, pobre Cecile,” murmuró la Hermana Marie Madeleine. Luego añadió, “Chicas, éste es nuestro capitán, el Comodoro¹³ William Cornwallis. Él es un gran patriota y nos mantendrá realmente seguras durante nuestro largo viaje.”

“Es muy amable de su parte, buena Hermana.” El Comodoro señaló a un hombre vestido de manera sencilla, un joven mulato que estaba parado cerca de él. “Martin, muéstrale a las damas sus cuartos.”

“*Merci beaucoup*¹⁴, Comodoro,” dijo la Hermana Marie Madeleine.

“Espero verlas a todas en la cena de esta noche.” El gran hombre le dio a Lenobia un pequeño guiño. “¡Al menos a aquéllas de ustedes con el estómago para asistir! Con su permiso, damas.” Él caminó alejándose, gritándole a un grupo de miembros de la tripulación que luchaba torpemente con una caja de madera grande.

“Mademoiselles, señora, si me siguiereis,” Martin dijo.

Lenobia fue la primera en seguir en línea detrás de la figura de anchos hombros de Martin mientras él, con destreza, las conducía a través de una puerta en la parte posterior de la cubierta y hacia una escalera bastante estrecha que llevaba a un pasillo casi igualmente estrecho bifurcado a la derecha y a la izquierda. Martin hizo un gesto con su barbilla hacia la izquierda y Lenobia vio momentáneamente su fuerte perfil joven. “Ese camino da al cuartel de la tripulación.” Cuando él habló hubo un fuerte sonido de colisión y un agudo chillido que provenía desde la dirección que su barbilla había apuntado.

“¿Tripulación?” Lenobia no pudo evitar preguntar con un levantamiento de sus cejas, el sonido familiar de un caballo molesto momentáneamente la hizo olvidarse de estar muda e invisible.

Martin la miró. Una sonrisa elevó las esquinas de sus labios y sus ojos, los cuales tenían una inusual luz verde oliva, destellaron. Lenobia no podía decir si el destello era de humor, travesura, o sarcasmo. Él dijo, “Debajo de la cubierta

¹³ Un comodoro es, en algunos países, la denominación de un mando de la Armada (en ocasiones también de las Fuerza Aérea), de un cargo y de un mando en la Marina mercante, o de un directivo de un club náutico.

¹⁴ Francés: Muchas gracias.

están los cuartos de la tripulación, debajo de éstos, el cargamento, y en el cargamento hay un par de grises de Vincent Rillieux comprados para su carruaje.”

“¿Grises?” Simonette preguntó, pero ella no estaba mirando por el largo pasillo -ella estaba mirando fijamente, y con abierta curiosidad, a Martin.

“Caballos,” Lenobia le dijo.

“Percherones, una pareja de caballos castrados,” Martin corrigió. “Bestias gigantes. No apto para damas. La oscuridad y la humedad predominan en la bodega de carga. No es un lugar adecuado para damas o caballeros,” él dijo, encontrándose con la mirada fija de Lenobia con una franqueza que la sorprendió antes de que girara a la derecha y siguiera hablando mientras caminaba. “Este es el camino a sus cuartos. Hay cuatro habitaciones que ustedes deben compartir. El Comodoro y cualquier pasajero masculino están por encima de ustedes.”

Simonette envolvió su brazo con el de Lenobia y murmuró rápidamente, “nunca antes he visto a un mulato. ¿Me pregunto si todos ellos son tan apuestos como éste!”

“¡Sssh!” Lenobia la silenció justo mientras Martin se detenía ante la primera habitación que se abría a la derecha del estrecho pasillo.

“Eso será todo. Gracias, Martin.” La Hermana Marie Madeleine las había alcanzado y le dio a Simonette una dura mirada mientras despedía al mulato.

“Sí, Hermana,” él dijo mientras se inclinaba respetuosamente ante la monja y empezaba a regresar por el pasillo.

“*Excuse moi*¹⁵, Martin. ¿Dónde y cuándo cenamos con el Comodoro?” La Hermana Marie Madeleine le preguntó.

Martin hizo una pausa en su retirada para responder. “La mesa del Comodoro está donde usted ha cenado, a las siete cada noche. En punto, madame. El Comodoro insiste en traje de etiqueta. Las demás comidas se las traerán a ustedes.” Aunque el tono de Martin se había vuelto osco, cuando su mirada fue hacia Lenobia, ella pensó que su expresión estaba más llena de tímida curiosidad que mezquindad.

“¿Seremos los únicos invitados en la cena del Comodoro?” Lenobia le preguntó.

¹⁵ Francés: Disculpe

“Seguramente él incluirá al Obispo en su invitación,” dijo la Hermana Marie Madeleine rápidamente.

“Oh, *oui*¹⁶, el Obispo asistirá. Él también realiza la Misa. El Comodoro es un católico devoto, al igual que la tripulación, madame,” Martin le aseguró antes de desaparecer por el pasillo.

Esta vez, Lenobia no tuvo que fingir que se sentía enferma.

“No, no, en serio. Por favor vayan sin mí. Un poco de pan, queso, y vino suavizado es todo lo que necesito,” Lenobia le aseguró a la Hermana Marie Madeleine.

“¿Mademoiselle Cecile, la compañía del Comodoro y el Obispo no alejarán de su mente el malestar de su estómago?” La monja frunció el ceño mientras vacilaba en la puerta con las demás chicas, todas vestidas y ansiosas por su primera cena en la mesa del Comodoro.

“¡No!” Pensando en lo que ocurriría si el Obispo la reconocía, Lenobia supo que su cara se había vuelto pálida. Se excedió un poco y presionó su mano en la boca como si estuviese enferma. “Ni siquiera puedo soportar la idea de comer. Desde luego que pasaría vergüenza estando enferma.”

La Hermana Marie Madeleine suspiró pesadamente. “Muy bien. Descanse por esta noche. Le traeré algo de pan y queso.”

“Gracias, Hermana.”

“Estoy realmente segura de que se recuperará mañana,” Simonette le dijo antes de que la Hermana Marie Madeleine cerrase la puerta suavemente detrás de ella.

¹⁶ Francés: Sí

Lenobia soltó una larga respiración y echó hacia atrás la capucha de su capa junto con su cabello rubio plata. Sin desaprovechar nada de su precioso tiempo a solas, ella llevó el gran baúl que tenía grabado encima CECILE MARSON DE LA TOUR D'AUVERGNE hacia el lado más lejano del cuarto cerca de la litera que había escogido para ella. Lenobia colocó el baúl bajo una de las claraboyas redondas y luego se subió en éste, jaló el pequeño gancho de latón que mantenía el cristal cerrado, y respiró profundamente del aire fresco y húmedo.

El grueso baúl la hizo lo suficientemente alta como para ver por la ventana. Con miedo, Lenobia contempló la infinita extensión de agua. Era pasado el crepúsculo, pero aún había la suficiente luz en el enorme cielo para que las olas estuviesen iluminadas. Lenobia pensó que jamás había visto algo tan hipnótico como el océano en la noche. Su cuerpo se bamboleaba graciosamente con el movimiento del barco. ¿Enferma? ¡Absolutamente no!

“Pero fingiré estarlo,” ella susurró en voz alta hacia el océano y la noche. “Aun si debo mantener el pretexto durante las ocho semanas completas de viaje.”

¡Ocho semanas! El solo pensamiento era terrible. Ella se había quedado sin aliento cuando la siempre habladora Simonette había comentado lo difícil que era creer que estarían en este barco durante ocho semanas completas. La Hermana Marie Madeleine le había dado una mirada extraña, y Lenobia rápidamente cambió su jadeo por un gemido, y se había agarrado firmemente el estómago.

“Debo ser más cuidadosa,” se dijo a sí misma. “Por supuesto que la verdadera Cecile sabría que el viaje tomaría ocho semanas. Debo ser más lista y más valiente -y más que nada debo evitar al Obispo.”

A regañadientes cerró la pequeña ventana, bajó, y abrió el baúl. Mientras buscaba entre caros lazos y caras sedas, y así cambiarse para dormir, ella encontró una hoja de papel doblada puesta sobre el brillante montículo. El nombre *Cecile* estaba escrito en la letra característicamente remarcada de su madre. Las manos de Lenobia temblaron un poco cuando abrió la carta y leyó:

Hija mía,

Estás desposada con el hijo menor del Duque Silegne, Thinton De Silegne. Él es el dueño de una enorme plantación que está a un día en carruaje del norte de Nueva Orleans. No sé si es amable o apuesto, lo único que sé es que es joven, rico, y proviene de una familia fina. Rezaré con cada aurora para que encuentres

felicidad y que tus hijos sepan cuán afortunados son al haber tenido una mujer tan valiente como su madre.

Tu maman¹⁷

Lenobia cerró los ojos, se limpió las lágrimas de sus mejillas, y se aferró a la carta de su madre. ¡Era una señal de que todo estaría bien! Ella iba a casarse con un hombre que vivía a un día de viaje de donde el Obispo estaría. Seguramente una enorme y abundante plantación tendría su propia capilla. Si no era así, Lenobia se aseguraría de que la tuviera realmente pronto. Todo lo que tenía que hacer era evitar ser descubierta hasta que dejase Nueva Orleans.

No debería ser tan difícil, se dijo a sí misma. Durante los últimos dos años he estado evitando las indiscretas miradas de los hombres. En comparación, ocho semanas más no son nada.

Mucho después, cuándo Lenobia se permitió recordar ese desafortunado viaje, ella consideró la excentricidad del tiempo, y en cómo ocho semanas podrían pasar a velocidades muy diferentes.

Los primeros dos días habían parecido interminables. La Hermana Marie Madeleine revoloteaba a su alrededor, tratando de tentarla a comer -lo cual era una tortura porque Lenobia estaba absolutamente famélica y buscaba hundir sus dientes en los panecillos y en el caliente tocino que la buena monja seguía ofreciéndole. En lugar de eso ella mordisqueaba algo de pan duro y bebía vino suavizado hasta que sus mejillas se sentían calientes y su cabeza le daba vueltas.

¹⁷ Francés: Mamá

Justo después del amanecer del tercer día, el océano, el cual había estado calmado, cambió completamente y se volvió una entidad gris enojada que sacudía al *Minerva* de un lado al otro como si fuese una ramita. El Comodoro hizo un gran espectáculo al llegar a sus habitaciones y asegurarles que la tempestad era comparativamente suave y, en realidad, conveniente -ya que los estaba empujando hacia Nueva Orleans a una velocidad mucho más rápida de lo normal para esta época del año.

Lenobia estaba encantada por ello, pero pensó que era mucho más que conveniente, ya que las turbulentas aguas causaron que más de la mitad de sus compañeros de barco -incluyendo al pobre y desafortunado Obispo- se enfermaran fuertemente y se mantuviesen en sus cuartos. Lenobia se sentía mal por estar aliviada ante tanta enfermedad, pero ciertamente hizo que los siguientes diez días fuesen más llevadores. Y para cuando el mar se había calmado otra vez, el patrón de Lenobia de preferir quedarse a solas había sido bien establecido. Excepto por las ocasionales ráfagas de parloteo incontenible de Simonette, las otras chicas casi siempre dejaban a Lenobia a solas.

Al principio, ella había pensado que se sentiría sola. Lenobia extrañaba muchísimo a su madre, pero fue una sorpresa para ella el cuánto disfrutaba de la soledad -del tiempo a solas con sus pensamientos. Pero eso solo fue la primera de sus sorpresas. La verdad era, hasta que su secreto fuera descubierto, Lenobia había encontrado la felicidad, y fue debido a tres cosas: -el amanecer y los caballos- y el joven que le había encontrado cosas; -el amanecer y los caballos- y el joven que había conocido por casualidad gracias a ellos.

Encontró el camino hacia los Percherones del mismo modo en que había descubierto cuan pacífico y privado eran las pocas horas justo antes y durante el amanecer—encontrando el camino menos frecuentado por el resto de las personas a bordo.

Ninguna de las otras chicas dejaba jamás su plataforma de descanso antes de que el sol estuviera bien puesto en el cielo de la mañana. La hermana Marie Madeleine era siempre la primera mujer despierta. Se levantaba cuando las luces del amanecer cambiaban de rosa al amarillo, e iba inmediatamente al pequeño santuario que había creado para la Virgen María, encendía una preciosa vela, y comenzaba a rezar. La monja también iba a su altar a media mañana para las letanías marianas¹⁸, y para recitar el pequeño oficio de la Virgen antes de ir a la cama, instruyendo a las chicas a que rezaran con ella. En verdad, cada mañana la devota hermana rezaba tan fervientemente—ojos cerrados, contando por toque

¹⁸ Un tipo de oraciones y rezos católicos.

las cuentas de su rosario—que era simple deslizarse fuera o dentro de la habitación sin disturbarla.

Así es como comenzó—el patrón de Lenobia de caminar antes que todos los demás y vagar silenciosamente pro el barco, encontrando huecos de soledad y mucha más belleza de la que nunca había imaginado.

Se había comenzado a volver loca, atrapada en esa habitación, escondiéndose del obispo y pretendiendo estar enferma. Temprano una mañana, cuando todas las chicas, e incluso la hermana Marie Madeleine, estaban profundamente dormidas, había tomado una oportunidad y caminado en punta de pies desde la cámara hasta el pasillo.

El mar estaba agitado—la tormenta realmente instalada—pero Lenobia no tuvo problemas en mantenerse de pie. Ella disfrutaba el sonido del motor del *Minerva*. También disfrutaba el hecho de que el mal tiempo estaba manteniendo a mucha de la tripulación en sus cuartos.

Escuchando tan fuerte como podía, Lenobia se había movido de sombra en sombra, haciendo su camino hacia la oscura esquina de la cubierta. Allí se quedó de pie cerca de la baranda y tomo grandes bocanadas de aire mientras observaba el agua y el cielo y la vasta expansión de vacío. No había estado pensando en nada—solo estaba sintiendo la libertad.

Y entonces algo asombroso ocurrió.

El cielo había cambiado de carbón y gris al rojizo y melocotón, de primavera y azafrán. Las aguas cristalinas magnificaban esos colores, y Lenobia había sido cautivada por la majestuosidad de ello. Sí, claro, en varias ocasiones ella había estado despierta al amanecer en el *château*, pero siempre había estado ocupada. Nunca había tenido el tiempo para sentarse y ver la iluminación del cielo y el mágico levantamiento del sol desde un horizonte lejano.

Desde esa mañana esto se convirtió en su propio ritual religioso, y Lenobia era, a su manera, tan devota como lo era la hermana Marie Madeleine. Cada amanecer se dirigiría a la cubierta, encontraría un hueco de sombra y soledad, y observaría al cielo darle la bienvenida al sol.

Y lo hizo, Lenobia dio las gracias por la belleza de la que se le había permitido ser testigo. Sosteniendo el rosario de cuentas de su madre, rezaba fervientemente que se le permitiera presenciar otro amanecer segura, con su secreto sin ser descubierto. Permanecería sobre la cubierta tanto como se

atrevera, hasta que los sonidos de la tripulación caminando la llevaban de regreso abajo, donde se deslizaba a su habitación compartida y volvía a la farsa de estar enferma, delicada.

Fue justo después de que observara su tercer amanecer y estaba volviendo sobre sus pasos por el camino a su habitación que se había vuelto tan familiar que Lenobia encontró los caballos, y a él. Había oído a los hombres venir desde abajo justo cuando ella estaba por entrar al pasillo de las escaleras, y había estado segura que una de las voces—la más seca de todas—pertenecía al Obispo. Su reacción fue inmediata. Lenobia levantó su falta y corrió tan rápido y silenciosamente cómo fue posible en la dirección opuesta.

Revoloteo de sombra en sombra, siempre moviéndose lejos de las voces. No se detuvo cuando encontró la puerta arqueada que llevaba a unos escalones, estrechas escaleras que bajaban y bajaban. Simplemente bajó hasta que llegó a la parte inferior.

Lenobia los olió antes de verlos. El aroma de caballo y heno y estiércol era tan familiar como reconfortante. Probablemente debería haberse detenido allí solo un momento—estaba bastante segura de que ninguna de las otras chicas habría prestado más de un instante de atención a los caballos. Pero Lenobia no era como las otras chicas. Siempre había amado a los animales—todo tipo de animales, pero especialmente a los caballos.

Su sonido y su aroma la arrastraban como la luna guiaba a las mareas.

Había una sorprendente cantidad de luz filtrándose de una gran abertura rectangular en la cubierta superior, y era fácil para Lenobia caminar entre cajas y sacos, fanegas y barriles, hasta que estaba de pie frente a un improvisado puesto. Dos inmensas cabezas grises colgaban sobre la pared media, sus orejas apuntando atentamente en su dirección.

“¡Ooooh! ¡Mírense ustedes dos! ¡Son exquisitos!” Lenobia fue hacia ellos, moviéndose cuidadosamente y sin hacer ningún tonto, movimiento abrupto que podría asustarlos. Pero ella no tenía que preocuparse. El par de Percherones parecían tan curiosos por ella como ella lo estaba de ellos.

Mantuvo su mano hacia ellos y ambos comenzaron a soplar en sus palmas. Ella frotó sus anchas frentes y besó sus suaves hocicos, riendo femeninamente cuando ellos lamieron su cabello.

La risa fue lo que hizo notar a Lenobia la verdad—que realmente estaba sintiendo burbujas de felicidad. Y eso era algo que creía que no volvería a sentir

otra vez. Oh, ciertamente sentiría la satisfacción y seguridad que le daría el vivir la vida de la hija legítima de un Barón. Esperaba que quizás fuera a sentir alegría, y amor por Thinton de Silegne, el hombre con el que se casaría en lugar de Cecile. ¿Pero felicidad? Lenobia no había esperado sentir felicidad.

Sonrió cuando uno de los caballos lamio uno de los lazos de las mangas de su vestido. “Caballos y felicidad—ellos van juntos,” le dijo al caballo.

Fue mientras estaba de pie entre los dos Percherones, sintiendo esa inesperada burbuja de felicidad, que un gran gato negro y blanco saltó de la cima de una de las cajas más cercanas y aterrizó con un monstruoso ruido cerca de sus pies.

Lenobia y los Percherones se sobresaltaron. Los caballos arquearon sus cuellos y le enviaron al felino miradas de desconfianza.

“Lo sé,” les dijo Lenobia. “Estoy de acuerdo con ustedes. Ese es el gato más grande que he visto.”

Como si fuera una señal, el gato giró sobre su espalda, movió su cabeza alrededor, y parpadeó con inocentes ojos verdes hacia Lenobia mientras retumbaba un extraño, bajo rrrrrrow.

Lenobia miró a los caballos. Ellos la miraron a ella. Se encogió de hombros y dijo, “Oui, parece que quiere que le rasquen el estómago.” Sonrió y se agachó.

“Yo no haría eso.”

Lenobia alejó su mano y se congeló. Su corazón golpeteando, se sentía atrapada y culpable mientras el hombre salió de las sombras.

Reconociendo a Martin, el mulato que les había mostrado sus cuartos solo días antes, respiró un pequeño suspiro de alivio e intentó lucir menos culpable y más como una señorita.

“Parece que ella quiere que le rasquen el estómago,” dijo Lenobia.

“Él,” Martin la corrigió con una sonrisa forzada. “Odysseus está usando su artimaña favorita en ti, mademoiselle.” Sacó una larga pieza de heno de uno de los fardos de alfalfa y le hizo cosquillas en el regordete estómago del gato. Odysseus rápidamente cerró alrededor del heno, capturándolo y mordiéndolo antes de desaparecer entre la carga. “Es su juego. Luce inofensivo para seducirte, y después ataca.”

“¿Es realmente malo?”

Martin encogió sus anchos hombros. “No creo que malo, solo travieso. Pero qué sé yo—no soy ningún sabio caballero o una gran señora.”

Lenobia casi respondió automáticamente, ‘¡Tampoco lo soy yo!’

Por suerte, Martin continuó. “Mademoiselle, este no es lugar para una señorita. Ensuciaras tus ropas y desordenaras tu cabello.” Pensó que aunque Martin estaba hablando de forma respetuosa, apropiada, había algo en su apariencia—en su tono—que era despectivo y condescendiente. Y eso la molestaba. No porque se suponía que ella era de clase superior. A Lenobia le importaba porque ella no era de esas ricas, mimadas, presuntuosas mademoiselles que menospreciaban a los otros y no sabían nada sobre el trabajo duro. Ella no era Cecile Marson de La Tour d’Auvergne.

Lenobia entrecerró sus ojos hacia él. “Me gustan los caballos.” Para resaltar su punto, dio un paso entre los dos grises y palmoreo sus cuellos. “También me gustan los gatos—incluso los traviosos. Y no me molesta tener mis ropas sucias o mi cabellos desordenados.”

Lenobia vio la sorpresa en sus verdes expresivos ojos, pero antes de que él pudiera responder el sonido de las voces de los hombres se arrastró desde arriba.

“Debo regresar. No puedo ser atrapada”—Lenobia se detuvo a si misma antes de que pudiera dejar escapar “por el Obispo,” y en cambio termino precipitadamente—“vagando por el barco. Debería estar en mis aposentos. Yo-yo no he estado bien.”

“Lo recuerdo,” dijo Martin. “Lucias enferma tan pronto como abordaste. Ahora no luces tan mal, aunque el mar está agitado hoy.”

“Caminar por ahí me hace sentir mejor, pero la hermana Marie Madeleine no cree que sea apropiado.” En verdad, la buena hermana no había hecho esa pronunciación exacta. No tenía que hacerlo. Todas las chicas parecían estar contentas de sentarse y bordar o chismear o tocar uno de los dos clavicordios embarcados con ellas. Ninguna de ellas había mostrado ningún interés en explorar el gran barco.

“La hermana—es una mujer fuerte. Creo que incluso el Comodoro le tiene un poco de miedo,” dijo.

“Lo sé, lo sé, pero, bueno, yo solo... me gusta ver el resto del barco.” Lenobia luchó para encontrar las palabras correctas que no delataran demasiado.

Martin asintió. “Las otras mademoiselles rara vez dejan sus cuartos. Algunos de nosotros, creemos que quizás son *filles à la casquette*, las chicas de los ataúdes.” Dijo la frase primero en francés después en inglés, haciendo eco inquietamente al comentario de su madre el día que dejó el château. Ladeó la cabeza y la estudió, frotando su barbilla en una exagerada concentración. “Tú, no luces como una chica del ataúd.”

“*¡Exactement*¹⁹! Eso es lo que estoy intentando decirte. No soy como las otras chicas.” Mientras las voces masculinas se acercaban más y más, Lenobia acarició a cada uno de los grises en despedida, después tragó su miedo y giró para enfrentar al joven hombre. “Por favor, Martin, me mostrarías como volver sin pasar por aquí,” señaló a la escalera por la que había descendido, “¿y sin tener que cruzar la cubierta entera?”

“*Oui*,” dijo con la leve duda.

“¿Y me prometes no decirle a nadie que estuve aquí? ¿Por favor?”

“*Oui*,” repitió. “*Allons-y*²⁰.”

Martin la guió rápidamente por un retorcido camino a través de montañas de carga todo el camino a través de las entrañas del barco hasta que llegaron a una gran, entrada más accesible. “Por aquí arriba,” Martin explicó. “Sigue subiendo. Te guiará al pasillo de tus habitaciones.”

“Pasa a través de las habitaciones de la tripulación, también, ¿no es así?”

“Sí. Aunque, si ves hombres alza la barbilla.” Martin alzó su barbilla. “Después les das la mirada que me diste cuando dijiste que te gustan los caballos, y los gatos traviesos. Ellos no te molestarán.”

“¡Gracias, Martin! Muchas gracias,” dijo Lenobia.

“¿Sabes por qué te ayude?”

La pregunta de Martin la hizo girar para mirarlo inquisitivamente. “Supongo que es porque eres un hombre de buen corazón.”

¹⁹ *Exactement* = exactamente.

²⁰ Frase del francés que significa : Vamos.

Martin sacudió su cabeza. “No, es porque fuiste lo suficientemente valiente como para pedírmelo.”

La risita que se escapó de la boca de Lenobia fue semi-histerica. “¿Valiente? No, ¡estoy asustada de todo!”

Él sonrió. “Excepto de los caballos y los gatos.”

Ella le devolvió la sonrisa, sintiendo sus mejillas calentarse y su estómago tener un pequeño revoloteo porque su sonrisa lo hacía lucir incluso más apuesto. “Sí.” Lenobia intento pretender que no estaba sin aliento. “Excepto de los caballos y los gatos. Gracias, de nuevo, Martin.”

Estaba casi en la entrada cuando él añadió, “Alimento a los caballos. Cada mañana justo después del amanecer.”

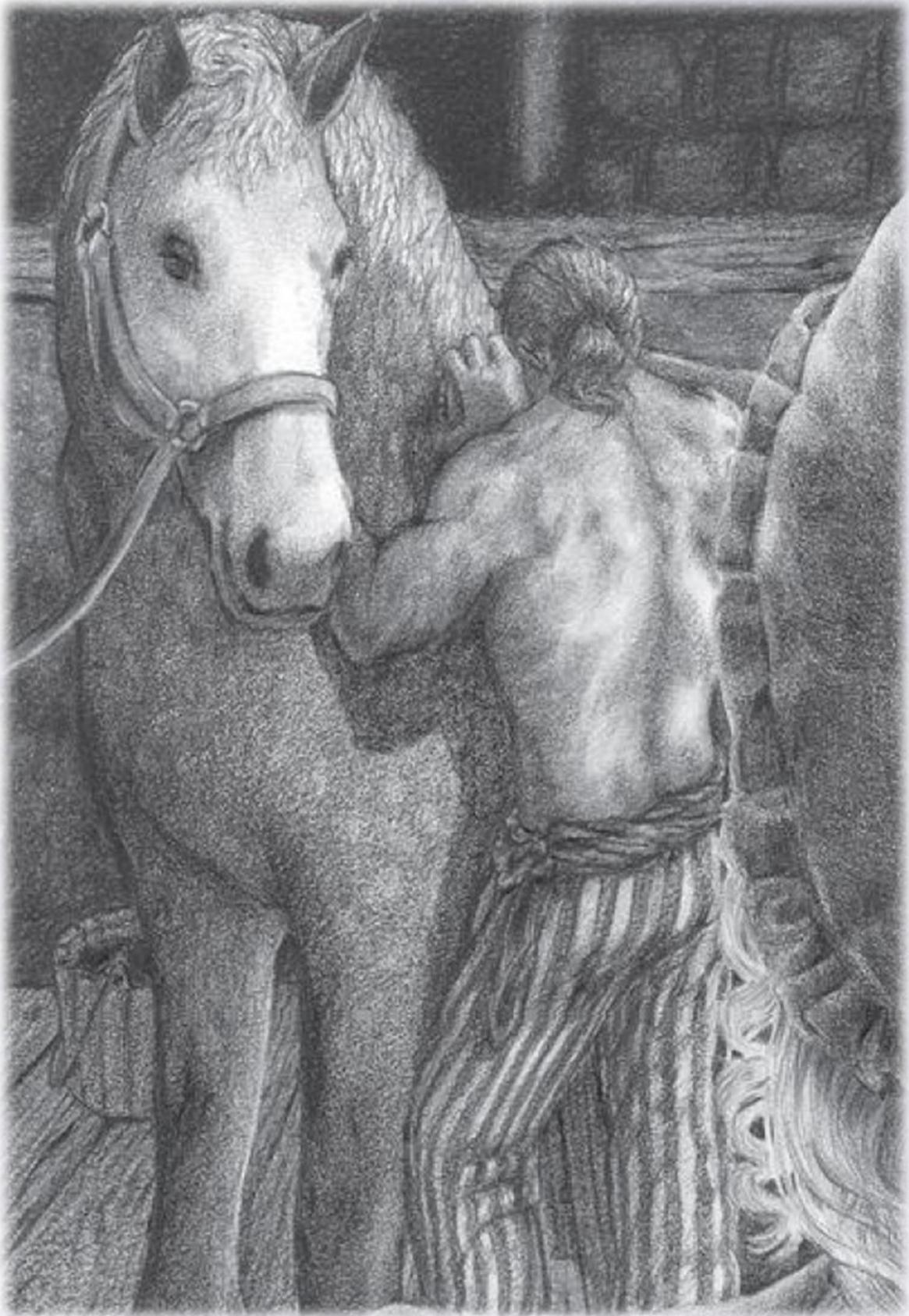
Sus mejillas aun calientes, Lenobia lo miró. “Quizás te veré de nuevo.”

Sus ojos verdes brillaron e inclinó un sombrero imaginario hacia ella. “Quizás, *cherie*, quizás.”

Lenobia's
VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW



Lenobia's
Vow
House

LENOBIA'S VOW

Capítulo Cuatro

Traducido por Giovanna & Sandra.c

Para las próximas cuatro semanas Lenobia existió en un estado extraño que estaba en algún lugar entre la paz y la ansiedad, la felicidad y la desesperación. Tiempo jugando con ella. Las horas que se sentó en su habitación esperando el atardecer y luego la noche y luego el crepúsculo del amanecer parecía una eternidad para pasar. Pero tan pronto como la tripulación se dormía y ella podía escapar de los confines de su prisión auto impuesta, las próximas horas se precipitaron al pasado, dejándola sin aliento y deseando mucho más.

Ella merodeaba el barco, empapándose de libertad con el aire salado, observando el sol estallando gloriosamente en el horizonte acuoso, y luego deslizándose hacia el gozo que le esperaba debajo de la cubierta.

Por un rato ella se convenció de que era sólo los grises que la hacían tan feliz—tan ansiosa por correr a la bodega de carga y triste cuando el tiempo pasaba demasiado rápido, la tripulación comenzaba a despertar, y tenía que regresar a sus aposentos.

No podía tener algo que ver con los anchos hombros de Martin o su sonrisa o el brillo en sus ojos color oliva y la forma en la que el bromeaba y la hacía reír.

“Los grises no se comen ese pan que ellos traen. Nadie come esas cosas”, había dicho, riendo entre dientes la primera mañana que ella había regresado.

Ella había fruncido el ceño. “Ellos se lo comerán, porque es muy salada. A los caballos le gustan las cosas saladas.”

Ella tenía el pan duro a cabo, una pieza en cada palma de la mano, y lo ofreció a los Percherones. Habían olfateado y luego, con una delicadeza

sorprendente para animales tan grandes, tomaron el pan y lo masticaron con mucho meneo de cabeza y las expresiones de sorpresa que habían hecho que Lenobia y Martin se rieran juntos.

"¡Tenías razón, *chérie!*", Dijo Martin. "¿Cómo sabe una dama como usted, lo que les gusta comer a los caballos?"

"Mi padre tiene muchos caballos. Te dije que me gustan. Así que pasé un tiempo en los establos," dijo evasivamente.

"¿Y a su padre, no le importa que su hija esté en los establos?"

"Mi padre no presta atención en dónde este," dijo ella, pensando que, al menos, era la verdad. "¿Y que hay sobre usted? ¿Dónde ha aprendido acerca de los caballos?" Lenobia cambió el centro de la conversación.

"La plantación de Rillieux a las afueras de Nueva Orleans."

"Sí, ese era el nombre del hombre que dijo que estaba enviando a los grises. Así que, Monsieur Rillieux debe confiar mucho en usted si le ha enviado a recorrer todo el camino de Nueva Orleans y Francia con sus caballos."

"Él debería. Monsieur Rillieux es mi padre."

"¿Su padre? Pero, pensé—" Sus palabras se apagaron y Lenobia sintió que sus mejillas se calentaban.

"¿Usted pensó que porque mi piel es de color marrón mi père²¹ no podría ser blanco?"

Lenobia pensó que parecía más divertido que ofendido, por lo que tomó la oportunidad y le dijo lo que había en su mente.

"No, sé que uno de sus padres tuvo que ser blanco. El comodoro lo llamó mulato, y su piel no es realmente marrón. Es más ligero que eso. Es más parecido a la crema con un poco de chocolate mezclado con ella." Para ella, Lenobia pensó, *Su piel es más bella de lo que una blanca podría posiblemente ser*, y sintió que le llameaban de nuevo las mejillas.

"Cuarterón, *chérie*", dijo Martin, sonriendo a sus ojos.

²¹père: padre

"¿Cuarterón?"

"Oui, ese soy yo. Mi mamá, ella fue la primera *placage* de Rillieux. Ella era una mulata."

"¿Placage? No lo entiendo."

"Hombres blancos ricos que llevan a las mujeres de color en *marriages de la main gauche*²²."

"¿Matrimonios zurdos?"

"Significa que no es real por la ley, pero real para Nueva Orleans. Esa fue mi mamá, sólo que ella murió poco después de mi nacimiento. Rillieux me mantuvo y sus esclavos me educaron."

"¿Eres un esclavo?"

"No. Soy criollo. Hombre de color libre. Trabajo para Rillieux."

Cuando Lenobia se limitó a mirarlo, tratando de abarcar todo lo que estaba aprendiendo, él sonrió y dijo: "Ya que estas aquí, ¿quiere ayudarme a cepillar a los grises, o desea escabullirse de nuevo a su habitación como una dama."

Lenobia levantó la barbilla. "Desde que estoy aquí, me quedo. Y le ayudaré."

La siguiente hora pasó muy rápidamente. Los Percherones eran bastantes para cepillar, y Lenobia había estado muy ocupada, trabajando con Martin y hablando de nada más personal que los caballos y discutiendo los pros y los contras de la amputación de cola, a pesar de que todo el tiempo no podía dejar de pensar en *placage* y *marriages de la main gauche*.

Fue sólo cuando Lenobia empezó a salir que ella era capaz de tener el coraje de preguntar a Martin la pregunta que había estado dando vueltas alrededor de su mente.

"¿El *placage*—las mujeres pueden elegir, o tienen que estar con quien los quiera?"

²² *marriages de la main gauche*: Matrimonios de la mano izquierda

"Hay muchos tipos de personas, *chérie*, y muchos tipos de arreglos, pero por lo que veo es más acerca de la elección y el amor."

"Bueno," dijo Lenobia. "Me alegro por ellos."

"Usted no tiene otra opción, ¿verdad, *cherie*?" Preguntó Martin, reuniéndose con su mirada.

"Hice lo que mi madre me dijo que hiciera," dijo la verdad, y luego salió de la bodega de carga y llevó el olor de los caballos y el recuerdo de los ojos oliva con ella en todo el tedio de aquel largo día.

Lo que comenzó como un accidente se convirtió en un hábito, y se convirtió en algo que sólo se comparaba con la alegría de ver a los caballos—lo que ella tenía que pasar por el viaje que no tenía fin. Lenobia no podía esperar para ver a Martín—para escuchar lo que iba a decirle a continuación—para hablar con él acerca de sus sueños e incluso sus miedos. Ella no tenía la intención de confiar en él—ni que le gustara—ni que tema por él, pero lo hizo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Martin era divertido, inteligente y hermoso—muy hermoso.

"Estás poniéndote delgada" le dijo en el quinto día.

"¿De qué estás hablando? Siempre he sido pequeña." Lenobia hizo una pausa mientras peinaba a través de la melena enmarañada de uno de los capones y miró alrededor de su cuello arqueado a Martin. "Yo no soy flaca", dijo con firmeza.

"Delgada, *cherie*. Lo que eres." Él se metió debajo del cuello del capón, y de repente, estaba al lado de ella, cerca, cálido y sólido. Tomó su muñeca suavemente en su mano y la rodeó fácilmente con el dedo índice y el pulgar.

"¿Ves? Eres toda huesos."

Su toque la sorprendió. Era alto y musculoso, pero suave. Sus movimientos eran lentos, constantes, casi hipnóticos. Era como si cada uno de sus movimientos fueran hechos de forma deliberada, para no asustarla. Inesperadamente le recordaba a un pecherón. Su pulgar acarició el interior de su muñeca, por encima de su punto de pulso.

"Tengo que fingir no querer comer," se oyó admitir.

"¿Por qué, *cherie*?"

"Es mejor para mí si me mantengo alejada de todo el mundo, y el estar enferma me da una razón para mantenerme a mí misma."

"¿Todo el mundo? ¿Por qué no te mantienes alejada de mí?," Preguntó con audacia.

A pesar de que su corazón se sentía como si fuera a salirse de su pecho, sacó la muñeca de su suave agarre y le dio una mirada severa. "Vengo por los caballos y no por ti."

"Ah, *les chevaux*²³. Por supuesto." Él le acarició el cuello del capón, pero él no sonreía como ella esperaba, ni él bromeaba de nuevo con ella. En su lugar, se limitó a mirarla, como si pudiera ver a través de su fachada dura a la suavidad de su corazón. No dijo nada más y en su lugar le entregó uno de los pinceles gruesos curry de un cubo cercano. "A él le gusta mejor este."

"Gracias", dijo ella, y comenzó a trabajar su camino a través del amplio cuerpo del capón con el cepillo. Sólo hubo un breve silencio, incómodo y, a continuación, la voz de Martin transportada desde el otro lado del capón fue tendiendo.

"Así que, *chérie*, ¿qué historia te cuento hoy? ¿La de cómo todo lo que se plante en el suelo negro de New France crece más alto que estos *petite chevaux*²⁴, o sobre las perlas en los *tignons* de la hermosa *placage* y cómo las mujeres se pasean por la plaza?"

"Háblame sobre las mujeres—sobre la *placage*," dijo Lenobia, y entonces ella escuchaba con atención, como Martin pintaba imágenes en su imaginación de mujeres hermosas que eran lo suficientemente libres como para elegir a quién

²³ *les chevaux*: Los caballos

²⁴ *petite chevaux*: caballos pequeños

amar, aunque no lo suficientemente libres como para hacer que sus uniones sean legales.

A continuación, la mañana siguiente, cuando entró en la bodega de carga, lo encontró ya preparando los caballos. Un trozo de queso y carne de cerdo caliente, entre dos rebanadas gruesas de pan fresco estaba sobre un paño limpio y cerca de los barriles de avena. Sin mirarla, Martin dijo:

"Come, *chérie*. No finjas alrededor mío."

Tal vez esa fue la mañana que cambió para Lenobia y empezó a pensar como era ver a Martín en la madrugada en lugar de visitar a los caballos en la madrugada. O, más precisamente, tal vez fue entonces cuando empezó a admitir el cambio en sí misma.

Y una vez que cambió para ella, Lenobia comenzó a buscar signos en Martin de que ella era algo más que su amiga—más de *ma chérie*, la chica a la que llevaba comida y que era acribillada por las historias de New France. Pero todo lo que encontró en su mirada era la bondad familiar. Todo lo que escuchaba en su voz era paciencia y humor. Una o dos veces pensó que ella había captado un rayo de más, especialmente cuando se reían juntos y el verde oliva en sus ojos parecían brillar con manchas de color marrón dorado, pero siempre le daba la espalda si ella mantenía su mirada demasiado tiempo, y siempre había una historia humorística lista si los silencios entre ellos se hacían demasiado grandes.

Justo antes de la pequeña medida de paz y felicidad que había encontrado se destrozó y su mundo explotó, Lenobia finalmente encontró el coraje para hacer la pregunta que no le permitía conciliar el sueño. Estaba sacudiéndose las faldas y susurrando con la precisión de un afectuoso capón un *bientôt*²⁵ que respiró hondo y dijo: "Martín, tengo que hacerte una pregunta."

"¿Qué es, *chérie*?" Respondió distraídamente, mientras recogía los cepillos y trapos de lino curry que había utilizado para limpiar a los capones.

"Tú me cuentas historias de las mujeres como tu mamá, mujeres de color que se convierten en *placage* y viven como esposas de los hombres blancos. Pero ¿qué hay de los hombres de color estando con las mujeres blancas? ¿Qué hay de los hombres *placage*?"

²⁵ *bientôt*: breve

Desde fuera del compartimiento su mirada fue a la de ella y vio su sorpresa y luego diversión, y supo que iba a humillarla riéndose. Luego él verdaderamente miró a sus ojos, y su respuesta burlona se apagó. Movi6 su cabeza lentamente de lado a lado. Su voz son6 cansada y su fuerte espalda pareci6 caer repentinamente. “No, *cherie*. No hay *placage* de hombres. La 6nica manera de que un hombre de color pueda estar con una mujer blanca es si 6l deja Nueva Francia y pasa como blanco.”

“¿Pasa como blanco?” Lenobia se qued6 sin aliento ante su audacia. “¿Te refieres a fingir que eres blanco?”

“*Oui*, pero no yo, *cherie*.” Martin extendi6 su brazo. Era largo y musculoso y, en la luz despu6s del amanecer filtr6ndose por la cubierta de encima, pareci6 m6s bronce que marr6n. “Esta piel es muy marr6n para pasar, y pienso que no soy ni m6s ni menos claro, de lo que soy. Nah, *cherie*. Soy feliz en mi propia piel.” Se miraron fijamente y Lenobia intent6 decirle con los ojos todo lo que estaba empezando a desear—todo lo que estaba empezando a querer. “Veo una tormenta en esos ojos grises que tienes, *cherie*. D6jala as6. T6 eres fuerte. Pero no lo suficiente como para cambiar lo que piensa el mundo—la manera en que el mundo cree.”

Lenobia no respondi6 hasta que hubo abierto la peque6a puerta y sali6 del compartimiento de los Percherones. Fue hacia Martin, alis6 su falda, y mir6 arriba para encontrarse con sus ojos. “¿Incluso el Nuevo Mundo?” Su voz era apenas m6s que un susurro.

“*Cherie*, no hablamos de ello, pero s6 que eres una de las *fille à la casquette*. Te prometiste a un gran hombre. ¿Eso es cierto, *cherie*?”

“Es cierto. Su nombre es Thinton de Silegne,” dijo. “6l es un nombre sin rostro—sin cuerpo—sin coraz6n.”

“Aunque es un nombre con tierra, *cherie*. Conozco su nombre y su tierra. Su plantaci6n, el Houmas, es como un para6so.”

“No es un para6so lo que yo quiero, Martin. Solo eres t—”

“¡No!” 6l la detuvo, presionando un dedo contra sus labios. “No puedes decirlo. Mi coraz6n, 6l es fuerte, pero no lo suficiente para luchar contra tus palabras.”

Lenobia tomó la mano de sus labios y la sostuvo en la suya. Se sentía cálida y áspera, como si no hubiera nada que no pueda derrotar con esa mano. “Solo pido que tu corazón escuche.”

“Oh, *cherie*. Mi corazón, él ya escuchó tus palabras. Tu corazón me las dijo. Pero es solo hasta ahí a donde pueden llegar—solo esta conversación silenciosa entre nosotros.”

“Pero...quiero más,” dijo.

“*Oui, mon petite chou*, yo también quiero más. Pero no puede ser. Cecile, no podemos ser.”

Esa fue la primera vez que él la había llamado por ese nombre desde que había estado viniendo hasta él al amanecer, y el sonido de ello la tomó por sorpresa, tanto que soltó su mano y se alejó de él.

Él piensa que soy Cecile, la hija legítima de un barón. ¿Le digo? ¿Importará? “Yo—yo debería irme.” Tropezó con las palabras, completamente abrumada por las capas contradictorias de su vida. Lenobia se dirigió hacia la gran salida de la cubierta de carga. Detrás de ella, Martin habló.

“No vuelvas aquí otra vez, *cherie*.”

Lenobia lo miró por encima de su hombro. “¿Estás diciendo que no quieres que regrese?”

“No podría decirte esa mentira,” dijo él.

Lenobia, aliviada, suspiró temblorosa y largamente antes de decir, “Entonces si me estás preguntando, mi respuesta es sí. Volveré aquí otra vez. Mañana. Al amanecer. Nada ha cambiado.”

Ella siguió caminando, y oyó el eco de su voz siguiéndola, diciendo, “Todo ha cambiado, *ma cherie*...”

Lenobia se sentía confundida. ¿Todo había cambiado entre ellos?

Sí. Martin dijo que su corazón oyó mis palabras. Pero, ¿qué quería decir eso? Subió por la estrecha escalera y entró al pasillo que iba desde la entrada del cargamento, pasando por las habitaciones de la tripulación y el camino de acceso a la cubierta, hasta las habitaciones de las pasajeras femeninas. Pasó a toda prisa

por la puerta de la tripulación. Era más tarde de lo que usualmente regresaba, y apenas oía sonidos de miembros de tripulación susurrando sobre alistarse para comenzar el día. Debería haber sabido entonces que necesitaba ser más cuidadosa. Debió haberse detenido y escuchado, pero todo lo que Lenobia pudo oír fue el sonido de sus pensamientos respondiendo su propia pregunta: *¿Qué significaba que Martin dijera que su corazón oyó mis palabras? Significaba que él sabe que lo amo.*

Lo amo. Amo a Martin.

Fue mientras ella se admitía eso a sí misma que el Obispo, con togas púrpuras arremolinándose alrededor de él, ingresó al pasillo, dos pasos detrás de ella.

“Bonjour, mademoiselle,” dijo él.

Si Lenobia no hubiera estado tan distraída, habría agachado la cabeza inmediatamente, hecho una reverencia y habría ido correteando de regreso a la seguridad de su habitación. En su lugar cometió un error terrible. Lenobia le miró directamente.

Sus miradas se encontraron. “Ah, es la pequeña mademoiselle quien ha estado tan enferma durante todo el viaje.” Hizo una pausa y ella vio la confusión en sus oscuros ojos. Incluso inclinó su cabeza y frunció el ceño mientras la estudiaba. “Pero pensé que era la hija de...” Su voz se fue apagando mientras sus ojos se ampliaban al reconocer y luego al comprender.

“Bonjour, Padre.” Ella habló rápidamente, agachó su cabeza, hizo una reverencia, e intentó retirarse. Pero era demasiado tarde. La mano del Obispo se estiró y agarró su brazo.

“Conozco su linda, linda cara, y no es la de Cecile Marson de La Tour d’Auvergne, hija del Barón d’Auvergne.”

“No, por favor. Déjeme ir, Padre.” Lenobia intentó soltarse, pero su peligroso agarre se sentía más fuerte que el hierro.

“Conozco su linda, linda cara,” repitió. Su sorpresa se convirtió en una cruel sonrisa. “Tú eres una hija del Barón, pero eres su *fille de bas*²⁶. Cualquiera cerca del Château de Navarre sabe de la pequeña succulenta fruta que cayó del lado equivocado del árbol del Barón.”

²⁶ **Fille de bas:** Hija Bastarda

Su hija bastarda...pequeña fruta succulenta...lado equivocado...Las palabras la golpearon, llenándola de temor. Lenobia sacudió su cabeza una y otra vez. “No, debo regresar a mi habitación. La Hermana Marie Madeleine me estará extrañando.”

“Como, en efecto, lo he estado haciendo.”

El Obispo y Lenobia se sobresaltaron por el sonido de la voz dominante de la Hermana Marie Madeleine—él, lo suficiente que Lenobia fue capaz de soltarse y tropezar por el pasillo hacia la monja.

“¿De qué se trata esto, Padre?” La Hermana Marie Madeleine preguntó. Pero antes de que el Obispo pudiera contestarle, la monja tocó la mejilla de Lenobia y dijo, “Cecile, ¿por qué estás temblando así? ¿Has estado enferma de nuevo?”

“¿Usted la llama Cecile? ¿Está usted en esta pecaminosa farsa?” El Obispo parecía llenar el pasillo mientras amenazaba a las dos mujeres.

Claramente no intimidada, la Hermana Marie Madeleine avanzó, colocándose entre Lenobia y el sacerdote. “No tengo idea de lo que habla, Padre, pero está asustando a esta niña.”

“¡Esta niña es una impostora bastarda!” bramó el Obispo.

“¡Padre! ¿Usted se ha vuelto loco?” dijo la monja, retrocediendo como si la hubiera golpeado.

“¿Usted sabe? ¿Es por eso que la ha mantenido escondida durante todo el viaje?” continuó bramando el Obispo. Lenobia podía oír los sonidos de puertas que se abrían detrás de ella y supo que las otras chicas estaban viniendo al pasillo. Ella no podía verlas—no las vería. “¡Esto es una farsa! Las excomulgaré a ambas. ¡El Santo Padre oirá por sí mismo de esto!”

Lenobia podía ver las miradas curiosas que les daban los miembros de la tripulación, mientras que la diatriba del Obispo atraía más y más la atención. Y entonces, lejos por el pasillo detrás del Obispo, Lenobia avistó la cara sobresaltada de Martin y vio que estaba viniendo hacia ella.

Ya era lo suficientemente fatal que la Hermana Marie Madeleine estuviera ahí, protegiéndola y creyendo en ella. No lo soportaría si Martin fuera de alguna manera metido en el lío que ella había hecho de su vida también.

“¡No!” Lenobia gritó, moviéndose alrededor de la Hermana Marie Madeleine. “Yo hice esto por mi propia cuenta. Nadie sabía, ¡nadie! Especialmente no la buena Hermana.”

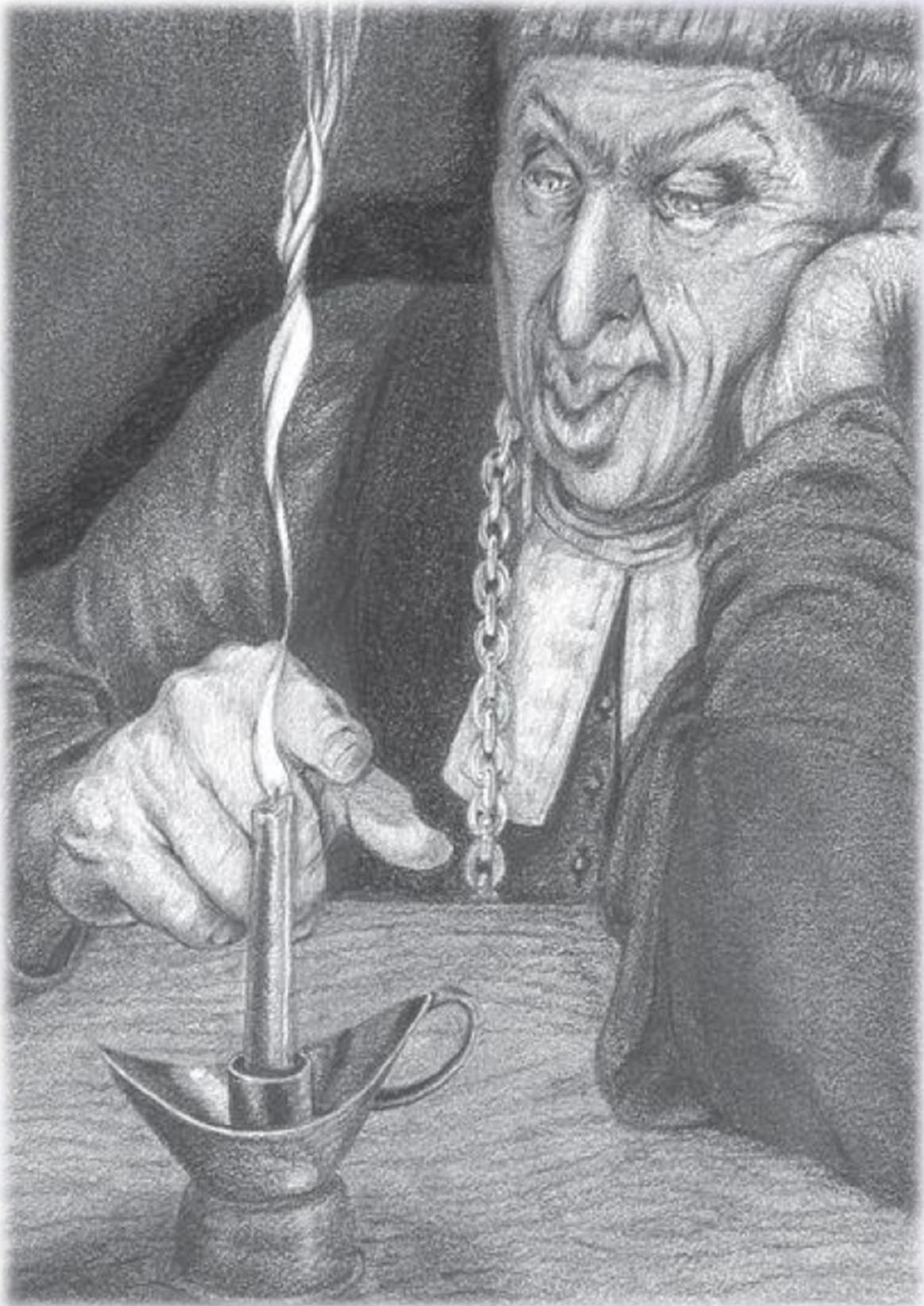
“¿Qué es lo que ha hecho la niña?” preguntó el comodoro mientras entraba al pasillo, frunciendo el ceño del Obispo hacia Lenobia.

El Obispo abrió su boca para gritar su pecado, pero antes de que pudiera hablar, Lenobia confesó. “No soy Cecile Marson de La Tour d’Auvergne. Cecile murió la mañana en que el carruaje vino para llevarla a Le Havre. Soy otra hija del Barón d’Auvergne—su hija bastarda. Tomé el lugar de Cecile sin que nadie del château lo supiera porque quería una mejor vida para mí misma.” Lenobia miró a la monja fijamente. “Siento haberle mentado, Hermana. Por favor, perdóneme.”

Lenobia's
VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW



LENOBIA'S VOW

Capítulo Cinco

Traducido por Musa & Glad

“No, señores, debo insistir en que me dejen esta chica a mí. Ella es una fille à la casquette, y como tal está bajo la protección de las monjas Ursulinas”. La Hermana Marie Madeleine se colocó en la puerta de su habitación, manteniendo la puerta a medio cerrar ante ella. Ella le había dicho a Lenobia que fuera inmediatamente a su camastro y luego se enfrentaron contra el obispo y el comodoro, quienes merodeaban en el pasillo. El obispo todavía estaba furioso y con el rostro colorado. El Comodoro no parecía saber cómo lucir-él parecía oscilar entre la ira y el humor. Mientras la monja hablaba, el militar se encogió de hombros y dijo: “Sí, bueno, ella está a su cargo, hermana.”

“¡Ella es una bastarda e impostora!”, dijo el Obispo.

“Bastarda sí es-impostora ya no”, dijo la monja con firmeza. “Ella ha admitido su pecado y pidió perdón. ¿No es ahora nuestro trabajo como buenos Católicos perdonar y ayudar a la criatura a encontrar su verdadero camino en la vida?”

“¡No puede creer de que usted crea que yo voy a permitir que esta pequeña bastarda se case con un noble!” dijo el Obispo.

“Y yo no podría creer posible que usted piense que estoy relacionada con engaños y rompiera mi voto de honestidad”, respondió la monja.

Lenobia pensó que podría sentir el calor de la ira del Obispo a través de toda la habitación.

“Entonces, ¿qué vas a hacer con ella?”, preguntó él.

“Voy a completar mi cargo y tener la certeza de que ella llegue a Nueva Orleans segura y casta. A partir de ahí le concierne al Consejo de las Ursulinas y, por supuesto, a la propia niña, en cuanto a su futuro.”

“Eso suena razonable”, dijo el Comodoro. “Ven, Charles, dejemos a las mujeres con sus problemas de mujeres. Tengo un caso de excelente puerto que no hemos abierto todavía. Déjenos probarla y asegurarse de que ha sobrevivido a la travesía hasta el momento.” Dándole a la Hermana un asentimiento desdeñoso, le da unas palmadas en el hombro al Obispo antes de alejarse.

El hombre con la toga púrpura no siguió inmediatamente al Comodoro. Al contrario, miró más allá de la Hermana Marie Madeleine donde Lenobia estaba sentada, con los brazos abrazados a sí misma, en su camastro. “Que el fuego sagrado de Dios queme a los mentirosos”, dijo.

“Creo que el fuego sagrado de Dios no quema a los niños, sin embargo. Buen día, Padre”, dijo la hermana Marie Madeleine, y luego se cerró la puerta en la cara del sacerdote.

La habitación estaba tan silenciosa que Lenobia podía oír las pequeñas respiraciones excitadas de Simonette.

Lenobia se encontró con la mirada de la Hermana Marie Madeleine. “Lo siento”, le dijo.

La monja alzó su mano. “En primer lugar, empecemos con su nombre. Su verdadero nombre”.

“Lenobia Whitehall.” Por un momento la emoción de alivio por ser capaz de recuperar su nombre eclipsaba el miedo y la vergüenza, y era capaz de dar una profunda y fortificante respiración. “Ese es mi verdadero nombre.”

“¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Pretender ser una pobre y muchacha muerta?” dijo Simonette. Ella miraba fijamente a Lenobia con enormes ojos como si ella fuera una especie de criatura inusual y aterradora recientemente descubierta.

Lenobia miró a la monja. La hermana asintió con la cabeza, diciendo: “Todos ellos querrán saber. Responde ahora y acaba con esto”.

“No pretendía ser por mucho Cecile, más bien preferí quedarme callada”. Lenobia miró a Simonette, vestida con sus sedas adornadas en cibelina, perlas y granates centellando alrededor de su delgado y blanco cuello. “Usted no sabe lo

que es no tener nada-ni protección-ni futuro. Yo no quería ser Cecile. Yo sólo quería estar a salvo y feliz”.

“Pero tú eres una bastarda”, dijo Aveline de Lafayette, la hermosa hija más joven rubia del marqués de Lafayette. “No mereces la vida de una hija legítima”.

“¿Cómo pudiste creer semejante disparate?” dijo Lenobia. “¿Por qué un accidente de nacimiento decide lo que vale una persona?”

“Dios decide nuestro valor”, dijo la Hermana Marie Madeleine.

“Y la última vez que lo comprobé, tu no eras Dios, señorita” Lenobia dijo a la joven de Lafayette.

Aveline quedó boquiabierta. “¡Esta hija de puta, no me hablará de esa manera!”

“¡Mi madre no es una puta! ¡Ella es una mujer que era demasiado hermosa y demasiado confiada!”

“Por supuesto que dirías eso, pero ya sabemos que eres una mentirosa”. Aveline de Lafayette se recogió la falda y empezó a rozar a Lenobia a su paso, diciendo: “Hermana, no voy a compartir una habitación con una *filles de bas*”.

“¡Basta!” La agudeza de la voz de la monja hizo incluso que la arrogante de Lafayette hiciera una pausa. “Aveline, en el convento de las Ursulinas educamos a mujeres. Nosotros no hacemos ninguna distinción entre clases o raza al hacerlo. Lo que es importante es que tratamos a todos con honestidad y respeto. Lenobia nos ha dado honestidad. Le devolveremos a eso con respeto.” La monja desplazó su mirada hacia Lenobia. “Puedo escuchar la confesión de su pecado, pero no puedo absolverla de ese pecado. Para eso necesita a un sacerdote”.

Lenobia se estremeció. “No me voy a confesar ante el Obispo”.

La expresión de Marie Madeleine se suavizó. “Empieza por confesarte a Dios, hija. Luego, nuestro buen Padre Pierre en el convento oír su confesión cuando lleguemos”. Su mirada pasó de Lenobia a cada una de las otras chicas en la habitación. “El Padre Pierre escucharía cualquier de sus confesiones ya que cada una de nosotras somos imperfectas y en necesidad de absolución.” Ella se volvió de nuevo hacia Lenobia. “Hija, ¿me acompañas a la cubierta, por favor?”

Lenobia asintió en silencio y siguió a la hermana hacia arriba. Ellas caminaron el corto camino hacia arriba a la parte de la popa de la nave y se quedaron junto a la negra barandilla y las elaboradas figuras angelicales talladas que decoraban la parte trasera del Minerva. Se quedaron sin hablar por unos momentos, cada mujer mirando al mar y manteniendo sus propios pensamientos. Lenobia sabía que ser descubierta como una impostora cambiaría su vida, probablemente para lo peor, pero no pudo evitar sentir una pequeña emoción de liberación - de libertad de la mentira que había estado persiguiéndola.

“Odiaba la mentira”. Se oyó decir su pensamiento en voz alta.

“Me alegra oírte que lo digas. No me pareces una chica embustera” Marie Madeleine movió su mirada hacia Lenobia. “Dime la verdad, ¿nadie más sabía lo de tu ardid?”

Lenobia no esperaba la pregunta y miró hacia otro lado, sin ser capaz de decir la verdad y no dispuesta a decir otra mentira.

“Ah, ya veo. Su mamá, ella lo sabía”, dijo Marie Madeleine, no con mala intención. “No importa, lo que está hecho no se puede deshacer. No voy a preguntarte por eso de nuevo”.

“Gracias, Hermana”, dijo en voz baja Lenobia.

La monja se detuvo, y luego con un tono más duro continuó. “Debiste haber venido a mí cuando viste al Obispo la primera vez en vez de fingirte enferma”

“Yo no sabía lo que usted haría”, dijo Lenobia honestamente.

“Yo no estoy muy segura de mí misma, pero sí sé que habría hecho todo lo que estaba en mi alcance para evitar un desagradable enfrentamiento con el Obispo, como el que tuvimos hoy”. Era la mirada de la monja aguda y clara. “¿Qué es lo que hay entre ustedes dos?”

“¡Nada por mi parte!”, dijo Lenobia rápidamente, luego suspiró y agregó: “Hace algún tiempo atrás, mi mamá, quien es devota, dijo que ya no iríamos a Misa. En lugar de eso me mantuvo en casa. Eso no evitó que el Obispo viniera al castillo- no evitó de que sus ojos buscaran por mí”.

“¿El obispo tomó tu virginidad?”

“¡No! Él no me tocó. Todavía soy una dama”.

Marie Madeleine se persignó. “Gracias a la Santísima Virgen para eso”. La monja exhalado un largo suspiro. “El Obispo es una preocupación para mí. Él no es el tipo de hombre que me gustaría en la Plaza de San Luis. Pero, los caminos de Dios son a veces difíciles para nosotros de entender. El viaje habrá terminado en unas pocas semanas, y una vez estemos en Nueva Orleans, el Obispo tendrá muchos deberes para mantenerse ocupado y no pensar en ti. Así, es sólo durante unas pocas semanas que tenemos que evitarte de los ojos del Obispo.”

“¿Nosotros?”

Las cejas de Marie Madeleine se alzaron. “Ursulinas están al servicio de la Santa Madre de todos nosotros, y Ella no querría que permaneciera de brazos cruzados mientras que una de sus hijas es abusada, ni siquiera por un Obispo.” Ella evitó los agradecimientos de Lenobia. “Estarás esperando en la cena ya que has sido descubierta. Eso no puede ser evitado sin instalarte más ridículo y desprecio”.

“El ridículo y el desprecio son menos ofensivos que la atención del Obispo” dijo Lenobia.

“No. Te hacen más vulnerables a él. Vas a cenar con nosotras. Sólo no llames la atención hacia a ti. Incluso él no puede hacer nada en frente de nosotras. Aparte de eso, a pesar de que estoy bastante segura de que estás cansada de fingir una enfermedad y permanecer en tu cuarto, debes permanecer fuera de la vista”.

Lenobia se aclaró la garganta, levantó la barbilla, y decidió lanzarse. “Hermana, durante varias semanas he estado dejando nuestros cuartos antes del amanecer y regresando antes de que la mayor parte de la nave se despierte.”

La monja sonrió. “Sí, hija. Lo sé.”

“Oh. Pensé que estaban orando”.

“Lenobia, creo que usted descubrirá que muchas de mis buenas hermanas y yo somos capaces de pensar y orar en el mismo tiempo. Yo aprecio su honestidad. ¿A dónde es que ibas?”

“Aquí arriba. Bueno, en realidad, por ahí.” Lenobia apuntó a una parte sombría de la cubierta en donde los botes estaban almacenados. “Veo la salida del sol y camino un poco. Y luego bajo a la bodega de carga.”

Marie Madeleine parpadeó sorprendida. “¿La bodega de carga? ¿Para qué?”

“Caballos”, dijo Lenobia. *Estoy diciendo la verdad*, ella racionalizó. Los caballos me condujeron allí. “Un par de percherones. Me gustan mucho los caballos, y soy buena con ellos. ¿Puedo seguir visitándolos?”

“¿Ves al Obispo en tus salidas matutinas?”

“No, esta fue la primera mañana, y eso es sólo porque me quedé demasiado tiempo después del amanecer.”

La monja se encogió de hombros. “Siempre y cuando seas cuidadosa, no veo ninguna razón para atraparte en sus cuartos más de lo que sea absolutamente necesario. Pero, sé cuidadosa, niña”.

“Lo seré, merci beaucoup, Hermana.” Impulsivamente, Lenobia lanzó sus brazos alrededor de la monja y la abrazó. Después de sólo un fuerte momento, brazos maternos la rodearon en respuesta y la monja le dio unos golpecitos en su hombro.

“No te preocupes, hija”, murmuró la hermana Marie Madeleine consoladoramente. “Hay una gran escasez de buenas mujeres Católicas en Nueva Orleans. Vamos a encontrarte un marido, no temas”.

Tratando de no pensar en Martín, Lenobia susurró: “Prefiero que me encuentre una manera de ganarme la vida”.

La monja se seguía riendo mientras hacían su camino de regreso a la habitación de las mujeres.

En la sala privada del Comodoro, directamente debajo de donde Lenobia y Marie Madeleine tan recientemente habían estado hablando, el Obispo Charles de Beaumont se detuvo junto a la abierta ventana silencioso como la muerte, inmóvil como una estatua. Cuando el Comodoro regresó del cuarto de remos con dos botellas polvorientas de puerto debajo de sus dos musculosos brazos, Charles mostró un espectáculo fingiendo estar interesado en el año y el viñedo. Él pretendía disfrutar del vino enriquecedor, cuándo en lugar de eso él bebió profundamente sin saborearle, necesitaba apagar la llama de furia que le quemaba el interior mientras los retazos de conversación que él había oído sin intención hirvieron a través de su mente: *¿Qué es lo que hay entre ustedes dos? ¿El Obispo tomó su virginidad? El ridículo y el desdén son menos ofensivos que la atención del Obispo. Sea cuidadosa, niña.*

El Comodoro fanfarroneó sin detenerse acerca de las mareas y estrategias de batalla y otro temas banales, mientras la ira de Charles se humedecía por el vino, y se cocía a fuego lento y cuidadosamente, cocinando los jugos del odio, la lujuria y el fuego _ siempre el fuego.

La cena habría sido un desastre de no haber sido por la Hermana Marie Madeleine. Simonette fue la única chica que quería hablarle a Lenobia, y ella lo hizo con inicios torpes y embarazosos_ como si a los de quince años se le hubiera olvidado que Lenobia ya no le gustaba más.

Lenobia se concentró en su comida. Pensó que era el cielo poder comer una comida completa, pero la mirada fija y caliente del Obispo la hizo sentir enferma y asustada, tanto que terminó empujando la mayor parte del delicioso róbalo y papas mantecosas alrededor de su plato.

La hermana Marie Madeleine hizo que todo funcionará, sin embargo. Ella mantuvo al Comodoro entablando una discusión acerca de las éticas de guerra que incluyeron al Obispo y sus opiniones clericales. Él no podía ignorar a la monja

cuándo ella mostraba tal interés obvio en la opinión del Obispo. Y en mucho menos tiempo de lo que Lenobia se habría supuesto, la Hermana estaba pidiendo ser excusada.

“Tan pronto, ¿madam?” El Comodoro soslayó con mirada cansada hacia ella, y con su cara rojiza. “¡Yo estaba disfrutando de nuestra conversación!”

“Discúlpeme, buen Comodoro, pero tengo el deseo de irme mientras hay algo de luz ligera en el cielo de la noche. Los mademoiselles y yo necesitamos dar algunas vueltas por cubierta”.

Los mademoiselles, obviamente horrorizadas por la propuesta de la monja, se quedaron mirando hacia ella con varios grados de sorpresa y horror.

“¿Paseo? ¿En cubierta? ¿Y por qué usted tendría el deseo de hacer eso, Hermana?” Pregunto el Obispo en una voz afilada.

La monja le sonrió plácidamente al Obispo. “*Oui*, pienso que hemos estado demasiado tiempo hemos encerradas en nuestros cuartos”. Entonces ella desvió su atención para el Comodoro. “¿Muchas veces no explico usted los beneficios saludables del aire de mar? Y mírese usted, monsieur, es usted un hombre fuerte y grande. Deberíamos de emular sus hábitos”.

“Ah, ciertamente, ciertamente”. El macizo pecho del Comodoro se hincho un poco más.

“¡Excelente! Entonces con su permiso, voy a recomendar a las chicas y yo a tomar esos paseos frecuentes alrededor del barco en distintos momentos del día. Todos debemos cuidar de nuestra salud, y ahora que lo último del mareo se ha disuelto, no hay nada que nos obligue a permanecer en nuestras instalaciones”. Marie Madeleine dijo dando una última mirada rápida, en Lenobia, seguido por una mirada apologetica hacia el Comodoro, como si le incluyera en el disgusto que tenía con la chica. Lenobia pensó que la Hermana Marie Madeleine era absolutamente brillante.

“Muy bien madam. Excelente idea, realmente un muy buen consejo. ¿No crees así, Charles?”

“Creo que la buena Hermana es una mujer muy sabia,” vino la respuesta astuta del Obispo.

“Es usted muy amable al decir eso, Padre,” Marie Madeleine dijo. “¡Y no vamos a asustarle, ya que de ahora en adelante nadie sabe donde podremos estar!”

“Lo recordaré. Lo recordaré”. Repentinamente la expresión severa del Obispo se desvió y cambio a una de sorpresa. “Hermana, acabo de tener un pensamiento que estoy realmente seguro que fue causado por su anuncio ambicioso acerca de asumir el control del barco”.

“Pero, Padre, yo no quise decir...”

El Obispo alejo sus protestas. “Oh, sé que usted no quería decir nada malo, Hermana. Como decía, mi pensamiento fue que sería realmente simpático si usted se mudara hacia la cubierta donde está la capilla de la Santa Madre, por encima nuestro, donde estará usted muy bien protegida. Quizá a la tripulación le gustaría tomar parte en sus devociones diarias”. Él se inclinó hacia el Comodoro y agregó, “Si sus deberes se lo permiten, por supuesto”.

“Por supuesto _ por supuesto,” repitió el Comodoro.

“Pues bien, estoy segura de poder hacer eso. Con tal de que el clima permanezca claro”, dijo Marie Madeleine.

“Gracias, Hermana. Considérelo un favor personal para mí”.

“Muy bien, entonces. Siento que hemos logrado mucho esta noche, ” la monja dijo entusiásticamente. “*Au revoir, monsieurs. Allons-y, mademoiselles,*” concluyó, para después guiar a su grupo hacia sus habitaciones.

Lenobia sintió la mirada fija del Obispo hasta que la puerta se cerró, bloqueando su vista de ella.

“Pues bien, entonces, ¿caminemos un poco?” Sin esperar una respuesta, Marie Madeleine caminó a grandes pasos resueltamente hacia el pequeño hueco de la escalera que guiaba hacia la cubierta, allí, ella inspiró profundamente y alentó a las jóvenes; “Caminen _ estiren las piernas”.

Mientras Lenobia pasaba a la monja, ella le preguntó suavemente, “¿Qué podría querer él con la Madre Santa?”

“No tengo ni idea,” Marie Madeleine dijo. “Pero ciertamente no puede lastimar a la Santísima Virgen dar una vuelta sobre cubierta”. Ella hizo una pausa,

y le sonrió a Lenobia, entonces agregó, "tal como no nos lastimará al resto de nosotras".

"Por lo que usted hizo esta noche, Hermana, *merci beaucoup*".

"De nada, Lenobia".

El Obispo se excuso y dejó al Comodoro en su puerta. Él se retiró hacia su pequeño dormitorio, se sentó en el único escritorio, y encendió una delgada vela. A medida que sus dedos acariciaban la llama, pensó en la chica bastarda.

Al principio él había estado furioso y conmocionado por su engaño. Pero entonces mientras él la observaba, su furia y su sorpresa se combinaron para formar una emoción mucho más profunda.

Charles se había olvidado la belleza de la chica, aunque después de muchas semanas de celibato forzado a bordo de este maldito barco pudieron tener algo que ver con su efecto en él.

"No", él habló para la llama. "Es más que mi falta de un compañero de cama que la hace deseable".

Ella era incluso mucho más preciosa de lo que él la había recordado, aunque ella hubiera perdido peso. Eso era una lástima, pero fácilmente podría remediado. A él le gustaba más suave, más llena, más succulenta. Él se aseguraría de que ella comiera _ así ella lo quisiera o no.

"No," él repitió. "*Hay* más que eso". Eran esos ojos. Ese pelo. Ojos ardiendo a fuego lento, como humo. Él podía ver que ella sentía su atracción, aunque estaba tratando de negar su tirón.

El pelo plateado, como metal que había sido probado y endurecido por el fuego, y el presentimiento de que ella era algo más, de lo que alguna vez había sido.

"Y ella no la verdadera hija de un *casquette*. Ella nunca será esposada a un caballero francés. Ella tiene, de hecho, suerte de haber percibido mi atención. Ser mi amante es más, de que lo que ella tiene que esperar de su futuro".

El ridículo y el desdén son menos ofensivos que la atención del Obispo. La memoria de sus palabras llegó a él, pero él no se permitió enojarse.

"Ella será convencida. No importa. Me gusta más eso si tienen algo de espíritu".

Sus dedos atravesaron la llama, repetidas veces, absorbiendo el calor pero sin quemarse.

Sería mejor hacerla su amante antes de alcanzar Nueva Orleans. Entonces esas pomposas ursulinas no tendrían nada que criticarle. Una chica virgen les podría importar_ una bastarda desvirgada que se había convertido en la amante de un Obispo estaría fuera de su cautela y más allá de su alcance.

Pero primero necesitaba hacerla suya, y con el fin de hacer eso, él necesitaba silenciar a esa Virgen-condenada monja.

Su puño libre se cerró alrededor de la cruz de rubí que guindaba desde su pecho y la llama se movió tremulamente salvaje.

Era sólo la protección de la monja que mantenía a la bastarda lejos de ser su juguete por el resto del viaje y más allá de él _ sólo la monja podría tratar traer la furia de la iglesia sobre él. Las otras chicas eran insignificantes. No consideraban oponerse a él, mucho menos hablar en contra de él a cualquier autoridad. Al Comodoro no le importaba nada excepto un viaje muy fácil y su vino. Con tal de que Charles no la violara delante del hombre, él probablemente sólo mostraría un leve interés, aunque posiblemente él podría querer utilizar a la chica para sí mismo.

La mano del Obispo, el que había estado acariciando la llama, se cerró en un puño. Él no compartía sus posesiones.

"Sí, voy a tener que deshacerme de la monja". Charles sonrió y relajó su mano, dejándola jugar a través de la llama nuevamente. "Y ya he tomado

medidas para apresurar su fin inoportuno. Es una lástima que el hábito que ella lleva es tan voluminoso y tan altamente inflamable. Puedo sentir que un terrible accidente va a ocurrirle a ella”.

Lenobia's
VOW

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW



bi
VO
HOUSE

LENOBIA'S VOW

Capítulo Seis

Traducido por Ruty & Sandra.c

El amanecer no podía venir lo suficientemente temprano para Lenobia. Finalmente, cuando el cielo a través de su portilla comenzó a sonrojarse, Lenobia no pudo esperar más. Casi corrió hacia la puerta, deteniéndose solo porque la voz de Marie Madeleine advirtió, “Ten cuidado, niña. No permanezcas demasiado tiempo con los caballos. Mantenerse fuera de la vista del Obispo significa que también te quedas fuera de su mente.”

“Tendré cuidado, Hermana,” le aseguró Lenobia antes de desaparecer dentro del pasillo. Si, miro el amanecer, aunque sus pensamientos estaban ya bajo cubierta, y antes de que el disco naranja hubiera roto completamente libre en el agitado horizonte, Lenobia corría silenciosamente pero rápido escaleras abajo.

Martin ya estaba allí, sentado en un fardo de heno, enfrentando la dirección por la que usualmente ella entraba en la bodega de carga. Los grises relincharon hacia ella, lo que la hizo sonreír, y después miró a Martin, y su sonrisa se desvaneció.

La primera cosa que noto fue que no le había traído un sándwich de tocino y queso. La siguiente cosa que noto fue la ausencia de expresión en su rostro. Incluso sus ojos parecían más oscuros y apagados. De pronto era un extraño.

“¿Cómo debo llamarte?” Su voz estaba sin emoción como su rostro.

Ella ignora su extrañeza y la horrible sensación que le daba en la boca del estómago y le hablo como si le hubiera preguntado que cepillo usar en los caballos, como si nada estuviera mal.

“Lenobia es mi nombre, pero me gusta cuando me llamas *cherie*²⁷.”

²⁷ Cherie = cariño, querida.

“Me mentiste, tu.” Su tono detuvo su farsa y sintió el primer escalofrío de rechazo pasar a través de su cuerpo.

“No a propósito. No te mentí a propósito.” Sus ojos rogaban que él la entendiera.

“Una mentira es una mentira,” dijo.

“Está bien. ¿Quieres saber la verdad?”

“¿Puedes decirla?”

Sintió como si él la hubiera abofeteado. “Pensé que me conocías.”

“Pensé que lo hacía, también. Y creí que confiabas en mí. Quizás me equivoque dos veces.”

“Si confío en ti. La razón por la que no te dije que estaba pretendiendo ser Cecile fue porque cuando estaba contigo, era yo realmente. No había pretensiones entre nosotros. Éramos solo tú y yo y los caballos.” Ella empujó atrás las lágrimas y dio unos pasos hacia él. “No te mentiría, Martin. Ayer fue la primera vez que me llamaste por su nombre, me llamaste Cecile. ¿Recuerdas cuán rápido me fui?” Él asintió. “Fue porque no sabía qué hacer. Fue entonces que recordé que se suponía que estaba pretendiendo ser alguien más, incluso contigo.”

Hubo un largo silencio, y después él preguntó, “¿Me lo hubieras dicho alguna vez?”

Lenobia no dudo. Habló de su corazón al de él. “Sí. Te hubiera dicho mi secreto cuando te dijera que te amo.”

Su rostro se reanimó y cerró los pocos pasos que los separaban. “No *cherie*. No puedes amarme.”

“¿No puedo? Ya lo hago.”

“Es imposible.” Martin alcanzó, tomó su mano, y la alzó gentilmente. Después levantó su propio brazo hasta que los dos estuvieron lado a lado, carne con carne. “Ves la diferencia, ¿no?”

“No,” dijo suavemente, mirando sus brazos—sus cuerpos.

“Todo lo que veo es a ti.”

“Mira con tus ojos y no con tu corazón. ¡Ve lo que otros verán!”

“¿Otros? ¿Por qué nos importa lo que verán?”

“El mundo importa, quizás más de lo que entiendes, *cherie*.”

Ella encontró su mirada. “Entonces ¿te importa más lo que otros pensarán que lo que sentimos, tú y yo?”

“No entiendes.”

“¡Entiendo lo suficiente!. Entiendo cómo me siento cuando estamos juntos. ¿Qué más hay que entender?”

“Mucho, mucho más.” Él soltó su mano y giró, caminando rápidamente hacia la casilla para pararse al lado de unos de los grises que observaban.

Ella habló a su espalda. “Dije que no te mentiría. ¿Puedes decirme lo mismo a mí?”

“No te mentiré,” dijo, sin voltear para mirarla.

“¿Me amas? Dime la verdad, Martin, por favor.”

“¿La verdad? ¿Qué diferencia hace la verdad en un mundo como este?”

“Hace la diferencia para mí,” dijo ella.

Él giro y ella vio que sus mejillas estaban húmedas con lágrimas silenciosas. “Te amo, *cherie*. Se siente como que me matará, pero te amo.”

Su corazón se sentía como que estuviera volando mientras se movía a su lado y deslizaba su mano en la suya. “Ya no soy la prometida de Thinton de Silegne,” dijo, alcanzando para barrer las lágrimas de su rostro.

Ahueco su mano sobre la de ella y presiono contra su mejilla. “Pero encontraran alguien nuevo para ti. Alguien a quien le importe más tu belleza que tu nombre.” Mientras habló hizo un gesto como si las palabras lo lastimaran.

“¡Tú! ¿Por qué no puedes ser tú? Soy una bastarda—seguramente una bastarda puede casarse con un Criollo.”

Martin rió graciosamente. “*Oui*²⁸, *cherie*. Una bastarda puede casarse con un Criollo, si esa bastarda es negra. Sí ella es blanca, no se pueden casar.”

“¡Entonces no me importa estar casada! Sólo me importa estar contigo.”

“Eres tan joven,” dijo suavemente.

“También lo eres tú. No puedes tener veinte aun.”

“Tendré veintiuno el próximo mes, *cherie*. Pero dentro soy viejo, y sé que ni siquiera el amor puede cambiar el mundo—al menos no a tiempo para nosotros.”

“Tiene que. Haré que cambie.”

“¿Sabes lo que te hará, este mundo que piensas que el amor puede cambiar? Descubrirán que me amas, que te entregaste a mí, te ahorcarán, o algo peor. Te violaran y después te colgarán.”

“Pelearé contra ellos. Para estar contigo me enfrentaré contra el mundo.”

“¡No quiero eso para ti! *Cherie*, ¡no seré la causa de que te dañen!

Lenobia dio un paso atrás, lejos de su toque. “Mi mamá me dijo que debo ser valiente. Debí convertirme en una chica que estaba muerta para poder vivir una vida sin miedo. Así que hice esa cosa terrible que no quería hacer—mentí e intenté tomar el nombre, la vida, de alguien más.” Mientras hablaba, fue como si su sabia madre estuviera susurrándole, guiando sus pensamientos y sus palabras. “Tenía miedo, tanto miedo, Martin. Pero sabía que tenía que ser valiente por ella, y entonces de alguna manera eso cambió y me volví valiente por mí. Ahora quiero ser valiente por ti, por nosotros.”

“Eso no es valentía, *Cherie*,” dijo, sus olivas ojos tristes, sus hombros hundidos. “Eso es solamente juventud. Tú y yo—nuestro amor pertenece a un tiempo diferente, un lugar diferente.”

“Entonces ¿nos niegas?”

²⁸ *Oui* = sí.

“Mi corazón no puede, pero mi mente—ella dice mantenla a salvo, no dejes que el mundo la destruya.” Dio un paso adelante hacia ella, pero Lenobia envolvió sus brazos alrededor de ella misma y retrocedió. Él sacudió la cabeza tristemente. “Deberías tener hijos, *cherie*. Bebes que no tengan que pretender ser blancos. Creó que sabes algo de lo que es pretender, ¿no es así?”

“Aquí está lo que sé—que preferiría pretender mil veces que negar mi amor por ti. Sí, soy joven, pero soy lo suficientemente mayor para saber que el amor de un lado solo no puede funcionar nunca.” Cuando él no dijo nada, pasó el dorso de su muñeca furiosamente contra su rostro, limpiando sus lágrimas, y continuó, “Debería irme y no retornar y pasar el resto del viaje en cualquier parte menos aquí abajo.”

“*Oui, cherie*. Deberías.”

“¿Es eso lo que quieres?”

“No, con lo tonto que soy. No es lo que quiero.”

“Bueno, entonces, somos dos tontos.” Pasó a su lado y tomó uno de los cepillos de curry²⁹. “Voy a arreglar a los grises. Después los alimentaré. Después retornaré a mis aposentos y esperaré hasta que el amanecer de mañana me libere. Después haré lo mismo uno y otra vez.” Se movió dentro de la casilla y comenzó a cepillar al gris más cercano.

Aun fuera de la casilla, él la observó con sus ojos aceitunados que ella pensó lucían tristes y muy, muy mayores. “Eres valiente, Lenobia. Y fuerte. Y Buena. Cuando seas una mujer crecida, te enfrentarás contra la oscuridad en el mundo. Sé esto cuando veo dentro de tus tormentosos ojos. Pero, *ma belle*³⁰, elige batallas que puedas ganar sin perder tu corazón y tu alma.”

“Martin, deje de ser una niña cuando entre en los zapatos de Cecile. Soy una mujer crecida. Deseo que entiendas eso.”

Él suspiró y asintió. “Tienes razón. Sé que eres una mujer, pero soy el único que sabe esto. *Cherie*, oí una charla hoy de los sirvientes del Comodoro. Ese Obispo, no dejó de mirarte en toda la cena.”

“La hermana Marie Madeleine y yo ya hemos hablado de esto. Me mantendré fuera de su vista lo más que sea posible.” Encontró su mirada. “No necesitas

²⁹ Cepillo que se utiliza para cepillar animales de pelo largo.

³⁰ Ma belle = mi bella, mi preciosa.

preocuparte por mí. He estado evitando al Obispo y hombres como él por los últimos dos años.”

“Por lo que veo, no hay muchos hombres como el Obispo. Siento que algo malo lo sigue. Su Bakas, creo que se pone contra él.”

“¿Bakas? ¿Qué es eso?” Lenobia detuvo el cepillado del gris y se recostó contra el costado del gran caballo mientras Martin explico.

“Piensa en bakas como un recolector de almas, y si atrapa dos clases de almas—alta y baja. El equilibrio es lo mejor para un bakas. Todos tenemos bueno y malo dentro de nosotros, *cherie*. Sin embargo si el usuario está fuera de balance—si hace el mal, entonces el bakas se vuelve contra él y la oscuridad se libera, terrible para contemplar.”

“¿Cómo sabes todo esto?”

“Mi mamá, ella viene de Haití, junto con muchos de los esclavos de mi padre. Es la religión antigua que ellos siguen. Ellos me criaron. Yo la seguí.” Se encogió de hombros y sonrió ante la expresión de ojos muy abiertos que tenía ella. “Creo que todos venimos del mismo lugar—todos regresamos ahí algún día, también. Solo que hay diferentes nombres para ese lugar porque hay tantas tipos diferentes de personas. ”

“Pero el Obispo es un cura católico. ¿Cómo podría saber él sobre una antigua religión de Haití?”

“*Cherie*, no tienen que contarte sobre una cosa para poder sentirla—para saberla. Los bakás son reales, y a veces encuentran al wearer³¹. Ese rubí que lleva alrededor de su cuello—ese es una bakás si alguna vez he visto uno.”

“El rubí es una cruz, Martin.”

“También es un bakás, y uno que se ha vuelto malo, *cherie*.”

Lenobia se estremeció. “Él me asusta, Martin. Siempre lo ha hecho.”

Martin se acercó a ella y alcanzó algo debajo de su camisa, sacando una larga pieza de cuero delgado atado a una pequeña bolsa de cuero que se había

³¹ **Wearer:** Según los haitianos, el wearer es una especie de alma en pena. Alma mala.

teñido de un hermoso color azul zafiro. La sacó de su cuello y lo puso alrededor del de ella. “Este grisgrís te protege, *cherie*.”

Lenobia tocó la pequeña bolsa. “¿Qué hay dentro?”

“Lo he usado la mayoría del tiempo de mi vida y no lo sé con seguridad. Sé que hay trece cosas pequeñas. Antes de morir, mi mamá me la hizo para protegerme. Funcionó para mí.” Martin tomó la bolsa de sus dedos. Mirando profundamente a sus ojos, él la levantó hacia sus labios y la besó. “Ahora trabaja para ti.” Entonces lenta y pausadamente, enganchó un dedo en la tela de la parte delantera de su canesú y jaló cuidadosamente para que el vestido tomara distancia de su piel. Soltó la pequeña bolsa en el interior, donde reposaba sobre su pecho, justo por encima del rosario de su madre. “Llévalo cerca de tu corazón, *cherie*, y el poder de la gente de mi mamá nunca estará lejos de ti.”

Su cercanía le dificultó la respiración y cuando la soltó, Lenobia creyó sentir la calidez de su beso a través de la pequeña bolsa de color zafiro. “Si me das la protección de tu madre, entonces tengo que reemplazarla con la de mi madre.” Tomó el rosario de su cuello y lo sostuvo hacia él.

Él sonrió y se inclinó para que ella pudiera ponérselo. Levantó una cuenta y la examinó. “Rosas talladas de madera. ¿Sabes para qué usaba la gente de mi mamá el aceite de rosas, *cherie*?”

“No.” Todavía se sentía sin aliento por su cercanía y por la intensidad de su mirada.

“El aceite de rosas hace poderosos hechizos de amor,” dijo, levantando las comisuras de sus labios. “¿Estás tratando de hechizarme, *cherie*?”

“Tal vez,” dijo Lenobia, sus miradas se atraparon y se sostuvieron.

Entonces el caballo le dio un topetazo juguetonamente y dio una gran patada, impaciente porque su acicalamiento no había sido completado.

La risa de Martin rompió la tensión que había estado creciendo entre ellos. “Creo que tengo competencia por tus favores. Los caballos, ellos no te comparten.”

“Chico celoso,” murmuró Lenobia, volteándose para abrazar el gran cuello del caballo y recuperar la almohaza del serrín del suelo.

Todavía riéndose silenciosamente, Martin buscó el peine grande y de madera y se puso a trabajar en la melena y cola del otro caballo.

“¿Qué historia quieres para hoy, *cherie*?”

“Cuéntame sobre los caballos de la plantación de tu padre,” dijo ella. “Empezaste unos días antes y nunca terminaste.”

Mientras Martin hablaba sobre la especialidad de Rillieux, una nueva raza de caballo que podía correr un cuarto de milla con tal velocidad que estaban siendo comparados con el alado Pegaso, Lenobia dejó que su mente vagara. *Tenemos dos semanas más en el viaje. Él ya me ama.* Ella apretó su mano contra su pecho, sintiendo la calidez del grisgrís de la madre de Martin. *Si permanecemos juntos, seremos lo suficientemente valientes para luchar contra el mundo.*

Lenobia se sentía optimista y muy llena de vida mientras subía por las escaleras de la bodega de carga al pasillo que conducía a su habitación. Martin había llenado su cabeza con historias de los asombrosos caballos de su padre, y en algún lugar en la mitad de sus relatos ella había tenido una idea maravillosa: quizás Martin y ella podían quedarse en Nueva Orleans solo el tiempo necesario para ganar suficiente dinero para adquirir un semental joven de Rillieux. Entonces podían tomar su Pegaso sin alas e ir al oeste con él y encontrar un lugar en donde no serían juzgados por el color de sus pieles, y en donde podrían acomodarse y criar hermosos y veloces caballos. *Y niños, le susurraron sus pensamientos, muchos niños hermosos de piel de color marrón como Martin.*

Le pediría a Marie Madeleine que le ayudara a buscar trabajo, tal vez incluso algo en la cocina de las monjas ursulinas. Todos necesitaban una criada en la cocina que pudiera hornear un delicioso pan—y Lenobia había aprendido esa habilidad de la gran cantidad de talentosos chefs franceses del Barón.

“Tu sonrisa te hace incluso más encantadora, Lenobia.”

No le había escuchado entrar al pasillo, pero de pronto él estaba ahí, bloqueando su camino. La mano de Lenobia subió para tocar la correa de cuero escondida debajo de su blusa. Pensó en Martin y el poder de protección de su madre, levantó su barbilla, y encontró la mirada del Obispo.

“*Excusez moi*, Padre,” dijo con frialdad. “Debo regresar con la Hermana Marie Madeleine. Va a rezar sus oraciones matinales, y me gustaría mucho unirme.”

“No creo que estés enojada conmigo por lo de ayer. Debes darte cuenta del impacto que fue saber tu engaño.” Mientras el Obispo hablaba, acariciaba la cruz de rubí. Lenobia la miró detenidamente, pensando en cuán extraño era que parecía destellar y brillar incluso en la tenue luz del pasillo.

“No me atrevería a estar enojada con usted, Padre. Solo deseo volver con la buena Hermana.”

Él se acercó a ella. “Tengo una propuesta para ti, y cuando la oigas sabrás que con el gran honor que te pago, puedes atreverte a mucho más que el enfado.”

“Perdón, Padre. No sé a qué podría estar refiriéndose,” dijo, intentando moverse sigilosamente alrededor de él.

“¿No lo sabes, *ma petite de bas*? Miro en esos ojos tuyos y veo muchas cosas.”

La ira de Lenobia por cómo la estaba llamando venció a su miedo. “Mi nombre es Lenobia Whitehall. ¡No soy su bastarda!” Le lanzó las palabras a él.

Su sonrisa fue espantosa. De repente sus brazos se estiraron, con una mano a cada lado de Lenobia, sujetándola contra la pared. Las mangas de su toga morada eran como cortinas, cubriéndola del mundo real. Él era tan alto que el crucifijo de rubí oscilaba delante de sus ojos y por un momento creyó que vio llamas dentro de sus brillantes profundidades.

Entonces habló, y su mundo se redujo al hedor de su aliento y el calor de su cuerpo.

“Cuando termine contigo, serás lo que sea que desee que seas—bastarda, zorra, amante, hija. Lo que sea. Pero no cedas tan fácilmente, *ma petite de bas*. Me gusta lo difícil.”

“¡Padre, ahí está! Cuán fortuito haberle encontrado tan cerca a nuestras habitaciones. ¿Podría por favor ayudarme? Pensé que sería fácil mover a la Sagrada Madre, pero, o subestimé su peso o sobreestimé mi fuerza.”

El Obispo retrocedió, liberando a Lenobia. Ella corrió por el pasillo hacia la monja, que no los estaba mirando en absoluto. En su lugar, estaba luchando para arrastrar una gran estatua de piedra pintada de María desde la entrada de sus cuartos hacia el pasillo. Mientras Lenobia la alcanzaba, la monja miró hacia

arriba y dijo, “Lenobia, qué bien. Por favor agarra la vela del altar y el brasero del incienso. Vamos a decir las letanías Marianas, así como las Liturgias de las Horas de la Virgen, en la cubierta hoy y por los próximos pocos días hasta que llegemos al puerto en Nueva Orleans.”

“¿Pocos días? Está equivocada, Hermana,” dijo el Obispo condescendentemente. “Quedan por lo menos dos semanas más en nuestro viaje.”

Marie Madeleine se enderezó de la lucha con la estatua y masajeó la zona lumbar mientras le daba una mirada fría al Obispo que desmentía completamente su comportamiento improvisado y la coincidencia de interrumpir su abuso a Lenobia. “Días,” dijo severamente. “Acabo de hablar con el comodoro. La ráfaga nos va a llevar antes de lo previsto. Estaremos en Nueva Orleans en tres o cuatro días. Sería encantador para todos nosotros estar en tierra de nuevo, ¿no? Yo estaré especialmente contenta de presentarte a nuestra Madre Superiora y contarle cuán seguro y agradable viaje hemos tenido todos nosotros gracias a su protección. ¿Usted sabe cuán respetada es ella en la ciudad, Obispo de Beaumont?”

Hubo un largo silencio y luego el Obispo dijo, “Oh, sí, Hermana. Sé eso y mucho, mucho más.”

Entonces el cura se inclinó y levantó la pesada estatua como si estuviera hecha de plumas en vez de piedra, y la cargó encima de la cubierta.

“¿Te hizo daño?” Marie Madeleine susurró rápidamente tan pronto como él estuvo fuera de vista.

“No,” dijo Lenobia temblorosa. “Pero lo quiere hacer.”

La monja asintió sombríamente. “Toma la vela y el incienso. Despierta a las otras chicas y diles que suban a rezar. Luego quédate cerca de mí. Tendrás que renunciar a tus viajes solitarios al amanecer. Simplemente no es seguro. Menos mal que solo quedan unos cuantos días. Entonces estarás en el convento y más allá de su alcance.” La monja apretó su mano antes de seguir al Obispo a la cubierta de arriba, dejando a Lenobia sola y totalmente con el corazón partido.



LENOBIA'S
VOW

Capítulo Siete

Traducido por Sofys & Zoeyrebird-HON

Más tarde, cuando su mundo se había vuelto oscuro, doloroso y lleno de desesperación, Lenobia recordó esa mañana y la belleza del cielo y el mar, –y cómo todo había cambiado tan repentinamente y por completo en menos del tiempo necesario para que su corazón latiera una docena de veces. Ella lo recordaba, y prometió que para el resto de su vida, ella no tomaría nada bonito y especial por sentado.

Había sido temprano y las niñas habían sido lentas y displicentes, sin ganas de levantarse. No queriendo subir a cubierta para rezar. Aveline de Lafayette se molestó en especial aunque la emoción de Simonette acerca de algo nuevo más que compensó el temperamento agrio de la niña mayor.

"He deseado tanto explorar el barco", confió Simonette a Lenobia mientras se abrían camino hacia la pequeña zona de paseo en la popa del Minerva.

"Es un barco muy bonito", murmuró Lenobia de regreso, y luego sonrió mientras los rizos de Simonette rebotaban y se balanceaban mientras ella asentía con la cabeza en respuesta.

La estatua de mármol de María había sido colocada cerca de la barandilla negra que enmarcaba la porción de popa de la nave—puesta justo por encima de los cuartos propios del comodoro. La hermana Marie Madeleine estaba quisquillosa con la estatua, pasando rápidamente a su alrededor y colocándola apenas a la derecha, hasta que vio a Lenobia, y entonces hizo un gesto a la chica para que se acercara a ella.

"Hija, voy a tomar el cono y el incienso."

Lenobia le dio el incensario de plata, que ya estaba lleno de la mezcla preciosa de incienso y mirra que la monja utilizaba cuando estaba en oración, así como el pilar de cera de abeja grueso descansando en su soporte de estaño llano. Regresó a la estatua y colocó la vela y el quemador de incienso a los pies de María.

"Niñas", se dirigió la monja a la multitud, y luego con una leve sonrisa ella asintió con la cabeza en reconocimiento de los miembros de la tripulación que estaban empezando a congregarse con curiosidad hacia ellas. "Y buenos señores. Vamos a comenzar esta hermosa mañana con las letanías marianas, como acción de gracias por la noticia que estamos a pocos días de nuestro destino de Nueva Orleans". Ella hizo un gesto para que la tripulación observadora se acercase.

Cuando se acercaron, Lenobia buscó a Martín en el grupo, pero se decepcionó cuando no vio su familiar rostro.

"¡Oh, Dios! Necesitamos una marca desde abajo para encender el cono de María. Lenobia, niña, ¿podrías por favor—"

"No se preocupe, hermana. Voy a encender el fuego de María."

Las chicas se separaron como la niebla a la luz solar y el obispo se dirigió a través de ellas con una marca larga de madera en la mano, la punta vacilaba con la llama. Él lo ofreció a la monja, y ella lo tomó con una sonrisa forzada.

"Gracias, Padre. ¿Le gustaría dirigir la letanía mariana de esta mañana? "

"No, hermana. Yo creo que las letanías de María se aprecian con más detalle cuando son dirigidas por una mujer". Con una inclinación de cabeza, el obispo se retiró al otro lado del paseo marítimo de popa, donde los miembros de la tripulación se reunían. Se puso de pie delante de ellos.

Lenobia pensó que su elección de posición daba la impresión incómoda como si estuviera pensando en dirigir la falange de hombres en contra de ellas.

Perpleja, la hermana Marie Madeleine encendió la vela y el incienso. Entonces se arrodilló e hizo una genuflexión. Lenobia y el resto de las chicas siguieron su ejemplo. Lenobia se colocó a la izquierda de la monja, frente a la estatua, pero también se volvió para poder observar al Obispo, por lo que vio su arrogancia vacilar, que hizo que su inclinación pareciera condescendencia en vez de obediente. Los hombres a su alrededor siguieron su ejemplo.

Marie Madeleine bajó la cabeza y apretó sus manos juntas en oración. Con los ojos cerrados empezó la letanía con voz clara y fuerte:

"Santa María, ruega por nosotros."

"Ruega por nosotros", repitieron las niñas obedientes.

"Santa Madre de Dios", entonó Marie Madeleine.

"Ruega por nosotros." Esta vez, los miembros de la tripulación asumieron la letanía y sumaron sus voces a la oración.

"Santa Virgen de las vírgenes".

"Ruega por nosotros", invocó la multitud.

"Madre de Cristo", añadió la monja.

"Ruega por nosotros..."

Lenobia repitió la frase, pero no era capaz de calmar su espíritu lo suficiente como para cerrar los ojos e inclinar la cabeza, al igual que las otras chicas. En cambio, su mirada y su mente divagaban.

"Ruega por nosotros..."

Tres días para que termine el viaje, y Marie Madeleine dice que no podré ir a la bodega de carga de nuevo.

"Madre de la gracia divina."

"Ruega por nosotros..."

¡Martin! ¿Cómo voy a decírselo? Tengo que verlo otra vez, incluso si eso significa por casualidad otro encuentro con el Obispo.

"Madre purísima"

"Ruega por nosotros... "

La mirada de Lenobia revoloteaba hacia el grupo de hombres y el hombre vestido de púrpura que se arrodillaban ante ellos. Sus ojos se abrieron en estado de shock. No tenía la cabeza inclinada y los ojos cerrados. Él estaba mirando a la estatua, frente a la cual la monja estaba de rodillas en oración. Sus manos no estaban dobladas. En su lugar, con una mano estaba acariciando el brillante rubí crucifijo que colgaba en el centro de su pecho. La otra estaba haciendo un ligero movimiento, pero extraño, sólo un temblor de sus dedos, casi como si estuviera haciendo movimientos llamando a algo delante de él.

"Madre purísima".

"Ruega por nosotros..."

Confundida, Lenobia siguió la mirada del obispo y se dio cuenta que el sacerdote no estaba mirando a la estatua, sino a la vela encendida en el simple grueso pilar a los pies de María, justo enfrente de la monja. Fue en ese momento que la llama se intensificó, ardiendo con una intensidad tan feroz que parecía que la cera lloraba de la misma. A continuación, la cera y la llama se unieron mientras las chispas y el fuego estallaban desde el cono y caían en cascada en el hábito de lino de Marie Madeleine.

"¡Hermana! ¡El fuego!", Exclamó Lenobia, poniéndose de pie para correr hacia Marie Madeleine.

Pero el extraño fuego ya se había convertido un incendio terrible. La monja gritó y trató de levantarse, pero estaba desorientada, obviamente, por las llamas que estaban consumiéndola. En lugar de alejarse de la columna salvaje en llamas, Marie Madeleine se tambaleó hacia delante, directamente en la piscina de cera ardiente.

Las niñas alrededor de Lenobia estaban gritando y tropezando con ella, manteniéndola lejos del alcance de la monja.

"¡Atrás! ¡Voy a salvarla!" El obispo gritó mientras corría hacia adelante, vestido de púrpura ondulante, como el fuego detrás de él, con un cubo en sus manos.

"¡No!", Gritó Lenobia, recordando las lecciones que había aprendido en la cocina sobre la cera, la grasa y el agua. "¡Traiga una manta, no agua! ¡Sofoque eso! "

El obispo lanzó el cubo de agua sobre la monja ardiente, y el fuego estalló, lloviendo ardiente cera caliente en la multitud de niñas y creando el pánico y la histeria.

El mundo se convirtió en fuego y calor. Sin embargo, Lenobia trató de llegar a Marie Madeleine, pero fuertes manos atraparon su cintura y tiraron de ella hacia atrás.

"¡No!", Gritó ella, luchando por escapar.

"¡Cherie! ¡No puedes ayudarla! "

La voz de Martin era un oasis de calma en el caos, y el cuerpo de Lenobia quedó inerte. Ella le dejó tirar de espaldas fuera del alcance de la cubierta de popa en llamas. Pero en medio de las llamas Lenobia vio a Marie Madeleine dejar de luchar. Completamente envuelta en llamas, la monja se acercó a la barandilla, se volvió, y por un instante su mirada se encontró con la Lenobia.

Lenobia nunca olvidaría ese momento. Lo que ella vio en los ojos de Marie Madeleine no fue dolor o terror o miedo. Vio paz. Y dentro de su mente hizo eco la voz de la monja, mezclada con paz. Y dentro de su mente hizo eco la voz de la monja, mezclada con otra que era más fuerte, más clara, y de otro mundo en su belleza.

Sigue a tu corazón, hija. La Madre siempre te protegerá...

Entonces la monja se acercó a la barandilla y saltó por la borda intencionalmente hacia los brazos frescos y acogedores del mar.

La siguiente cosa que Lenobia recordaba era Martin rasgando su camisa y usarla para vencer a las llamas que habían estado lamiendo su falda.

"¡Tú te quedas aquí!" Le gritó cuando el fuego se había apagado. "No te muevas, tú!" Lenobia inexpresivamente asintió con la cabeza, y luego Martin se unió a los miembros de la tripulación mientras ellos usaban ropa y pedazos de velas y aparejos para golpear el fuego. El comodoro Cornwallis estaba allí, gritando órdenes y usando su chaqueta de traje azul para vencer bolsones de fuego, que parecían extinguirse con una facilidad natural.

"¡Yo estaba tratando de ayudar! ¡No lo sabía!" La mirada de Lenobia fue atraída por los gritos del Obispo. Estaba de pie en la barandilla, mirando por encima hacia el mar.

"¡Charles! ¿Está quemado? ¿Está usted herido?" Lenobia vio al comodoro darse prisa hacia él justo cuando el sacerdote se balanceaba y estuvo a punto de caer por la borda. El comodoro lo atrapó a tiempo. "¡Vamos lejos de la barandilla, hombre!"

"No, no." El obispo lo rechazó. "Tengo que hacer esto. Debo." Él levantó su brazo, hizo la señal de la cruz, y luego Lenobia le oyó comenzar los ritos de la última oración. "*Domine sancte...*"

Lenobia nunca había odiado a nadie tanto en su vida.

Simonette se tambaleó en sus brazos, de color rosa, chamuscada y sollozando.

"¿Qué hacemos ahora? ¿Qué hacemos ahora? "

Lenobia se aferró a Simonette, pero ella no podía responder a la chica.

"¡Señoritas! ¿Alguna de ustedes está herida? "La voz del comodoro resonó mientras se metía a través del grupo de niñas llorando, sacando a aquellas que habían estado más cerca de las llamas y dirigiendo al cirujano del barco hacia ellas. "Si están ilesas, vayan abajo. Límpiense. Cámbiense de ropa. Descansen, Mademoiselles, descansen. El fuego se ha extinguido. El barco es sonido³². Ustedes están a salvo."

Martin se perdió en el humo y la confusión, y Lenobia no tuvo más remedio que ir abajo con Simonette a quien sostenía firmemente su mano.

"¿La habéis oído, también?" Lenobia susurró mientras se abrían camino, temblando y llorando, por el estrecho pasillo.

"Oí el grito de la hermana. Fue terrible." Simonette sollozó.

³² **N.de la T:** Es una orden del Capitán. Significa determinar cuál es el daño del barco, y arreglarlo.

"¿Nada más? ¿No oíste lo que dijo? ", Insistió Lenobia.

"Ella no dijo nada. Sólo gritaba" Simonette la miraba con gigantescos ojos llenos de lágrimas. "¿Te has vuelto loca, Lenobia?"

"No, no", dijo Lenobia rápidamente, poniendo un brazo alrededor de sus hombros, tranquilizadora. "Casi desearía que estuviera loca, sin embargo, para así no recordar lo que acaba de suceder."

Simonette sollozó de nuevo. "*Oui, oui*—no abandonaré la habitación hasta que hayamos tocado tierra. Ni siquiera para ir a cenar. ¡No pueden obligarme!"

Lenobia la abrazó fuerte y no dijo palabra alguna.

Lenobia no dejó su cuarto por los siguientes dos días. Simonette no tenía que haberse preocupado por ser forzada a la habitación del Comodoro para las cenas. La comida era llevada a ellas, en vez de eso. La muerte de la hermana Marie Madeleine había lanzado un hechizo sobre todos ellos, y la estructura normal de vida a bordo se había disuelto. Las ruidosas y obscenas canciones que la tripulación había estado cantando, ya no estaban. No había risas. No había gritos. El barco por sí solo parecía haberse silenciado. Dentro de las horas de la muerte de la monja, un feroz viento surgió detrás de ellos, atrapó las velas, y las impulsó hacia delante como si el aliento de Dios estuviese soplándoles desde el sitio de violencia.

En sus cuartos, las chicas estaban impactadas. Simonette y otras pocas aún lloraban y no dejaban de llorar. En su mayoría, se acurrucaban en sus jergones, hablaban en voz baja, u oraban.

Los empleados de la galera que les llevaban la comida, les aseguraban a todos que estaba bien y que pronto aterrizarían. El pronunciamiento evocaba nada más que miradas sombrías y lágrimas silenciosas.

Todo mientras Lenobia pensaba y recordaba.

Recordaba la bondad de Marie Madeleine. Recordaba la fe y fuerza de la monja. Recordaba la paz que había visto en sus ojos moribundos, y las palabras que mágicamente hicieron eco en su mente.

Sigue tu corazón, niña. La Madre siempre te protegerá.

Lenobia recordaba a la Hermana Marie Madeleine, pero pensaba en Martin. También pensaba en el futuro. Fue justo antes del amanecer del tercer día, cuando Lenobia tomó su decisión, y se deslizó silenciosamente desde la habitación que había comenzado a sentirse como un mausoleo.

Ella no vio el amanecer. Fue directamente a la bodega de carga. Odysseus, la versión gigante de un gato blanco y negro, estaba frotándose contra sus piernas mientras se acercaba al establo. Los caballos la vieron primero, y ambos relincharon, lo que hizo que Martin se girara hacia ella, cerrando el espacio entre ellos en tres grandes zancadas, jalándola hacia sus brazos, abrazándola muy cerca. Ella podía sentir su cuerpo temblando mientras hablaba.

“¡Viniste, *cherie*! No pensaba que fueras a hacerlo. Creí que nunca volvería a verte.”

Lenobia descansó su cabeza contra su pecho, e inhaló su esencia: caballos, heno, y el honesto sudor de un hombre que trabajaba duro todos los días.

“Tenía que pensar antes de venir a verte, Martin. Tenía que decidir.”

“¿Y qué decidiste, *cherie*?”

Ella levantó su cabeza y lo miró, encantada con la luz oliva de sus ojos y las manchas marrones que destellaban como ámbar dentro de ellos. “Primero, tengo que preguntarte algo--¿la viste saltando al océano?”

Martin asintió solemnemente. “Así es, *cherie*. Fue algo terrible.”

“¿Oíste algo?”

“Solo sus gritos.”

Lenobia respiró hondo. “Justo antes de que ella brincara al agua, ella me miró, Martin. Sus ojos estaban llenos de paz, no de miedo o dolor. Y yo no oí sus

gritos. En vez de eso, oí su voz, mezclada otra, diciéndome que siguiera mi corazón—que la Madre siempre me protegería.”

“La monja, ella era una mujer muy santa—una de mucha fe y bondad. Su fuerte espíritu. Podría haber estado hablándote. Quizás su Maria que tanto amaba, también te hablaba.”

Lenobia se sintió débil con alivio. “¡Entonces me crees!”

“*Oui, chérie*. Sé que hay más que solo el mundo que podemos tocar y ver.”

“Yo también lo creo.” Ella respiró hondo y enderezó sus hombros y, en una voz que la sorprendió incluso a ella por lo madura que sonó, declaró, “Al menos ahora lo hago. Así que lo que quiero decirte es esto: Te amo, Martin, y quiero estar contigo. Siempre. No me importa cómo. No me importa dónde. Pero ver morir a Marie Madeleine me ha cambiado. Si lo peor que pueda pasarme por elegir vivir a tu lado es que muera en paz amándote, entonces elijo cualquier felicidad que podamos encontrar en este mundo.”

“*Chérie*, Yo—“

“No. No me respondas ahora. Toma dos días luego de que atraquemos a puerto, tal como yo tomé dos días. Debes conocer a ciencia cierta cualquier camino, Martin. Si dices no, entonces no quiero volver a verte—jamás. Si escoges sí, viviré a tu lado y daré a luz hijos tuyos. Te amaré hasta el día en que muera—solo a ti, Martin. Siempre, solo a ti; Lo juro.”

Entonces, antes de que ella pudiera debilitarse y rogarle y abrazarlo y llorar, se alejó de él y agarró el familiar cepillo de curry y entró en el establo de Percherones, acariciando a los enormes caballos y murmurando palabras cariñosas como saludo.

Martin la siguió despacio. Sin hablarle o mirarle, se movió al segundo de los dos caballos castrados y se puso en marcha a través de la maraña de la crin de caballo. Por lo tanto, estaba fuera del alcance visual del Obispo, cuando el sacerdote entró en la bodega de carga.

“Asear bestias—no es un trabajo para una dama. Pero en realidad tú no eres una dama, o sí *ma petite de bas*?”

Lenobia sintió que un malestar resbalo a través de su estómago, pero se giró para enfrentar al sacerdote, a quien ella consideraba más un monstruo que un hombre.

“Te dije que no me llamas así,” dijo Lenobia, orgullosa de que su voz no temblara.

“Y yo te dije que me gusta pelear.” Su sonrisa era reptil. “Pero con o sin pelea, cuando termine contigo, serás todo lo que yo desee que seas—bastarda, perra, amante, hija. Lo que sea.” Él avanzó, la luz en la cruz rubí en su pecho brillaba como si fuera una cosa viviente. “¿Quién te protegerá ahora que la monja que te blindaba ha sido consumida?” alcanzó el borde del establo, y Lenobia se encogió, presionándose contra el caballo castrado. “El tiempo es corto, *ma petite de bas*. Te reclamaré como mía hoy, antes de que llegemos a Nueva Orleans, y luego no habrá motivo para que mantengas esa farsa virginal y te acobardes con las Ursulinas en su convento.” El sacerdote posó su mano en la puerta central del establo para abrirla.

Martin avanzó desde la sombra de los caballos para posicionarse entre Lenobia y el Obispo. Habló tranquilamente, pero blandía en su mano una selección de pesuñas. La luz de la linterna la atrapó, por lo cual brillaba como algo punzante.

“Creo que no reclamarás a esta dama. Ella no te quiere, Loa. Vete ahora y déjala ser.”

Los ojos del Obispo se encogieron peligrosamente y sus dedos comenzaron a acariciar las piedras de rubí de su crucifijo. “¿Te atreves a hablarme, chico? Deberías entender quién soy. Yo no soy ese loa con el que me has confundido. Yo soy un Obispo—un hombre de Dios. Vete ahora y voy a olvidar que alguna vez intentaste cuestionarme,”

“Loa es espíritu. Te veo. Te conozco. Los bakas se han convertido en ti, hombre. Malvado. Oscuro. Y no eres querido aquí.”

“¡Te atreves a enfrentarme!” rugió el sacerdote. Al que su ira, las llamas en las linternas que colgaban alrededor de los establos, crecieron.

“¡Martin! ¡Las llamas!” le susurró Lenobia frenéticamente.

El sacerdote comenzó a avanzar, como si fuese a atacar a Martin con sus propias manos, y dos cosas sucedieron muy rápido. Primero, Martin levantó la

selección de pesuñas, pero no hirió al sacerdote. En vez de eso, las ejerció contra sí mismo. Lenobia jadeó mientras Martin se cortó la palma de su propia mano y luego, cuando el sacerdote estaba casi sobre él, le arrojó un puñado de sangre, golpeándolo justo en la mitad de su pecho, cubriendo las joyas rojas con vivo color escarlata. Y en una voz que era profunda y llena de poder, Martin entonó:

“¡Ella me pertenece—y suyo soy!

“De lealtad y verdad,

“¡Que esta sangre sea la prueba!

“Lo que le hagas a ella lo haces en vano.

“¡Lo que lances vuelve a ti con diez veces el dolor!”

El sacerdote se tambaleó al costado, como si la sangre hubiese sido un palmetazo, y los caballos castrados pusieron sus orejas hacia atrás en sus enormes cabezas y, con gritos de rabia, lo golpearon con sus grandes, cuadrados dientes.

Charles de Beaumont se tambaleó hacia atrás, tropezando fuera del establo, agarrándose su pecho. Se inclinó y observó a Martin.

Martin elevó su ensangrentada mano y la sostuvo, palma afuera, como un escudo.

“¿Preguntaste quién protege a esta chica? Te respondo—yo lo hago. Este hechizo está conjurado. Lo sellé con mi sangre. No tienes poder alguno aquí.”

Los ojos del sacerdote estaban llenos de odio, su voz era maliciosa. “Tu hechizo de sangre puede blindarte poder aquí, pero no lo tendrás donde nos dirigimos. Ahí solo eres un negro intentando confrontar a un hombre blanco. Yo ganaré... yo ganaré... yo ganaré...” El Obispo masculló las palabras una y otra vez mientras abandonaba la bodega, aún sosteniendo su pecho.

Tan pronto como se fue, Martin jaló a Lenobia a sus brazos y la sostuvo mientras ella temblaba. Él le acarició su cabello y murmuró pequeños, mudos sonidos para calmarla. Cuando su miedo había menguado lo suficiente, Lenobia se movió de sus brazos y rasgó una tira de algodón de su camisa para enlazar su mano. No habló mientras lo vendaba. Solo cuando ella terminó, apretó su mano herida dentro de las suyas y lo miró directo a los ojos preguntando, “Eso que dijiste—el hechizo que conjuraste--¿es cierto? ¿En serio funcionará?”

“Oh, funciona, *cherie*,” dijo. “Lo suficiente para mantenerlo lejos de ti en el barco. Pero este hombre, se llenó de una enorme maldad. ¿Sabes que él ocasionó el fuego que mató a la santa mujer?”

Lenobia asintió. “Sí, lo sé.”

“Sus bakas—fuertes; malvadas. Lo ató a dolor diez veces peor, pero quizás llegue el momento en que él crea que por tenerte vale la pena el dolor. Y está en lo correcto. En el mundo al que vamos él tiene el poder, no yo.”

“¡Pero lo detuviste!”

Martin asintió. “Puedo pelear con él con la magia de mi madre, pero no combato hombres blancos y su ley la cual puede volver en mi contra.”

“Entonces tienes que dejar Nueva Orleans. Vete lejos, donde él no pueda herirte.”

Martin sonrió. “*Oui, cherie, avec tu.*”

« ¿Conmigo? » Lenobia lo miró por un momento, preocupada por él sobre todo en su mente. Entonces se dio cuenta de lo que él había dicho y sintió como si el amanecer se hubiese levantado en su interior. “¡Conmigo! Estaremos juntos.”

Martin tiró de ella hacia sus brazos y nuevamente la retuvo cerca. “Es lo que hace a mi magia tan fuerte, *cherie*, es amor que siento por ti. Llena mi sangre y hace que mi corazón lata. Ahora tienes mi juramento en respuesta. Siempre te amaré—solo a ti, Lenobia.”

Lenobia presionó su rostro a su pecho y esta vez, cuando lloró, sus lágrimas fueron de felicidad.



LENOBIA'S
VOW

Capítulo Ocho

Traducido por Daniela & Carlos

En la tarde del 21 de Marzo, 1788, mientras el sol era un globo anaranjado poniéndose en las aguas, fue que el *Minerva* atracó en el puerto de Nueva Orleans.

También fue en esa tarde que Lenobia comenzó a toser. Empezó a sentirse enferma justo después de regresar a su habitación. Al principio pensó que era porque odiaba dejar a Martin, y que el cuarto que había parecido un santuario cuando la hermana Marie Madeleine había estado ahí ahora se sentía más como una prisión. Lenobia no pudo obligarse a comerse el desayuno. Para cuando el emocionado grito de “¡Tierra! ¡Veo tierra!” estuvo resonando a través del barco y las chicas salían vacilantemente de sus habitaciones para agruparse en la cubierta, observando atentamente la creciente masa de tierra frente a ellas, Lenobia se estaba sintiendo afiebrada y tenía que ahogar la tos en su manga.

“Mademoiselles, normalmente no las haría desembarcar en la oscuridad, pero debido a la reciente tragedia con la Hermana Marie Madeleine, creo que es mejor que lleguen a tierra pronto y a salvo en el convento de las Ursulinas tan pronto como sea posible.” El Comodoro hizo el anuncio a las chicas en la cubierta. “Conozco a la Abadesa. Iré a verla inmediatamente y le diré de la pérdida de la hermana, y le comunicaré que ustedes llegarán a tierra esta noche. Por favor lleven solo sus pequeños *casquettes* con ustedes. Haré que lleven el resto de sus cosas al convento.” Hizo una reverencia y se encaminó al lado de la cubierta desde donde descargarían el bote de remos.

En su febril estado, parecía que la voz de su madre volvía a Lenobia, reprimiéndola para que no lo llamara con una palabra que sonaba demasiado como a ataúd. Lenobia se movió lentamente debajo de la cubierta con el resto de las chicas, sintiendo extrañamente como si la voz del pasado fuera un presagio del futuro.

¡No! Se sacudió la melancolía que estaba sintiendo. Solo tengo una pequeña fiebre. Pensaré en Martin. Él está haciendo planes para que nos vayamos de Nueva Orleans e irnos al oeste, donde estaremos juntos... por siempre.

Fue ese pensamiento el que la impulsó a seguir adelante mientras se acomodaba temblando y tosiendo en el pequeño bote con las otras chicas. Una vez estuvo sentada entre Simonette y Colette, una joven niña con pelo largo y oscuro, Lenobia miró alrededor con apatía, tratando de convocar la energía suficiente para completar su viaje. Su mirada pasó por los remeros y unos ojos color oliva atraparon los de ella, telegrafando fuerza y amor. Ella debió haber hecho un sonido de feliz sorpresa, porque Simonette le preguntó, “¿Qué pasa, Lenobia?”

Sintiéndose renovada, Lenobia le sonrió a la niña. “Estoy feliz de que nuestro largo viaje haya terminado, y estoy ansiosa por empezar el próximo capítulo de mi vida.”

“Suenas tan segura de que será muy bueno,” dijo Simonette.

“Lo estoy. Creo que la siguiente parte de mi vida será la mejor de todas,” respondió Lenobia, lo suficientemente fuerte para que su voz llegara hasta Martin.

El bote de remos se balanceó mientras el último pasajero se les unió, diciendo, “Estoy muy seguro de que lo será.”

La fuerza que había encontrado en la presencia de Martin se convirtió en miedo y aversión mientras el Obispo se sentaba en un puesto tan cercano al de ella que su túnica morada, ondeando en el cálido y húmedo aire, casi tocaba sus faldas. Ahí se sentó, silencioso y atento.

Lenobia se puso su capa más cerca y desvió la mirada, concentrándose en no permitir que su mirada fuera hacia Martin mientras ignoraba al Obispo. Respiró profundamente el mohoso y terroso aroma del puerto donde el río se encontraba con el mar, esperando que el cálido y húmedo aire y el olor de la tierra aliviaran su tos.

No lo hizo.

La Abadesa, la Hermana Marie Therese, era una mujer delgada y alta que Lenobia pensó que extrañamente se parecía a un cuervo parado en el muelle con su oscuro hábito ondeando a su alrededor. Mientras el Comodoro ayudaba al Obispo a bajarse del bote, la Abadesa y dos pálidas monjas que parecía como si hubieran estado llorando, ayudaron a los miembros de la tripulación a pasar a las chicas desde el bote de remos hacia el muelle, diciendo, “Vamos, mademoiselles. Necesitan descansar y algo de paz después del horror de lo que le pasó a nuestra buena Hermana. Las dos cosas las esperan en nuestro convento.”

Cuando fue su turno de subir al muelle, sintió la fuerza de unas manos familiares en las de ella, y él susurró, “Se valiente, *ma chérie*. Iré por ti.” Las manos de Lenobia se quedaron en las de Martin por tanto tiempo como se atrevió, y después tomó la mano de la monja. No se volvió a mirar a Martin, sino que intentó disimular su tos y mezclarse con el grupo de niñas.

Cuando ya todas estaban en la orilla, la Abadesa inclinó la cabeza levemente hacia el Obispo y al Comodoro y dijo, “*Merci beaucoup* por traerlas hasta aquí. Me encargaré de ellas desde aquí y dentro de poco las pondremos a salvo en las manos de sus esposos.”

“No a todas ellas.” La voz del Obispo fue como un látigo, pero la Abadesa apenas si alzó una ceja hacia él, cuando respondió.

“Si, Obispo, a todas ellas. El Comodoro ya me ha explicado el infortunado error en la identidad de una de las chicas. Eso no la hace menos mi responsabilidad, simplemente cambia la elección de un esposo para ella.”

Lenobia no pudo sofocar la tos húmeda que la atacó. El Obispo la miró fríamente, pero cuando habló su voz había tomado un tono suave y encantador. Su expresión no era molesta o amenazadora, solo era preocupada.

“Me temo que la chica errante ha sido infectada con algo más que los pecados de su madre. ¿Realmente quiere que contagie su convento?”

La Abadesa se movió para pararse junto a Lenobia. Le tocó la cara, levantándole el mentón y mirándole los ojos. Lenobia trató de sonreírle, pero simplemente se sentía demasiado enferma, demasiado abrumada. Y estaba tratando desesperadamente por no toser, sin éxito. La monja peinó hacia atrás el pelo plateado de la ceja empapada de Lenobia y murmuró, “Ha sido un viaje difícil para ti, ¿no es así, hija?”

Entonces se volvió hacia el Obispo. “¿Y qué es lo que espera que haga, Obispo? ¿No mostrarle caridad Cristiana y todo y dejarla en el muelle?”

Lenobia vio sus ojos llamear de furia, pero él controló su ira, respondiendo, “Por supuesto que no, hermana. Por supuesto que no. Simplemente estoy preocupado por el bienestar del convento.”

“Eso es muy considerado de su parte, Padre. Ya que el Comodoro debe regresar a su barco, tal vez podría mostrarnos más consideración escoltando nuestro pequeño grupo al convento. Me gustaría decir que estamos perfectamente a salvo en las calles de nuestra justa ciudad, pero eso no sería completamente honesto de mi parte.”

El Obispo asintió con la cabeza y sonrió, “Sería un gran honor para mí escoltarlas.”

“*Merci beaucoup*, Padre,” dijo la Abadesa. Entonces le hizo gestos a las chicas para que la siguieran, diciendo, “Vamos, niñas, *allons-y*.”

Lenobia se alejó con el grupo, tratando de mantenerse en la mitad de todas las chicas, aunque sintió los ojos del Obispo fijos sobre ella, siguiéndola, ansiándola. Ella quería buscar a Martin, pero temía poner la atención sobre él.

Mientras se alejaban del muelle, escuchó el sonido de los remos del bote golpeando el agua y supo que él debía estar regresando al *Minerva*.

¡Por favor ven por mí pronto, Martin! ¡Por favor! Lenobia envió una súplica silenciosa a la noche. Y luego volvió toda su concentración a poner un pie delante del otro y tratar de respirar entre los ataques de tos.

El camino hacia el convento tomó la calidad de una pesadilla que misteriosamente reflejaba el paseo en carruaje de Lenobia desde el château³³ hasta Le Havre³⁴. No había niebla, pero había oscuridad, olores y sonidos que eran extrañamente familiares --voces francesas, bellas galerías de obras de hierro afiligranadas flanqueadas por cortinas flotantes a través de las cuales los candelabros de cristal centelleaban-- mezcladas con el extraño sonido del idioma inglés a un ritmo que le recordaba el musical acento de Martin. Los olores de especias extranjeras y tierra limosa estaban teñidos con el aroma dulce y mantecoso de buñuelos fritos.

Con cada paso, Lenobia sentía que se ponía más y más débil.

“¡Vamos, Lenobia, –quédate con nosotros!”

Lenobia parpadeó a través del sudor que había estado bajando por su frente y por sus ojos para ver que Simonette había hecho una pausa desde detrás del grupo para llamarla.

¿Cómo me he atrasado tanto de ellas? Lenobia trató de apresurarse. Trató de alcanzarlas, pero había algo delante de ella—algo pequeño y de piel la hizo tropezar, casi cayendo a la calle empedrada.

Un toque fuerte y frío tomó su codo, estabilizándola, y Lenobia levantó la vista hacia unos ojos tan azules como un cielo primaveral y una cara tan bella que pensó que era de otro mundo, especialmente porque estaba decorada con un intrincado patrón de tatuajes que parecían plumas.

“Perdóname, hija,” la mujer dijo, sonriendo una disculpa. “Mi gato a menudo va donde desea. Él ha hecho tropezar a muchos que son más sanos y más fuertes que tú.”

“Soy más fuerte de lo que parezco,” Lenobia se oyó decir con voz áspera.

“Me complace oírte decir eso,” la mujer dijo antes de soltar el codo de Lenobia y marcharse con un enorme gato gris atigrado siguiéndola, con la cola torciéndose como si estuviese irritado. Mientras pasaba al grupo de chicas, ella

³³ Francés: Castillo.

³⁴ Es una ciudad del noroeste de Francia, en el departamento de Sena Marítimo (Alta Normandía). Está situada en la orilla derecha del estuario del río Sena a orillas del Canal de La Mancha

vio a la monja principal e inclinó su cabeza respetuosamente, diciendo, “*Bonsoir*³⁵, Abadesa.”

“*Bonsoir*, Sacerdotisa,” la monja respondió gentilmente.

“Esa criatura es un vampiro,” el Obispo exclamó mientras la hermosa mujer levantaba la capucha de su capa de terciopelo negro y se desvanecía en las sombras.

“*Oui*, ciertamente lo es,” dijo la Abadesa.

Aun a través de su enfermedad, Lenobia sintió un principio de sorpresa. Ella había escuchado acerca de los vampiros, claro está, y sabía que había una fortaleza de ellos no tan lejos de París, pero la aldea de Auvergne no tenía ninguno de ellos, y el Château de Navarre jamás había hospedado a un grupo de ellos, como algunos de la nobleza más atrevida y más rica ocasionalmente lo hacía. Lenobia deseó, velozmente, haberle dado un vistazo más largo a la vampiresa. Entonces, la voz del Obispo se entrometió en sus deseos.

“¿Soporta que caminen entre usted?”

La mirada serena de la Abadesa no se alteró. “Hay muchos tipos diferentes de personas que vienen y van a través de Nueva Orleans, Padre. Es el punto de entrada a un vasto nuevo mundo. Se acostumbrará a nuestros hábitos a su debido tiempo. En cuanto a los vampiros, he oído que están considerando establecer aquí una Casa de la Noche.”

“Ciertamente la ciudad no permitiría tal cosa,” dijo el Obispo.

“Es bien sabido que dónde hay una Casa de la Noche, también hay belleza y civilización. Eso es algo que los padres de esta ciudad apreciarían.”

“Usted suena como si lo aprobara.”

“Apruebo la educación. Cada Casa de la Noche, en su corazón, es una escuela.”

“¿Cómo sabe tanto sobre vampiros, Abadesa?” Simonette preguntó. Luego pareció alarmada ante su propia pregunta y agregó, “no quiero ser irrespetuosa al preguntar tal cosa.”

“Tal cosa es simple curiosidad,” la Abadesa respondió con una sonrisa amable. “Mi hermana mayor fue Marcada y Cambió a vampiro cuando yo era solo una niña. Ella todavía visita la casa de mis padres cerca de París.”

“Blasfemia,” el Obispo masculló sombríamente.

³⁵ Francés: Buenas Noches

“Algunos dicen eso, otros no,” la Abadesa dijo, encogiéndose de hombros despectivamente. El siguiente ataque de tos de Lenobia atrajo la atención que tenía la monja en el Obispo. “Hija, no creo que estés lo suficientemente bien como para caminar el resto del camino al convento.”

“Lo siento, Hermana. Estaré mejor si descanso por un momento.” Inesperadamente, en ese momento las piernas de Lenobia se volvieron como de agua y cayó sobre su trasero en mitad de la calle.

“¡Padre! Tráigala aquí, rápidamente,” la monja ordenó.

Lenobia se encogió de miedo ante el toque del Obispo, pero él sólo sonrió y, con un movimiento fuerte, se dobló y la levantó en sus brazos como si ella fuese una niña. Luego él siguió a la monja dentro de los largos y estrechos establos que conectaban dos casas pintadas con colores vivos, ambas con elaborados corredores que se extendían hasta los segundos pisos.

“Aquí, Padre. Ella puede descansar cómodamente sobre estas pacas de heno.”

Lenobia sintió la vacilación del Obispo, como si no quisiese dejarla ir, pero la Abadesa repitió, “Padre, aquí. Aquí es donde la puede colocar.”

Finalmente ella fue soltada de la jaula de sus brazos, y se echó mucho más atrás, tirando de su capa para que nada tocara al sacerdote, quien permanecía demasiado cerca.

Lenobia soltó una profunda respiración y, como si fuese magia, el sonido y el perfume de los caballos la llenaron y la reconfortaron, aliviando solo un poco el ardor de su pecho.

“Hija,” la Abadesa dijo, inclinándose sobre ella y apartando el cabello de su frente otra vez. “Voy a ir al convento. Una vez allí enviaré nuestro carruaje del hospital a por ti. No tengas miedo; no tomará mucho tiempo.” Ella se enderezó y le dijo al sacerdote, “Padre, sería muy amable de su parte si se queda con la chica.”

“¡No!” Lenobia gritó al mismo momento en que el Obispo dijo, “*Oui*, por supuesto.”

La Abadesa tocó la frente de Lenobia otra vez y la reconfortó. “Hija, regresaré pronto. El Obispo velará por ti hasta entonces.”

“No, Hermana. Por favor. Me siento mucho mejor ahora. Puedo cami—” las protestas de Lenobia fueron ahogadas en otro ataque de tos.

Los Abadesa asintió tristemente. “Sí, es mejor si envió el carruaje. Regresaré pronto.” Ella se dio la vuelta y volvió rápidamente a la calle y a las chicas que la esperaban, dejando sola a Lenobia con el Obispo.



Lenobia's
Vow

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S VOW

Capítulo Nueve

Traducido por Pargulin

“No hay necesidad de que te veas tan aterrorizada. Una chica que lucha me parece apasionante, no así una enferma”. Miró a las caballerizas, mientras hablaba con ella, aunque no caminó por el pasillo que dividía las dos filas de establos. “Caballos de nuevo. Se está convirtiendo en un tema contigo. Tal vez después de que te conviertas en mi amante, si eres muy buena, compraré uno para ti”. Se dio la vuelta desde el oscuro interior del edificio y los amortiguados sonidos de caballos dormidos para caminar hacia una de las dos antorchas que estaban encendidas al lado de la entrada del edificio. Sus llamas ardían de manera constante, a pesar que despedían una gran cantidad de espeso humo gris.

Lenobia lo vio acercarse a una de las antorchas. Se quedó mirando la llama, con una mirada abiertamente amorosa. Levantó la mano y sus dedos se movieron acariciadoramente a través de la llama, causando que el humo se agitara confusamente a su alrededor. “Eso fue lo primero que me atrajo de ti, el humo de tus ojos”. Se volvió hacia ella, la llama enmarcándolo. “Pero ya sabías eso. A las mujeres les gusta atraer a los hombres a propósito, tal como la llama atrae a las polillas. Me atrajiste y a ese esclavo en el barco”.

“No te atraje”, dijo Lenobia, negándose a hablar con él de Martin.

“Ah, pero es obvio que lo hiciste, porque aquí estoy”. Él extendió sus brazos. “Y hay algo que debo dejarte claro. No comparto lo que es mío. Tú eres mía. No voy a compartirte. Por lo tanto, pequeña llama, no atraigas más polillas hacia ti, o que puede que tenga que apagar a ti, o a ellas”.

Lenobia sacudió la cabeza y dijo lo único que pudo pensar: “Estás completamente loco. No soy tuya. Nunca seré tuya”.

El sacerdote frunció el ceño. “Bueno, entonces, te prometo que no pertenecerás a ninguna otra persona; no en esta vida”. Dio un paso amenazante hacia ella, pero terciopelo negro se arremolinó a su alrededor y pareció que una figura se materializó del humo, la noche y las sombra. La capucha de la capa cayó, y Lenobia quedó sin aliento cuando la cara de la hermosa vampiro apareció. Ella sonrió, levantó la mano, apuntó a Lenobia con un largo dedo, y dijo:

“¡Lenobia Whitehall! La Noche te ha elegido, tu muerte será tu nacimiento. La Noche te llama, oye su voz dulce. Tu destino te espera en la Casa de la Noche”.

En la frente de Lenobia explotó dolor y presionó su cara con ambas manos. Quería quedarse allí, yacer en el suelo y creer que toda la noche había sido una pesadilla, un largo, interminable y terrorífico sueño; pero las siguientes palabras de la vampiro le hicieron levantar la cabeza y aclarar los puntos brillantes que cubrían su visión.

“Vete, Obispo. No tienes ningún control sobre esta hija de la Noche. Ella ahora pertenece a la Madre de todos nosotros, la Diosa Nyx”.

El rostro del obispo estaba ardiendo como la grana, mientras la pesada cruz se balanceaba en la cadena alrededor de su cuello. “¡Haz echado todo a perder!” Gritó, lanzado saliva a la vampiro.

“¡Vete Oscuridad!”, La vampiro no levantó la voz, pero estaba llena con la fuerza de su mandato. “Te reconozco. No creas que puedes esconderte de aquellos que te ven con más que ojos humanos. ¡Vete!” Mientras repetía la orden, las llamas de las antorchas parpadearon y casi se extinguieron por completo.

La cara roja del sacerdote palideció y con una última y larga mirada a Lenobia, volvió a las caballerizas y huyó en la noche. Lenobia soltó el aliento que había estado conteniendo en un suspiro. “¿Se ha ido? ¿Realmente?”

La vampiro sonrió. “Verdaderamente. Ni él, ni ningún ser humano, tiene autoridad sobre ti, ahora que Nyx te ha Marcado como una de los suyos”.

La mano de Lenobia se alzó hacia el centro de su frente, que se sentía adolorida y golpeada. “¿Soy un vampiro?”

La rastreadora se echó a reír. “Aún no, hija. Hoy eres una novata. Esperemos que un día no muy lejano seas un vampiro”.

El sonido de pasos de alguien que corría las hizo volverse defensivamente, pero en lugar de ser el obispo, fue Martin, quién entró en el establo. “¡Chérie! Seguí a las chicas, pero me quedé atrás, así que no me vieron, no sabía que las habías dejado. ¿Estás enferma? ¿Estás...?” Se interrumpió cuando lo que estaba viendo pareció registrarse de pronto en su mente. Miró de Lenobia a la vampiro, y luego rápidamente de vuelta a Lenobia, su mirada se centró en el contorno de la media luna recién formada en el centro de la frente de ella. “¡*Sacre bleu!* ¡Vampiro!”

Por un instante Lenobia sintió como si su corazón fuera a romperse, y esperó que Martin la rechazara. Él respiró hondo y soltó el aire con evidente alivio. Su sonrisa comenzó cuando se volvió hacia la vampiro y se inclinó con una reverencia, diciendo: “Soy Martin. Si lo que creo que es cierto, es cierto, soy el compañero de Lenobia”.

La cejas de la vampiro se alzaron y sus carnosos labios se inclinaron hacia arriba en la insinuación de una sonrisa. Empuño su mano derecha sobre su corazón y dijo: “Soy Medusa, la Rastreadora de la Casa de la Noche de Savannah. Y aunque veo que tus intenciones son honorables, no puedes ser oficialmente su compañero hasta que ella haya Cambiado a vampiro totalmente”.

Martin inclinó la cabeza en reconocimiento. “Entonces esperaré”. Cuando volvió su rostro hacia Lenobia, el brillo de su sonrisa fue la clave para entender, y la verdad en el interior de ella fue liberada.

“Martin y yo... ¡podemos estar juntos! ¿Podemos casarnos?”

Lenobia miró a Medusa.

La alta vampiro sonrió. “En la Casa de la Noche, es derecho de la mujer elegir a su compañero o consorte, blanco o negro, lo que importa es la elección”. La vampiro incluyó a Martin en su sonrisa. “Y veo que ya la has hecho. Aunque, tal vez como no hay una Casa de la Noche en New Orleans, lo mejor sería que Martin te acompañara a Savannah”.

“¿Es eso posible? ¿En serio”, Dijo Lenobia, alcanzando las manos de Martin mientras se movía a su lado.

“Lo es”, le aseguró Medusa. “Y ahora que veo que tienes un verdadero protector, voy a darles tiempo para estar solos. Pero no tarden demasiado. Vuelvan rápidamente los muelles y busquen el barco con el mástil en forma de dragón. Les esperaré allí, y partiremos con la marea.

La vampiro se debía haber ido, pero Lenobia sólo veía Martin y sólo sentía su presencia.

Él tomó las manos de ella entre las suyas. “¿Qué pasa contigo y los caballos, *chérie*? Te encuentro con ellos de nuevo”.

Ella no pudo dejar de sonreír. “Por lo menos siempre sabrás dónde buscarme”.

“Es bueno saberlo, *chérie*”, dijo.

Ella deslizó sus manos por su musculoso pecho hasta que descansaron sobre sus hombros. “Trata de no perderme, tú”, dijo ella, imitando su acento.

“Nunca”, prometió.

Entonces Martin se inclinó y la besó, y todo su mundo se redujo solamente a él. Su gusto se imprimió en sus sentidos, mezclándose de forma indeleble con su olor y la sensación maravillosa de él que era completamente masculino, y únicamente Martin. Él hizo un pequeño ruido de satisfacción profundo en su

garganta mientras los brazos de ella se apretaron en torno a él. Profundizó el beso, y Lenobia se perdió en él, difícilmente sabiendo donde su felicidad terminaba y comenzaba la de él.

“¡Putain!”

La alegría de Lenobia fue rota por el sonido de una maldición. Martin reaccionó al instante. Se dio la vuelta, empujándola detrás de él.

El Obispo había regresado. Estaba de pie en la entrada de los establos entre las dos antorchas. Sus brazos estaban extendidos y la cruz de rubí en su pecho estaba parpadeando en las llamas que se hacían más y más altas por instantes.

“¡Ahora vete, tú!”, Dijo Martin. “Esta chica, no te eligió. Está bajo mi protección; jurado por votos, sellado con sangre”.

“No, tú no lo ves. Sus ojos la hacen mía. Su pelo la hace mía. Pero por sobre todo, ¡El poder que llevo la hace mía!”. El obispo llevó sus manos hacia las dos antorchas. Las llamas se elevaron mientras el humo se elevaba, hasta que las llamas lamieron sus manos. Luego, riendo horriblemente, ahuecó el fuego y la arrojó en el heno en fardos sueltos y secos a su alrededor.

Con un ¡zas! el fuego, atrapo, se alimentó, consumió. Lenobia sintió un aterrador momento de calor y dolor. Olió su propio cabello quemándose. Abrió la boca para gritar, pero el calor y el humo llenaron sus pulmones.

Entonces sintió los brazos de Martin alrededor de ella mientras la protegía de las llamas con su cuerpo. La levantó y la llevó resueltamente a través del establo en llamas.

El aire cálido y húmedo de la calle se sintió frío sobre la piel chamuscada de Lenobia cuando Martin se tambaleó y perdió el control, ella y cayó en la calle. Lo miró. Su cuerpo estaba tan quemado que lo único que era reconocible eran sus ojos de oliva y ámbar.

“¡Oh, no! ¡Martin! ¡No!”

“Demasiado tarde, *chérie*. Este mundo termina para nosotros. Te veré de nuevo, sin embargo. Mi amor por ti no termina aquí. Mi amor por ti, nunca terminará”.

Trató de levantarse, de llegar a él, pero su cuerpo estaba extrañamente débil, y el movimiento hizo que el dolor subiera corriendo por su espalda.

“¡Muere ahora, y déjame a *ma petite bas!*” Detrás de Martin, el Obispo, recortado por el fuego del establo, comenzó a moverse hacia ellos.

La mirada de Martin se reunió con la de ella. “No me quedaré aquí ahora, aunque me gustaría poder hacerlo. No te perderé, tampoco. Te encontrare una vez más, *chérie*. Ese es mi voto”.

“Por favor, Martín. No quiero vivir sin ti”, sollozó.

“Tienes que hacerlo. Te encontraré de nuevo, *cherie*”, repitió. “Antes de irme, esto es lo único que puedo hacer por ahora. *A bientôt, Cher*. Te amaré siempre”.

Martin se volvió para encontrarse con el Obispo, que se burlaba de él. “¿Aún con vida? ¡No por mucho tiempo!”, Martín seguía tambaleándose hacia el sacerdote, hablando despacio y con claridad:

*¡Ella me pertenece, y de ella seré!
De lealtad y verdad,
¡Esta sangre será mi prueba!
Lo que a ella haces lo haces en vano.
¡Lo que lances volverá a ti con un dolor diez veces mayor!*

Cuando llegó al Obispo, sus movimientos cambiaron. Por un instante fue rápido y enérgico, y estuvo entero de nuevo, pero un instante fue todo lo que Martin necesitaba. Sus brazos se trabaron en torno a Charles de Beaumont y, extrañamente reflejó el abrazo que le había salvado la vida Lenobia, Martin levantó al obispo gritando y luchando y lo llevó al infierno ardiente que habían sido los establos.

“¡Martin!” El grito de agonía que fue arrancado de Lenobia fue amortiguado por los horribles sonidos de caballos con pánico quemándose y la gente corriendo de las casas cercanas, pidiendo a gritos agua, gritando por ayuda.

A través de todos los sonidos y la locura, Lenobia quedó acurrucada en medio de la calle, sollozando. Mientras las llamas se propagaban y el mundo a su alrededor ardía, bajó la cabeza y esperó el final.

“¡Lenobia! ¡Lenobia Whitehall! “

No levantó la mirada ante el sonido de su nombre. Fue sólo el sonido de los cascos de un caballo nervioso sobre los adoquines cercanos que le hicieron reaccionar. Medusa se bajó de la yegua y se arrodilló a su lado. “¿Puedes montar? Tenemos poco tiempo. La ciudad se está quemando”.

“Déjame. Quiero quemarme con ella. Quiero quemarme con él”.

Los ojos de Medusa se llenaron de lágrimas. “¿Tu Martin está muerto?”

“Y yo también”, dijo Lenobia. “Su muerte me ha matado, también”. A medida que hablaba, Lenobia sintió aumentar la profundidad de la pérdida de

Martin a través de ella. Era demasiado, el dolor era demasiado para contenerlo dentro de su cuerpo, y con un sollozo que era como el llanto de una viuda, se dejó caer hacia adelante. La tela a lo largo de la costura de atrás de su vestido se abrió, y el dolor le partió la piel quemada.

“¡Hija!” Medusa se arrodilló a su lado, acercándose a ella, tratando de consolarla. “Tu espalda, debo llevarte al barco”.

“Déjame aquí”, dijo Lenobia nuevo. “Hice el juramento de nunca amar a otro hombre, y no lo haré”.

“Mantén tu juramento, hija, pero vive. Vive la vida que él no podrá”.

Lenobia comenzó a negarse, pero entonces, el suave hocico de la yegua bajó hacia ella, sopló en contra de su pelo chamuscado, y le acarició la cara.

Y a través de su dolor y desesperación, Lenobia sintió, sintió la preocupación de la yegua, así como su temor a la propagación del fuego.

“Puedo sentir lo que ella siente”. Lenobia alzó una mano débil y temblorosa para acariciar al caballo. “Está preocupada y tiene miedo”.

“Es tu don, tu afinidad. Rara vez se manifiestan tan pronto. Escúchame, Lenobia. Nuestra Diosa, Nyx, te ha dado este gran regalo. No lo rechaces, el consuelo y, tal vez, la felicidad que pueda traer para ti”.

Caballos y felicidad...

El segundo piso de la casa al lado de las caballerizas se derrumbó, y las chispas formaron una cascada a su alrededor, prendiendo fuego a las cortinas de seda en la casa de enfrente.

El miedo de la yegua se disparó, y fue el terror del caballo lo que hizo que Lenobia se moviera. “Puedo montarla”, dijo, permitiendo a Medusa ayudarla a ponerse de pie y luego levantarla en la silla de montar.

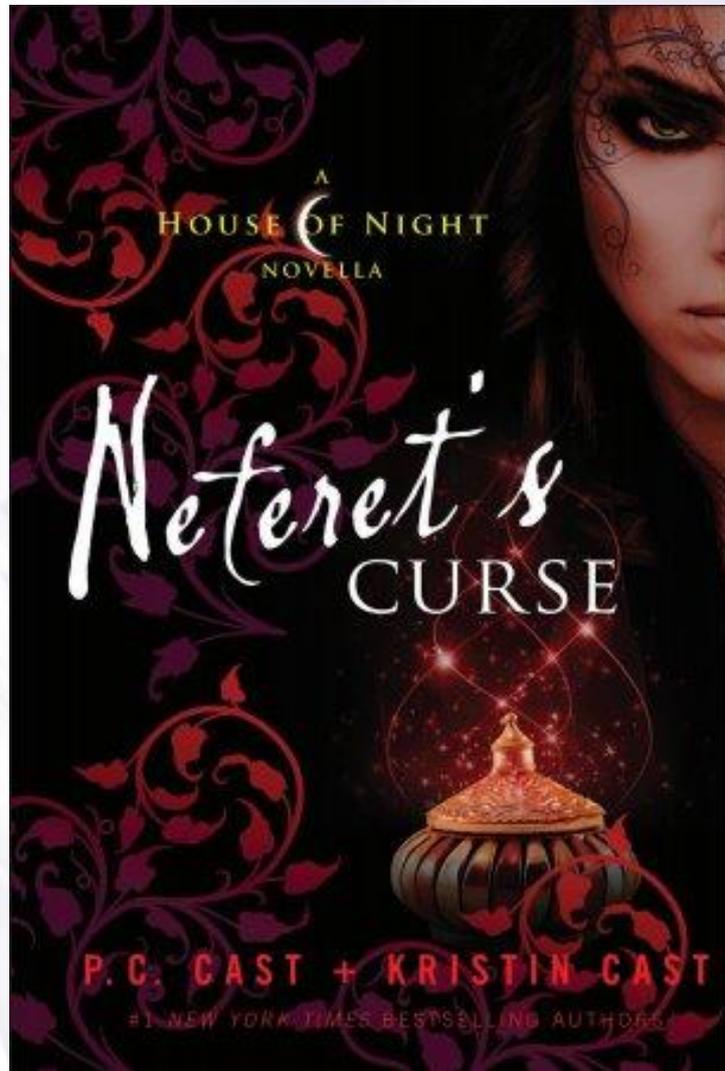
Medusa jadeó. “¡Tu espalda! Está... está mal. Esto va a ser doloroso, una vez que estemos a bordo del barco puedo ayudarte a sanar, pero siempre llevarás las cicatrices de esta noche”.

La vampiro montó la yegua, la dirigió hacia los muelles, y le dio con la cabeza. A medida que galopaban a la seguridad y el misterio de una vida nueva, Lenobia cerró los ojos y se repitió a sí misma:

Te amaré hasta el día que me muera, sólo a ti, Martin. Siempre sólo a ti, lo juro

Fin

Muy Pronto



17 Julio 2012

PROYECTO DARK PATIENCE

HOUSE OF NIGHT NOVELLA

LENOBIA'S
VOW

Agradecimientos

- ✓ **BLOG 'DARK PATIENCE'**
 - <http://darkpatience.blogspot.com/>

- ✓ **TRADUCTORES**
 - *Carmen*
 - *Carlos*
 - *Daniela*
 - *Giovanna*
 - *Glad*
 - *Musa*
 - *Pargulin*
 - *Ruty*
 - *Sandra.c*
 - *Sofys*
 - *Zoeyredbird-HON*

- ✓ **CORRECCIÓN GENERAL**
 - *Glad*

- ✓ **FORMATO Y EDICIÓN DEL DOCUMENTO**
 - *Glad*

SI DESEAS LEER MÁS DE ESTA SAGA

ENTRA EN

DARK PATIENCE

TRADUCCIONES Y MÁS DE TUS SAGAS FAVORITAS

¡¡SIGUENOS!!

LENOBIA'S
VOW